



OXI BITHUE
JUANA GUARAGLIA

(Inédito- Bs As. Agosto 2001)

Unas palabras

Amigo lector

El tratamiento del lenguaje se corresponde con la época en que la novela fue escrita. Hoy puede ser inadecuado o herir la sensibilidad de quienes abordan la deconstrucción del lenguaje, el lenguaje inclusivo o las reivindicaciones de género. Algo más, espero se diviertan con las especulaciones ingenuas.

J.G.

1

Hacía solo unas horas que el servicio cosmológico había confirmado que el tiempo pasaba más rápido. Pedro estaba descifrando las propiedades vitamínicas de un enlatado cuando escuchó en la hiper pantalla del súper...

- *Amigo televidente* - (decía la boca carnosa de la chica), según el informe de la AS (Aerosfera Solidaria), dentro de exactamente 7 días, el 20 de enero del corriente 2030, a las 0hs, se pondrá en vigencia el “nuevo esquema de organización”. Como ya saben las 24 horas diarias serán “suplantadas” (había una campaña de desprestigio que insistía en usar el termino reducidas”), por 16 horas. Para guía y al costo básico de satélite, siguen abiertas las líneas rotativas k, l y z, y en la red www.AS.porlahumanidad...

Pedro dejó la lata en el estante y se encaminó a las registradoras. Entre las góndolas, una embarazada chillaba que iba a dar a luz porque ateniéndose a los nuevos cálculos estaba en fecha.

Llamaron al supervisor y la sacó de un codo a la vereda.

La furgoneta no se demoró, nadie miraba. Pedro que levantó un prospecto de viajes interestelares, lo puso en el horizonte del radio de sus pupilas y vio como se abrían las compuertas traseras de la furgoneta con el logo del Súper, como bajaban dos clones, de muy

buen diseño, como la levantaban de las axilas, la metían dentro y desaparecía lentamente doblando en Tres Sargentos.

En la pantalla un alquimista explicaba el fenómeno según leyes de la física cuántica, pero como todo debía ser sintetizado para evitar una sobrecarga informativa en la condensación del ADN, se limitó a registrar que las 24 horas se achicarían a 16 y unos minutos más.

Se dijo que estaba correcto, que de esta manera se volvería a la normalidad. No tanto por las plantas. Desde hace un tiempo muy pocas florecían y daban frutos, además estaban bastante bien remplazadas por las sintéticas, tampoco por los animales, las mascotas virtuales y las reces clonadas se adaptaban.

El problema eran los hombres, andaban desorientados. Por ejemplo: ahora eran las veinte, en un par de horas debería acostarse y cuando lograra conciliar el sueño estaría saliendo el sol. Ninguna hora coincidía con la del día anterior y aunque el reloj condicionante te cantara cada actividad no podías evitar hacer las cosas con una extraña sensación de no estar haciendo lo correcto en el momento preciso. Por las pantallas se hablaba de una “transitoria anomalía del tiempo” y de que “todo va a salir bien”, pero la confusión debilitaba el equilibrio de la gente y era innegable que empezaban a comportarse en forma extraña. De que otra manera se hubiera justificado el accionar de la directora de Recursos Humanos esta tarde..., no, esta noche..., ¡ba!, hace un par de horas en la oficina.

Lo llamó por su auricular derecho, el de los asuntos privados, justo en plena terapia de verbo, cuando la voz infantil repetía “mi mama me mima, yo amo a mi mamá”

- Asconegui, ¿podrías pasar por mi despacho antes de irte?-
- *Y agregó un sugestivo - no te demores -*

Pedro sintió curiosidad. Si bien compartían un alto Optimist, y lo aconsejaba poco, él se abstenía de pedir asistencia y sabía que su individualismo estaba siendo evaluado. Así que antes que su reloj cantara la salida ya estaba parado frente a la puerta de su cubil. Pasaría por el baño, no se había tomado el pipiroom de las tres por no cortar el proceso creativo de la lista de posibles candidatos de la cara semanal y le empezaba a arder la vejiga.

Tenía que ver cientos de rostros, cotejar que siguieran el listado de Pautas Gestuales y decidirse por algunos. De ahí pasaba su resumen al Estudio de Oportunidades donde los seleccionaban según sus condiciones genéticas e investigaban su intimidad y finalmente unos pocos llegaban a la Oficina de Lucubración para estudiar los alcances de su porvenir.

Cada paso tenía que ser muy cuidadoso, no podían correr riesgos de que la figura de la semana se desquiciara, o envejeciera prematuramente.

Él era bueno en eso, eligiendo caras. Podía oler cuando una sonrisa era transitoria.

- La clave está en los ojos –

Le había enseñado su ex supervisor, el Pocho Laus.

- Si la comisura está para abajo es mala señal. El brillo tiene que exceder la pupila. Al ampliar el ojo, tiene que verse como la costa de una pequeña bahía –

Gran tipo el Pocho Laus. Tuvo la mala suerte de elegir a una chica que pasó los tres pronósticos con un promedio máximo, fue una de las caras de la semana más carismáticas y antes que acabara su representación se arrojó de esta misma terraza, (piso 85) ante la TV satelital, en la recepción de las delegaciones de las Jornadas Deportivas.

Fuentes allegadas, confirmaron que la chica desechó el helicóptero y se lanzó al vacío en un espectacular clavado, porque estaba convencida de que el título le confería inmortalidad durante siete días.

MOTHER, (la corporación multinacional, dueña de al menos 200 empresas, entre ellas CLEANFACE UNLIMITED CO. líder en Asesoría de Imagen de muchos países de América y para la cual trabajaba Pedro), borró cualquier sospecha en su contra haciendo público el convenio, pero no pudieron acallar el escándalo que duró cuatro días hasta que apareció la nueva chica de la semana, lloró en cámaras por la anterior y rogó al público y a la prensa que la dejaran descansar en paz. Claro que a esta altura Laus estaba acabado, y sin indemnización. Intentó interesar al monopolio editorial con la historia, pero desde hacía décadas que el 80 % de lo que se vendía era

autoayuda, un 10 % de novela histórica y el otro 10 % se movía en lo seguro: los finales felices. No consiguió más que unos manguitos por una nota en Divinas y quinientos sures por revelar los resultados de los tres informes para Verídicos, mentir un affaire con la chica, y bancarse el titular “Yo, Pocho Laus la arrojé al vacío” que salpicaba sangre. Encima su mujer no soportando la presión, y asesorada por la Protectora Familiar, le exigió el divorcio y cobijó a un subalimentado de Etiopía para quitarle sus derechos. Ahora estaría fuera del esquema. Un tipazo, mala suerte.

Al sacudir el miembro la ultima gota salpicó el mingitorio, retrocedió a tiempo de que la mano centrífuga de limpieza automática le rebanara el prepucio.

Satisfecho, estaba “cerrando el boliche” cuando entró uno de Investigaciones Internas y lo increpó seriamente.

- ¡Stop Azconegui. Sacálo de nuevo! – *Pedro, desconcertado, había empezado a desabotonarse la bragueta cuando el otro largó una carcajada.*
- Guardalo. Es una broma. No me pude resistir –

Iba a calentarse, pero recordó que había sido observado por Hostilidad, así que acompañó la risa mientras pensaba en como vengarse sin consecuencias.

- ¿Dónde los comprás con botones? ¡Sos un antiguo! –

Y mientras decía esto, el de Internas se bajó los pantalones hasta la rodilla y se puso contra el ventiluz con las manos en la cintura a contemplar plácidamente una lonja de cielo.

Si, sin duda estaba empezando a acostumbrarse a las excentricidades de la gente.

Al llegar a la oficina de la directora de recursos humanos, la puerta blindada demoró en abrirse porque el secretario estaba atendiendo la PC, varias líneas telefónicas, y dejándose seducir por una gerente de cuentas que sentada en la punta del escritorio le mostraba el inicio de sus bragas.

- Lo está esperando- *dijo el muchacho.*

Se abrió uno de los vidrios polarizados del loft, un chorro de luz lo cegó.

La mina ni se dio por enterada de su presencia. Después de un buen rato en una video-reunión conversando plácidamente con varios sujetos sobre la mejor manera de encarar un asunto que no mencionaba pero parecía tratarse del despido de una sección entera, se desconectó y lo miró como si no entendiera del todo que estaba haciendo ahí.

Era un jueguito histérico al que no terminaba por acostumbrarse. Un eterno doble mensaje para descolocar a la gente y tenerla al pie.

- ¿Sí, Azconegui? – *dijo con amable soberbia*
- Me llamaste vos – *contestó Pedro mirándola con ironía.*
- ¿Te llamé yo? – *repitió la mujer y se quedó mirándolo como si no entendiera de que estaba hablando. Luego despejó la mirada como si se hubiera acordado de golpe y gritó - ¡ El sensibilizador, claro!. Disculpáme estoy a mil -*

Mientras preparaba los adminículos, la mujer se había dado vuelta y estaba de espaldas contemplando el bellissimo mar caribeño con sol radiante de un dimensional que cubría entera la pared del fondo. Le pareció extraño que hubiera elegido esa pantalla teniendo por su escalafón una oficina con vista al río. Pero después recordó que afuera era noche cerrada.

- Acercate por favor. Vas a ser mi conejito de indias - *se rió-*
Sentáte en esa silla y cerrá los ojos –
 - ¿Así está bien? - *preguntó estúpidamente por decir algo –*
 - Perfecto. Pensamos regalar un sensibilizador a los directivos y tengo que cerciorarme de la calidad. Me muero por probarlo pero es masculino –
- *Va a estar bueno - se entusiasmó Pedro. Casi nunca tenía oportunidad de acceder a los sensibilizadores de avanzada. La mujer apagó el dimensional y la brisa caribeña se esfumó.*

Algo le rozó la cabeza, hizo un movimiento instintivo y la voz de la mujer lo calmó mientras le ponía una terminal en la mollera.

-

- Son muy verídicos, aprovechá y relajate. Yo manejo el control así nos vamos temprano –

Una onda leve entró por los oídos y empezó a vibrarlo por dentro. El chip del sensibilizador estaba programado para estimular la memoria sensorial al punto de reproducir los recuerdos más placenteros. Un cosquilleo eléctrico, empezó a vencer su resistencia.

El escenario estaba ahí, Punta del Este en aquel verano del 2010 cuando acababa de cumplir 22 ...

Se abandonó totalmente cuando Willy Crook empezó a ronronear en inglés su *big ting* con aquella voz madera como remándole por la nuca hacia la espalda. El mar era azul violento y una misma ola parecía insistir en destrozarse contra las rocas de las grutas.

Cada tanto le tapaba el sol de la tarde un parapente que planeaba bajo. Había discutido con sus padres por elegir un paisaje real. Las vacaciones virtuales tenían la ventaja de ser 0 riesgos, pero estaban plagadas de viejos y jóvenes clonados. No podías toparte una aventura auténtica aunque la performance, por ejemplo, de Costa Hawai contemplara desde olas gigantes hasta derrumbes y ahogados.

Así que ahí estaba por unos días, completamente solo y feliz de que cada cosa o nada estuviera pasando.

Había nadado un buen rato hasta que el bombeo del corazón empezó a asfixiarlo. Ahora yacía de boca sobre la arena mirando a la gente por debajo del alero de su panamá. Se veían tan naturales, cirugías, siliconas, prótesis, algunas colas y pechos ciertos, y hasta algo de papadas y cabellos sin tintas. Uno podía pasarla bien solo apostando si lo que más le excitaba de una mujer era “de fábrica”.

El sol comenzaba a declinar y la música flotaba como un velo dorado. La banda estaba sobre una tarima del parador y detrás se veía la cortina abierta de un gabinete. La mujer que estaba dentro, una rubia bajita y voluptuosa, le había dado su tarjeta, el día anterior en el bar.



Desde pequeño, ejercitaba su imaginación para salvar la puñeta del lavabo. Pero al decir verdad ya no conseguía acallar la libido y tenía que andar con el buzo atado a la cintura. Así que ahí se haría hombre costara lo que costara.

- 100 sures –
- ¡¡¡¿Qué?!!! – ¡Voy a tener que cruzar nadando! -

Llegaron a un acuerdo: 50, pero fuera del gabinete, en las grutas, para no tener que darles la comisión a los RRPP.

La chica le tomó la muñeca, la apretó entre sus piernas y sacó el billete con una mano por detrás.

- Así duele menos – *se rió* – esperame en la primer entrada, en una hora -

Entró el abdomen, sacó pecho y caminó unos pasos por la arena hasta el bar donde pidió un quiquiriquí de alcoholes combinados y se acodó con mirada recia para vigilar disimuladamente el gabinete de Petruska. Un morochón grande de vientre ancho corrió las cortinas, la chica le sonrió y le hizo señas de que entrara. Cerró la cortina. Él, trató de pensar en otra cosa, no era demasiado excitante imaginar los pormenores.

A los veinticinco minutos se abrió la cortina y salió el hombre con la expresión laxa del deseo consumado. Ella estaba al fondo arreglándose el maquillaje. Él intentó verse indiferente.

En el escenario Willy atacó una birra aprovechando la atención de la gente en el teclado, luego peló el saxo y se mandó un solo que concentró la libido en el plexo solar y dejó el aire ionizado de nácar.

Cuando Pedro volvió a mirar el gabinete, un petiso pelado con una prominente prótesis inguinal estaba cerrando nuevamente la cortina. Miró su reloj, en esos tiempos el tiempo era confiable. Él sería el próximo. Un hormigueo en el bajo vientre lo erizó. Hablaría. No. No hablaría. La tomaría en silencio. Apuró a la moza, al cajero y al dueño para pagar, pero una nube oscura venía al galope desde el mar y los clientes empezaron a pedir las adiciones todos juntos.

Desesperado miró el gabinete. El petiso había desaparecido y en su lugar dos muchachos musculosos y dorados entraban juntos. Se desmoronó. Era su turno. Estos dos tenían flor de pinta, seguramente sabían más del tema que él y estaba por hacer el idiota con la mina. Un desencanto de realidad antes de tiempo le aliviano la zona álgida.

- 15 - *dijo el chicle de la moza.*

Encima se había gastado una suma en hacerse el canchero. Ahora comería arroz por unos días.

Desanimado miraba venir la tormenta, pensando que con su mala suerte era probable que la mina se escapara por la puerta de atrás. En esas estaba cuando vio levantarse la cortina y salir a los tipos corriendo para el lado de los médanos. Petruska los seguía con la expresión desencajada pero sin aspaviento. Le hizo una seña a un guardia de

seguridad. El cana miró por sobre la gente, y mandó unas instrucciones por el walkie talkie.

A pesar de la confusión, le dio esperanzas que al cruzarse con la mirada de la chica (aunque contrariada) le hiciera una mueca de que la esperara en el lugar convenido.

Se fue camino a las grutas, reflexionando sobre que habría pasado, sin saber que algo de la repulsión de ver el desfiladero de tipos que se le anticipara se fijó con el concepto de placer y en adelante lo excitaría acostarse con putas.

Aunque el cielo estaba gris plomo, mucha luz precedía los contornos de la entrada a la gruta más importante. Pensó donde lo harían. Hasta donde se veía, las paredes de piedra eran ásperas y húmedas.

Unos niños exploradores con un clon guía entraron a investigar y lo iluminaron con la linterna de lleno. Lo que faltaba. Miró para el balneario y la vio venir a unos cien metros por la estela de espuma, bamboleando despreocupada los muslos llenos. La promesa de la imagen lo inspiró. Llamó al clon a un costado y le tendió la mano

- Pedro Azconegui. ¿Te puedo sugerir algo? –

El dorado y amable clon de facciones angelicales procesó los datos, cotejó el okay y contestó bajo los Códigos de Empatía.

- Te escucho –

Con los clones de esa generación (15, 16 años) había una ventaja, si tus argumentos eran posibles los daban por buenos. Miró alrededor y pensó que tenía que inventar algo verosímil. Al fondo a la derecha, un escalón bajaba el nivel del piso y con la falta de drenaje y las últimas lluvias no se veía más que un lago oscuro y pestilente.

- Hay aguas estancadas. Seguramente está el mosquito del dengue. Me parece un riesgo alto para los chicos-

El clon se quedó un instante procesando

- *“Dengue: De origen incierto, probablemente expresivo..., Melindre que consiste en afectar delicadezas y males..., Esclavina de paño que*

llega hasta la mitad de la espalda..., Enfermedad aguda febril de origen vírico transmitida por la picadura del mosquito Aedes Aegyptii, que habita en pantanos, estanques, o aguas quietas..”.-

- Okay. Gracias –

Sonó el silbato y los niños se juntaron con premura. Señaló la salida de la gruta con los brazos extendidos, como las azafatas cuando instruyen sobre las puertas de evacuación y en pocos segundos desaparecieron. Pedro respiró. Ahora solo quedaba encontrar la superficie más adecuada donde consumir el acto. La voz de Petruska lo sacó de sus conjeturas.

- Bonito este lugar. Dicen que hasta hace poco había familias viviendo acá adentro –

Pensó que “pobre de esa gente”, que “que lamentable habría sido su vida en ese agujero inhóspito”, pero como por aquel entonces ya empezaba el síndrome de “ver el lado positivo de las cosas”, (que posteriormente devengaría en Rasgo Prioritario para ser Incluido), tuvo la precaución de contestar.

- Salvaje, autóctono, un lugar muy interesante –

Petruska estalló en una risotada nada social.

- Conmigo podés decir lo que pensás –

Aunque haber resultado transparente lo avergonzaba, poder hablar sin precauciones lo relajó.

- Es el privilegio de las putas. Fuera del sexo, podemos llamar cada cosa por su nombre. Vamos –

Le extendió la mano y al tiempo un relámpago le dio aura a toda su figura, desde sus ancas fuertes hasta su pelo amarillo eléctrico.

Cuando salieron empezaban a caer las primeras gotas gordas desde el cielo humoso. Una familia con viejos, chicos, perro, sombrillas, sillas y heladera copó la gruta en pleno para guarecerse del agua.

Ella lo arrastraba un poco, marcaba el camino. Detrás quedaba la civilización, más adelante solo mar embravecido estrellándose contra rocas de un negro insondable que empezaban a desaparecer bajo las líneas aceradas de la lluvia.

Lo soltó y corrió hasta una pequeña hendidura en la montaña. Él salió detrás de ella a grandes zancadas, inspirado por la libertad del paisaje fuera de control.

Al llegar a la gruta, Petruska se estaba sacando la remera. Los senos cayeron pesados, con los pezones en el lugar correcto. Ella reparó en la agradable sorpresa que inspiraban sus pechos y agregó orgullosa.

- Son míos –

Pero esta frase surtió un efecto inverso en Pedro que no pudo evitar el cálculo de que a 20 minutos por cliente no le pertenecía ni la sombra.

Velada la exaltación inicial por una especie de desencanto, se recostó contra la piedra y trató de ver algo de cielo tras el aguacero.

La mujer se acercó, le recostó la mejilla mojada en un costado y se quedó viendo la lluvia.

- ¿Qué pasó con los tipos?- *preguntó Pedro*

- Lo de siempre. Dos pendejos bienudos, pasados de éxtasis. Creen que me los voy a coger porque son lindos –

Pedro se quedó pensando -“*a mí me va a coger por cincuenta mangos*”-.

Como si lo hubiera escuchado Petruska continuó

- A vos te voy a coger por 50 mangos porque yo quiero –

Dijo esto como empezando un capítulo. Su expresión cambió de golpe y una clamorosa seriedad le cerró los labios. La chica acercó el morro a su boca para beberle el aliento y abriendo las piernas trató de apresarle y colgarse de su cintura.

Como Pedro se movía con torpeza, ella le tomó las manos inexpertas y las calzó debajo de su cola para montarse en el sexo caliente que aún seguía preso del short. Él le besaba el cuello y un aroma saturado de Poissón casi lo hace estornudar. Mientras, la chica se frotaba gustosa, excitada por la violencia del clima. Los pechos calientes estaban salpicados de lluvia. Los lamió, los bebió.

En medio del paisaje primitivo se sintió el primer hombre con la primera mujer y la embistió como si toda la responsabilidad de perpetuar la especie recayera sobre él.

Sus cuerpos desnudos ondulaban paralelos, en contraste con el plano recto de la lluvia. Se sintió un dios, y progresivamente, (a medida que la vibración empezó a debilitarse) una estatua de ángel meando la fuente del botánico, un exhibicionista en un colegio de peinadores, un ekeco cargado de ofrendas pelotudas con un billete fuera de circulación enrollado en el pirulín...

- ¿ Y ? ¿ Qué tal ? – *Preguntó la mujer.*

Un fuerte dolor de genitales lo devolvió a la oficina.

- Bueno, más o menos –
- Tenías cara de estar pasándola bien – (Pedro disimuló la bronca sonriendo al piso) – *La mujer carcomida por la intriga insistió*
- ¿Me puedes contar una línea? –
- Es que no sé... –
- Azconegui, quedate tranquilo, tengo al día los exámenes de ética –
- En ese caso. Pérez, el de Investigaciones Internas y una chica del Bar Extrem, acá abajo, en los depósitos, ésta víspera de navidad al mediodía. Los vi sin querer. Estaban echados sobre las mercaderías de reembolso y le dieron duro, por adelante, por atrás... Pero me hubiera gustado más un recuerdo relacionado conmigo... –
- Sin duda. Gracias por colaborar–

Antes que la puerta se cerrara, la vio abalanzarse sobre la línea telefónica interna.

2

Al salir del edificio respiró el aire cargado del Río de La Plata y notó que había algo menos de gente. Las únicas caras europeas eran clones, (neutralidad en la mirada y cero agitación). El resto, en general bajos y morenos, rasgos indígenas o asiáticos. Muchos haciendo todo lo privado a la intemperie. Algunos durmiendo sobre el pastito del boulevard, mientras el tráfico les pasaba a los dos lados. Una mujer cocinando una carne gris sobre un fuego alimentado con basura.

Agarró por Moreau de Justo mientras el viento lo obligaba a levantarse las alas del traje. No le gustaban los cascos aisladores, prefería bancarse el silbido agobiante del “nieto”,(así se llamaba la huracanada ventolera que recorría la galaxia) y estar atento por si algo venía directo a su cabeza.

Al cruzar Alem, lo rodeó una banda de pendejos . Se apuro en sacar un puñado de monedas de cinco centavos, las puso en mano de una que parecía mujer y les aclaró.

-Es para todos –

Al instante el grupo se dividió. Dos se quedaron tratando de arrebatarle la guita a la chica, mostrándole el puño, apretándola. Y un par con las pupilas como monedas lo siguieron pidiéndole más. Las risas, las fricciones entre ellos, todo parecía amplificado. Emanaban un hálito de descontrol y peligro que iba abriendo un gran círculo de vacío por donde pasaban. No sabía como quitárselos de encima. Intentó hablarles con sus códigos. Pero cuando se cruzó con la mirada del más chico, pudo verse en sus ojos como un miserable objeto de odio. Estaba sentenciado, ellos tenían el poder en ese instante y debía pagar para salir ileso.

Buscó en los bolsillos interiores y nada. Había varios canas custodiando un banco, una telefónica, la puerta de Mc Donald's, las dos esquinas de Alem y Córdoba, la farmacia, pero miraban la escena como por una pantalla.

Un tipo bien empilchado y una mina salieron de un bar y caminaron hasta un coche alquilado, los pendejos se le fueron al humo y dejaron a Pedro como a un papel sucio.

Después pasó lo del súper. Ya era oficial eso de que “el tiempo pasaba más rápido” y podía charlarlo con cualquiera sin correr riesgos de ser excluido por Alarmista.

Ahora estaba parado en la salida de Paraguay y dudó entre agarrar para el lado de Reconquista y meterse directo en el departamento o pasar por el Florida Garden. Encaró a la izquierda.

Le gustaba aquel lugar porque nada había cambiado desde que su padre lo llevaba los viernes a la tarde a comer medialunas mientras leía la sección financiera de La Nación y él se colgaba viendo el desfile de gente apurada en la peatonal.

Por aquel entonces, todos parecían tener algo importante para hacer. Pronto repararía que en general nadie iba a ninguna parte que valiera la pena.

Se tomó un café corto de parado y salvo algunas expresiones de desconcierto y muchas de “estratégica aceptación”, (esa actitud que en los DVD para el éxito, Choprac jr. reconocía como de auténtico liderazgo), ni una palabra sobre el tiempo. Supuso que nadie sabía exactamente que convenía comentar. Ahí también parecía haber algo menos de gente, pero como era enero, el calor brutal y esto del tiempo los desorientaba, imaginó que, o se guardaban más temprano

o estaban aprovechando las promociones de viajes a otros planetas que surcaban el cielo hasta la asfixia.

Pagó y salió rumbo al departamento bajo el bombardeo de luces de los multiámbitos y el destello aplastante de los carteles espaciales que ofrecían paquetes intergalácticos.

Lo preocupaba cuanto se achicaría el sueño. Él le robaba una hora diaria al suyo, sin comentarlo. No se debía dormir horas impares porque alteraba el sistema nervioso, pero no tenía otra manera para hacerse de alguna intimidad fuera de la dieta condicionada. Así que dormía 5 horas o 7 los fines de semana.

Al llegar a la esquina de San Martín lo detuvo una procesión de carismáticos cantando y batiendo las manos como panderetas. Iban rumbo a la catedral del Santísimo Sacramento, (decía el panfleto), a que el hermano Gabriel diera testimonio de haber visto al “Señor comprimiendo el tiempo”. Invitaban a plegarse a la Gran Revelación ya que además de un milagro por temporada, se les requería un cupo mínimo de tres mil fieles comprobables para ser mantenidos en la oficialidad.

Una chica muy modosita le dio el panfleto y le explicó que con ese numerito a la salida de la iglesia en un Mc puesto le darían un packing Multi Mc, una Coca y una virgencita de la abundancia.

- Gracias pero paso –

La chica lo dejó sin inquina y le extendió el cupón a un excluido que preguntó

- ¿ Con papás fritas?, porque la última vez... –

La procesión se fue perdiendo. Pedro cruzó San Martín y siguió por Paraguay en bajada, con el paso suelto, pero a medida que se iba acercando a su casa, sabía que le esperaban los cursos de meditaciones asistidas en red. Había zafado de los grupos gracias a un certificado que daba fe de su alergia a los perfumes, pero se había equivocado en la elección, ya que dejarlos entrar por Internet cada noche durante una semana lo tiranizaba.

Miró el reloj, las 9 y 20, tendría que apurarse para quitar las colillas y poner armonía en el ambiente.

Antes de subir, tocó el portero de Azul, el 2ºB. La chica apareció en el intercomunicador. De tan producida estaba casi irreconocible. Ojos turquesa, nariz recta y peluca chocolate. Si, estaba aprendiendo a manejar el programa de diseño.

- Esta es la casa de Mimí Azcuénaga. Si no te conozco dejáme tu VIP-

Pedro dedujo que estaba con un cliente y se limitó a decir

- Hola, si tenés ganas de subir antes de irte, voy a estar ahí arriba –

Al llegar al tercer piso se abrió el elevador. El desinfectante a propóleos lo hizo estornudar. Una profunda angustia de irreversible soledad se le presentó como siempre frente a la puerta del 3º B, del “ahí arriba”, (como llamaba a su casa).

Respiró por la nariz, expiró por la boca con fuerza, visualizó una bola violeta girando sobre su cabeza, contó hasta diez y saltando el vértigo puso la tarjeta de acceso en la cerradura.

3

Mimí Azcuénaga era un buen nombre para una puta de la capital. Al principio, había insistido en usar su nombre verdadero Azul Pura, pero a los clientes los ponía incómodos y salvo algún morbosos con carajos místicos o algún cretino sin conciencia, los otros (esos tipos normales que hacen que la vida de una puta transcurra sin sobresaltos) se sentían intimidados. Azcuénaga era por la calle, ayudaba a darle nivel a la propuesta. Pero en su casa, en esas islas entre cliente y cliente, saboreaba su identidad de Azul con todas las letras y se deleitaba con músicas que seleccionaba para cuidar la cadencia de un alma sensible y clara encerrada en un destino sórdido.

Prendió un incienso, abrió las ventanas. El olor metálico del esperma se empezó a fundir con la brisa de antes del amanecer.

Desde atrás de la cama, el mural bizarro que cubría toda la pared, (una reproducción de Juan Burgos) seguía encendido. La virgen del Luján vestida de celeste y blanco con cara de mujer maravilla, gargantilla sado masoquista y boquita despectiva, lanzaba besitos. Sus senos al aire chorreaban sangre y la motosierra que sostenían

sus delicadas manos, dividía un churrasco con la forma de Argentina del que se escapaba un pequeño demonio de alas negras.

Lo apagó y accionó el tapa cuadro. La pared se convirtió al amarillo cálido.

Se pegó un baño con el agua de enjuague del lavarropas con cuidado de que no le tocara el pelo. Fue hasta el balcón y abrió la canilla del barril. Unas mariposas amarillas salieron por el caño, sobrevolaron su cara dejando el aire sedado de polen y luego se posaron en las flores falsas del balcón, de una en una, desorientadas. Llenó el taper con un agua de lluvia algo oscura. Eran los sedimentos, el barril estaba casi vacío. Pronto caería un aguacero. Tenía que adosar un par de depósitos más, bien agarrados (“el nieto” no dejaba nada en pié), porque cuando llovía lo hacía a lo bobo, y si no estaba atenta después pasaban semanas sin caer una gota.

En el trayecto al baño levantó el control y pulso el contestador.

- Si estás disponible antes de que aclare soy Marcelo MP285, si no lo dejamos para otro momento. Yo te busco—

Pinta de moro, bien vestido y aunque con unos kilos de más, no era desagradable y parecía normal.

- *Le pediría 50* - pensó mientras se lavaba el pelo.

Miró su reloj. Las diez menos cuarto. Por el aire fresco y el resplandor que venía desde el río, en unos minutos amanecería.

- *Otro que me pierdo* – se dijo afligida

Azul había comprado persianas aislantes para toda la casa, con suerte iba a terminar de pagarlas en unos meses. Pero si seguía así, difícil. Esto del tiempo la estaba matando. Le entraba menos guita y las cuentas aparecían en rojo sin piedad.

A pesar de las persianas, se filtraban como un zumbido el bullicio de la gente y los motores de energía VAS de los autos que bajaban por San Martín.

La hiperteve escupía un monólogo amanerado. Reconoció la voz de Ambrosio, un diputado gay que estaba pidiendo una amnistía para la Comunidad Callejera. Era exaltado, poco claro y le gustaba escucharse, así que aunque empezaba los discursos con alguna coherencia, inmediatamente se iba por unas ramas tan retorcidas que era imposible seguirlo y culminaba hablando de “su experiencia personal”. Dudaba que le dieran bola. Pero igual, para cuando aprobaran alguna ley ya le habrían ejecutado la hipoteca de la casa, y tendría que meterse en el Mercado Rojo.

De última, podría probar suerte en los Juegos Vivos para los canales de aire. Agallas no le faltaban, para pelear contra un león, cruzar un río con cocodrilos, o frenar la dieta de una tribu caníbal “atendiendo” a cada sujeto. Pero la idea de tener que reírse de los comentarios estúpidos del conductor, le pareció un obstáculo insalvable.

El vértigo le ganó la cabeza, enroscó el pelo en un aireador y manoteó un Prosac.

Consultó su página web. 26 visitas más y ninguna reserva

En esas estaba cuando se abrió la puerta del cuarto del fondo, lentamente, como si fuera de metal.

Una cara que tenía que quererse mucho para no repeler, chusmeó la sala.

- ¿Estamos solas? –

Labios desmesurados de colágeno, cuello ancho, y de rasgos gruesos, que habían crecido a través del tiempo desoyendo los masajes faciales, era la primera ridícula impresión. La cara macilenta la miró con asombro y espetó una sonrisa que traspasaba los límites de un ruge barato.

- ¡Querida! ¡Estás en casa!. ¡Que alegría, te extrañé!
¿Todavía es de noche? –

- Por poco tiempo. Si te vas a levantar a esta hora no tiene sentido, está por amanecer –
- No seas negativa mi amor ¿Hiciste algo? –
- El francés y otro–
- ¿ Solo dos ? ¡Sós un desperdicio!. Me comprometo a ayudarte en la producción. Si yo tuviera tus pechos y tu cara haría fortuna. Pero quién va a invertir un mango en mi. Estoy hecha una cerda –

Azul se preguntó por qué aguantaba a Nancy. Se habían conocido en el Bar Extreme cuando ella era apenas una novata y Nancy la estrella del Puticlub. Encantadora, voz dulce, buenas curvas. Los tipos se volvían locos aunque fuera un hombre. Había visto hasta aflojar a un párroco, turbado por las confesiones de variada pasión de Nancy. Pero el tiempo le había jugado una mala pasada y hoy esa matrona ridícula y ansiosa de bata polar y labios insuflados, inspiraba una compasión ambigua, más parecida a la que se siente cuando embolsamos una cría de gatos y la echamos al mar.

Azul sonrió con cierta malignidad. Si no se iba rápido de casa terminaría matándola.

- ¡Así me gusta Azulita!. ¡Alegría! que cada hombre tiene su encanto. “Lo nuestro es un don, una bendición”. No lo dije yo- *sonrió con humildad, casi ruborizándose, y agregó en voz más baja* - me lo decía siempre aquel ministro tan importante, ese de los patacones allá porbueno, mejor no dar fechas. Yo era una nena. ¡Un peladito divino, con unos ojos como faroles! –

Nancy se sentó frente al espejo de la cómoda y empezó a tararear una canción de Madonna. Cada tanto miraba a Azul de reojo para calibrar su estado de ánimo.

Mientras cantaba su voz se elevaba como el aroma de un caldo y Azul se dijo que éste travesti decadente le daba alegría. Y si ese no era un motivo para aguantarla que bajara dios a darle algo mejor.

Cerró la puerta del baño. Tenía que inventar algo rápido. Los clientes de la tarde, (concretamente los que de día eran abnegados maridos y una vez por semana fantaseaban una reunión para darse el gusto), andaban demasiado preocupados hasta que se arreglara el tema números. Si bien el sueldo se les acreditaba más rápido, ya restados los impuestos, casi no cobraban comisiones, porque se hacían menos ventas de cualquier tipo, y esto generaba un defasaje. Los que en el verano mandaban a su familia a la costa, habían desaparecido de una manera alarmante. Según le confesara un corredor de viajes indiscreto estaban aprovechando las promociones para mudarse a otros planetas no afectados. La Administración Central, tenía preparado un “Desde 0”, pero nadie podía fiarse hasta no verlo. La macana es que con este asunto “no se les paraba”, entonces los únicos interesados eran los “plomos”,(así llamaba a los de las prótesis) insaciables y hedonistas, o los clones que demandaban una relación gimnástica. En cualquiera de los dos casos quedaba agotada y deprimida.

Sus preferidos, los “Neuróticos que sufrían de Conciencia Individual con trastornos del sueño y dificultades para asumir una Conducta Social”,(así los definía Choprac Júnior en sus DVD, pero ella prefería el viejo término “Idealistas” ya que sabía que se trataba de personas sensibles que intentaban entender algo y sufrían de soledad e insomnio), escaseaban porque uno tras otro iban quedando fuera del sistema.

Ella les ponía banca. Su padre había sido un idealista y sabía lo valioso de escuchar una verdad sin atenuantes.

Segundo mensaje:

- Hola, si tenés ganas de subir antes de irte, voy a estar ahí arriba –

Pedro. Pensar en él iluminaba las superficies de las cosas. Así que se apuro a mirar alrededor para llevarse la impresión de los azulejos tornasolados, el espejo irradiando su imagen con piel de diamante pulido y la toalla esponjosa con apariencia de nácar líquido.

Podían pasarse días sin coger y era lo mismo, se entendían y hablaban sin pensar en las consecuencias. Pero no era el amor. Estaba segura. Se había enamorado de un robusto descendiente de italianos una vez, (hacía tantos módulos de vida que casi no se reconocía) y la cosa había terminado mal. Dolorosamente mal, cuando se embarazó. Era muy verde, se abrió, se confesó y al otro día le cayó un abogado a su casa con una demanda por “Embarazo Calificado” y la extorsiva solución de un Aborto Legítimo pedido por los padres del novio que tuvo que firmar tragándose la vergüenza y la rabia.

Los dos eran menores, su padre estaba desempleado, (como siempre) y no pudo apelar.

Después, la violencia en las entrañas, el sueño mancillado por el acero, el feto pequeño y querido dejado como un lastre en la bandeja de metal, la agonía de las entrañas, el desamor, *el desamparo, el desamparo, el desamparo*, repitiéndose ya sin identidad, sin género, como un recurso obscuro para explicar los hechos.

Pensó si ir o no al bar. Difícilmente pudiera conseguir a alguien con el sol saliendo.

Parecería ser que la oscuridad inspirara al varón para llevar a cabo sus fantasías fálicas de superhéroe, He man, Spacial man o Dólar man, (cada generación emulaba un guerrero distinto), pero la luz del amanecer los dejaba al descubierto de la farsa y tenía un efecto astringente sobre su aparato reproductor.

Además se arriesgaba. La ley prohibía el marketing de prostitución callejera durante el día o como se decía ahora, “*sugerían las actividades alternativas de placer en el marco privado*” y no respetar la Decisión Conjunta podía reportar desde una multa de extracción automática, al cese de créditos.

- Por hoy basta – se dijo
- Estoy haciendo Kepe. ¿Comés conmigo, querida? –

Al salir al living Nancy le puso un plato de carne cruda macerada con especias árabes y le comentó

- El burgol tiene propiedades mágicas para soportar el sexo –

Y al ver la expresión desanimada de Azul agregó

- No te me caigas. Vas a hacer plata. Tengo un ojo clínico para los destinos ajenos. Confiá en lo que te digo y comé -

Azul se sentó en la reposera a escuchar Medicine Power La cadencia del sintetizador remedando una flauta. La fue meciendo como lo hacía su madre en la infancia, cuando volvía del hospital por la noche tarde y Azul se despertaba sobresaltada con el portazo. La cargaba en la oscuridad, y la rescataba de sus pesadillas acunándola en la falda.

La extrañaba sin vueltas, a su madre, y aunque la tendencia de la sicología de vínculos insistía en el “beneficio de morir a tiempo para no ser un peso en el desarrollo de las nuevas generaciones”, había desaparecido de su vida demasiado temprano. No acababa de cumplir diecinueve cuando recibió el llamado de la asistencia familiar del hospital Alemán. La voz expeditiva de la oficinista le comunicó que la enfermera Juana Díaz de Pura acababa de tener un infarto, que intentaron revivirla, pero que no insistieron demasiado porque consultaron su ficha y había dejado instrucciones de que no la colocaran en cámara.

- *Para no ocasionarnos gastos* - pensó con destemplanza.

No se olvidaba de su sorpresa, fue más grande que el dolor. Estaba acostumbrada a las anécdotas de cómo la peleaba a la muerte.

-“ *Y entonces la vi* ” contaba Juana- “*Rondando al pobre viejo como una mosca a un dulce. Sin defensas, hecho una pasita, el viejo. ¡Y la muy guacha lista para sacármelo!. ¿Y que hizo tu madre? Lo senté en la cinta mecánica y me lo llevé para neonatología. Ahí, con los prematuros. Si lo vieras al viejo rodeado de ángeles... “Otro día puede ser, pero no hoy”, me dije*” –

Y el que hubiera desaparecido así, sin darle tiempo a burlar la muerte, le resultaba un chiste malo.

Como fuera, la vida nunca se había presentado con algún sentido. No había en ese acto tan vulnerable y preciado de vivir nada concreto que justificara la alegría, salvo la ilusión del amor, la belleza que se empecinaba en subsistir la decadencia,

el engaña pichanga de la evolución y la certeza de que entre “ser y no ser” era preferible tocar en el concierto.

- Bueno, basta – *se dijo*. Tampoco tenía tiempo para cuestionamientos existenciales.

Miró a Nancy escudriñando la ensalada de arroz multisabor con los palitos chinos de ribetes dorados (que en sus épocas de gloria le regalara un diplomático destinado a Pekín) y pensó en la ironía de que, a una altura de la vida en que gustosa hubiera atendido la vejez de su madre, tuviera que esconder a un travesti desacreditado apelando al morbo del portero.

- ¿Está rico, mi amor? –
- Delicioso. Contáme tu viaje al espacio –
- Ah! ¡Era tan imprudente... Estaba recién operada. Había cambiado los documentos. Todo en regla. Identidad nueva, concha nueva. Por primera vez podía andar tranquila. Sin el miedo al rechazo...
- Y te enamoraste –
- No fue amor... ¡Era locura!. De verlo, no decía nada. Un tipo inteligente, muy formal, pero cómo acariciaba, cómo sabía amar. Un apasionado. ¡Yo estaba loca con su pito!. Me desmayaba, me sentía morir –
- Y se fueron juntos, a casarse al espacio exterior –
- Muy romántico, (la madre, una divina). Elegimos juntos el destino. Estaba muy de moda el Caribe virtual, todos preferían el calor, las aguas transparentes. Pero nosotros nos fuimos al espacio, a “Coral”. Una estación de ensayo que se promovía para ver si la gente se adaptaba. Mora, mi gata del alma, tuve que dejarla. Estaba preocupada por eso. Que ingenua -
- Y se fueron al espacio –

- Maravilloso, la noche absoluta. Las estrellas brillaban como diamantes. Estábamos todos súper asustados. Había una mujer recién separada que se largó con los cuatro hijos. ¡Que audacia!. Un viaje impresionante, en primera, todos los chiches. Champaña, pantalla gigante, un catering delicioso. Pero me agarró miedo. Cuando ya no se veía nada de la Tierra. Miré alrededor y era la única desvelada. Nicolás dormía y tuve el presentimiento de que no íbamos a llegar, que nos iba a tragar la noche. Entonces lo desperté y le pedí de hablar. Él me miraba con una admiración, con los ojitos despejados. Tenía necesidad de decirle mi verdad. Quién había sido- *hizo una pausa* -Y ahí terminó todo, se me desbarrancó la vida -
- Pero llegaron –
- Llegamos, pero yo no pude aprovechar nada. Me quería morir. Él me miraba con asco, como si hubiera estado haciendo el amor con un monstruo - *y sentenció* - Créeme, la verdad no le sirve a nadie, ni al que la dice ni al que la recibe –

Nancy tomó los platos y se fue suspirando para el lado de la cocina.

Azul pensó que su vida también se había desbarrancado y que no le quedaba mucho por delante. Se preguntó quién estaría en el momento de irse. Si tendría la dicha de morir en brazos de alguien. Y esa ilusión le endulzó, en parte, lo que quedaba de la noche. Que se acumularan las cuentas, que la llenaran de esperma infértil, que el fin se acelerara. Hasta entonces seguiría despertando sin pensar en nada más que pasar otro día.

Mientras se calzaba el pijama miró por la TV el desfile de figuras invitadas a la Fiesta del Solsticio de Verano en el planeta Agua. Pensar que ella estuvo a punto de irse de la

Tierra hace seis años, cuando salió Señorita Armonía. No lo lamentaba. El contrato negro era depredador. Quedaba por 5 años en las manos de los organizadores para explotarla a su antojo sin más beneficio que casa, comida y lo que pudiera llevarse puesto.

- *Que estúpida – pensó - Como si estar acá, fuera una gran diferencia –*

Apagó la TV con asco y salió al pasillo.

- *¿Te vas querida? Eso, salí un rato. Dale besos a Pedro –*

Caminó los veintidós escalones hasta el 3 B. Por primera vez le pesaron y se dijo que con 34 años, estaba envejeciendo prematuramente y que seguiría así. No tenía resto para restaurar su sistema celular. Golpeó la puerta y exhaló los pensamientos oscuros por la boca.

Adentro Pedro daba las buenas noches a la pantalla, proponía el encuentro de fin de curso en Catalinas, los demás se plegaban encantados, (rabiosos en su fuero íntimo de haber perdido la oportunidad de liderar la idea). Seguirían conversándolo mañana.

Al levantarse, el protector de la PC quedó irradiando pescados multicolores en un mar de oleos líquidos contra las paredes. Cada objeto del departamento, respondía a una época distinta y combinados se lograba una ruptura estética, aunque no era la intención. Así una lámpara ostentaba un tul con borlas de seda verde seco, sobre una mesa baja de rústica madera de obra. Como al azar una caja de bronce medio abierta dejaba ver la x de la marquilla OXI – BITHUÉ. Las cosas parecían corresponder a un sitio como habitualmente sucede en los

museos. Publicidades de casi un siglo, convivían con pequeños dimensionales a pila.

- Ya está – *se dijo mientras escuchaba el timbre de viento golpeando las cañas huecas.*

Casi una alegría o algo que no supo definir, porque se le mezcló con ansiedad, acompañó sus pasos hasta la puerta.

Al abrir vio a Azul que hacía esfuerzos por estar bien y se adelantó a estrecharla. La mujer se desplomó en sus brazos forzando una risa.

- Fue un jueves pesado –

Pedro pensó que era su oportunidad de contenerla, de decirle que necesitaba de ella, que era el único motivo para estar en aquel lugar atiborrado de palomas y ratas. Que si aguantaba las propagandas con laceres desde el cielo a toda hora, el olor azufrado de los rayos germicidas que traspasaban las paredes, la requisa periódica de su departamento (que no convenía objetar porque se vería como producto de una imaginación paranoica), era únicamente para acompañarla. No había atesorado nada que lamentara perder. Podía desprenderse de la escenografía de su vida. Sus afectos habían quedado en el pasado y era algo que no podían sustraerle.

Pero el miedo al rechazo se presentó como otra de sus fobias, con esa irracionalidad paralizante que provoca vértigo y oprime la garganta.

Se limitó a acariciarle el pelo húmedo y sonreír.

- ¿Estás apurada o tenés tiempo para unos mates? –

- Hoy no salgo. No tiene sentido –

Las palomas habían cristalizado a picotazos la ventana del living, y Pedro tapó los agujeros con zinc.

- Tenés que poner las ventanas –
- ¿Para qué?. Está por venirse otra tormenta y las van a arruinar de nuevo. Ya empezaron a darle. Mejor dejo que caiga el aguacero. ¿Viste que al final el día queda en 16 horas? –
- ¿No te jode si hablamos de otra cosa? –

Azul se ovilló en el sillón, lo miró con letanía, como desde el fondo de un mar brumoso pero conocido. Siguió el curso de Pedro en la cocina, el zumbido imperceptible del aire climatizado, el ruido del agua, el encendido de la hornalla y se durmió pensando que al menos los sonidos mantenían cierta coherencia.

Cuando Pedro volvió con el mate, reconoció la respiración pesada de los barbitúricos. Dejó el termo a un costado y se recostó en el espacio libre del sillón, adaptándose a las curvas del cuerpo dormido.

4

Sonó el despabilador. Laura Mujica Varens saltó sin regresar de ningún sueño, se vistió mientras masticaba una oblea vitamínica y salió apurada para evitar que los padres la interceptaran con aquella cantinela de preguntas que no podía responder.

Antes de tomar el subte en Primera Junta pasó por la Basílica. Tenía que pedirle unos analgésicos a María, la encargada del comedor y la que regenteaba las clases y los servicios médicos que se daban a los más pobres. Tuvo que abrirse paso entre hombres y mujeres que esperaban afuera, algunos pocos con cascos viejos y la mayoría cubriéndose la cabeza con baldes abiertos a un lado para ver.

Algo no estaba funcionando como todos los días

Al entrar, María estaba sentada en la gran mesa del comedor comunitario, con las manos envueltas en el delantal y la expresión sombría. Laura pensó que nunca la había visto sentada.

Se acercó imaginando de que se trataba. Habían mandado al párroco anterior (un tipo generoso y muy querido) al Chaco y en el lugar había quedado su segundo. Un arribista con buen manejo de la política interna. Le serruchó el piso. Y claro, no estaba de acuerdo en seguir prestando servicios. Corría a las mujeres llamándolas de vagas, a los hombres de borrachos, y a los gatos y perros a perdigones.

María levantó la vista, tenía la espalda vencida. Su hija con otra naturaleza, menos católica, dijo

- ¿Vos podes creer que nos echan por ladrones? – y agregó
- No sé qué calculó que faltaba el cretino éste. Porque no

se merece que se lo trate como a cura ni como a nada.
Comida dice que faltaba –

María casi llorando habló

- Me dicen que faltan unas latas ¿Para qué iba a llevarme cosas si comemos todos acá?. ¿Hasta en las fiestas comemos acá? . ¿Si trabajamos todo el año? -

Laura no sabía que decir. Se limitó a ofrecerse

- Lo lamento en serio. Encima no les puedo servir de nada, no tengo buena relación con el padre Ángelo – *hizo una pausa y agregó* - Todos sabemos lo que ustedes hacen por la gente. Veníte para la huerta, a lo mejor Nora los puede colocar en algún lado –
- Ya sé querida – *dijo María y le agarró la mano como para aferrarse a algo por un instante* - Muchas gracias-
- *“Aún tengo que conseguir esos analgésicos”*- pensó Laura y saltando la incomodidad de pedirlos en ese momento siguió
- ¿Podré llevarme unos blister de morfina? –
- Ya no los tenemos nosotros a los remedios – *dijo la hija* – Se los llevó para adentro la Celia-

La asistente del padre Ángelo era una mujer esmirriada de expresión rapiñera que había boicoteado al padre anterior. Por supuesto no miraba a Laura con muy buena cara, pero igual accedió a su pedido a disgusto.

- Yo te los doy, pero es la última vez. No me comprometas –

Laura pensó que eso quería decir muchas cosas. Que la Huerta de la Misericordia, que regenteaba Nora, estaba siendo mal vista por la curia. Que le denegaban todo apoyo. Y justo en este momento en que escaseaban los recursos para mantener a las casi quinientas personas que integraban la comunidad.

Podía leer los pensamientos de las almas menos evolucionadas, utilizaba el análisis de asociación empática. Además se ejercitaba con un líder alquimista en eso de agudizar la percepción. Así que mientras la mujer rescataba de un tarro de acrílico con la letra “A” los blister, no pudo evitar deducir el monólogo interno de la asistente.

- Si Nora quiere imponer sus propias leyes de la caridad, que se embrome. Ya se las verá con Dios. Además ni es cristiana. No debería pedirnos nada. Esta es la última vez que me arriesgo –

Laura le sonrió con afecto y al tomar los blister cerró sus manos sobre las de la mujer en un acto de necesaria hipocresía.

- Sós una santa. Con esto les das alivio a 28 infectados de HM -

Salió a los piques para no cruzarse con el párroco y caminó hasta la esquina de Carabobo y Rivadavia con el viento en contra. Un grupo de jóvenes descalificados por ausencia de auto tecnología, (decía el cartel), quemaban gomas y basura manteniendo el fuego con solvente, en una barricada que interrumpía el tráfico.

Miró para los dos lados tratando de localizar a algún “halcón” que pudiera llevar los remedios hasta la huerta. En veinte

minutos tenía que fichar en MOTHER y después le sería imposible salir hasta las 6.

En instantes se escucharon los motores de las naves. Las líneas infrarrojas delimitaron un blanco rectangular y los rayos antimotines se esparcieron inmovilizando automáticamente a los piqueteros y a algunos desprevenidos transeúntes. La gente siguió sin detenerse, muchos iban y venían acarreando botellas llenas. Se veían a toda hora los lomos doblados por el peso del agua.

En el hueco oscuro de la boca de Subte apareció Carola, una morena ancha de mirada torcida y sin muelas. Cargaba una mochila con aparatos chinos que vendía en el recorrido a Plaza de Mayo.

Al ver a Laura se cruzó con el semáforo en verde, un auto paró en seco y el conductor la insultó. Carola le hizo fuck you.

- ¡Andá a la puta que te parió, cornudo! –

Y cambiando de expresión se bajó el casco y luchando contra el viento trató de arreglar el abundante pelo. Sonrió desenvuelta y unos graciosos ojos negros brillaron detrás de los lentes. Se acercó a Laura con cariño.

- ¡Laurita! ¿Que andás haciendo? –

- Corriendo. Necesito una ayuda. ¿Podés hacerle llegar estos blister a Nora? –

- ¡Por favor!. ¡Estás hablando con una halcón de prima, vieja!. ¡Agarrá! – *y le puso en el bolso una cajita del tamaño de un libro* – Es una laptop descartable de mac Te la regalo –

- No vieja, después tenés que pagarla –

- Vos fuma. ¿Tenés o no tenés?. Debés tener, pero igual te sirve para el bondi. Si no te gusta la tirás, pero no se

desprecia –

- Gracias vieja, me sirve en serio. Es urgente lo de los blister, los HM están sin morfina desde ayer –
- Olvidáte, ya lo busco al Poca que está por irse para la huerta ¡¿Viste lo del tiempo?!. Tanto joder con la basura de los viajes espaciales. Hay que hacer una flota de clones auto bomba y reventarlos a todos –
- Ya van a caer solos- *se escuchó decir sin convicción* -
Gracias vieja –

Bajó por el andar mecánico colmado de caras abatidas pensando en Carola. Hace un par de años no se hubiera detenido a hablar con alguien así. Tenía un prontuario de puta, proxeneta, diller y ladrona. Había incendiado al amante estando embarazada, cuando volvió a su casilla de improviso y lo encontró en la cama con una de sus chicas. Y sin embargo era una mujer excepcional, y muy necesaria en los tiempos que corrían. Dispuesta a trazar cualquier resabio de integridad para que en la huerta no faltara lo esencial.

Cuando con esto del tiempo las plantas empezaron a no responder, hubo que recurrir a cualquier recurso para mantener a las familias de la Misericordia. No quedó otra que confiar en un grupo de sobrevivientes, los más aptos, para que trajeran el mango o los alimentos o los canjes para el día a día. Carola fue de los primeros en ofrecerse.

Unos pocos tenían que trazar a cualquier costo para que el resto pudiera sobrevivir sin entrar en conflicto con su conciencia. Los preciados “halcones” de la huerta.

Una mujer de ley. Contradictoria, sí, pero ¿quién no por estos días?. Vicepresidenta de la sociedad de fomento de Villa Soldati. La menor de seis hermanos zánganos. Había cobijado en la vejez y enfermedad, (hasta la muerte), a un padre borracho que la manoseaba en la infancia. Desde hace un año

cuidaba a su madre, postrada en una cama de hospital, durmiendo en el piso, entre las cucarachas. Carola, que ya no se dedicaba a los negocios turbulentos desde que pariera.

- *Llegué a tener 20 chicas a mi cargo - contaba - ¡Sabés como me querían?. Todavía me encuentran en el Once y me dicen “¿Carola, porqué no volvés?. Te necesitamos”.* Yo les digo. “No. Ahora soy madre. Ahora estoy en otra”. Y bueno, la gente cambia –

La gente cambia, Carola la quería, y era un honor para ella.

- (Mirá si cambia la gente) – se dijo feliz de haber despertado de la nube de pedos donde intenta sostenerse la fracción privilegiada de un mundo devastado por la indiferencia y los intereses particulares.

Mientras las estaciones pasaban en el subte directo, dejando una estela luminosa que se perdía con prisa, Laura memorizaba la agenda del día que le suministraba la voz impersonal del minidisc y contestaba el cuestionario de efectividad en el tiempo previsto y con el desarrollo adecuado para un Coeficiente Intelectual de 110.

Un líder de la huerta le había pasado sus conocimientos de Master en Sistemas de Información de la Universidad de Harvard, pero para la Central era apenas una diseñadora para Desarrollo de Software, con la expectativa anual de crear, para las secciones operativas, programas que solucionaran procesos sintetizando las funciones.

Así tenía que ser para no levantar sospechas y trabajar tranquila.

La pantalla de información del subte espetó una explosión con un sonido y visión tan reales que todo el pasaje quedó paralizado por un instante.

- *¡Chile en llamas!. Hace solo unos minutos entró en erupción el volcán Lanín sobre la cadena de la precordillera de los Andes. Una catástrofe totalmente inesperada, ya que el volcán se creía extinto. Los geólogos que investigan el fenómeno, coincidieron que la causa más cercana es el recalentamiento de la tierra. El calor desplaza las placas, chocan entre ellas y las rocas se funden aumentando la presión hasta explotar. Todavía es temprano para lamentar víctimas, pero se está buscando a un tour de cazadores fotográficos y a un número no establecido de turistas ecológicos que acampaban en la ladera –*

La gente siguió cada cual con lo suyo, sin modificar el semblante.

Laura pensó que hoy sería su primer día de acción. Hoy se llegaría hasta Catástrofes. Era una buena oportunidad.

Juan Báez, uno de los líderes, corresponsal durante la guerra espacial por el agua con Chile, solía ir al Sur y no se vería raro si entre los desaparecidos figurara su nombre.

Al salir de la boca del subte en Puerto Madero el viento llevaba en remolinos algo de la espuma verde del río. Empezaban a prenderse las luces de la ciudad. Apuró el paso para llegar al trabajo antes que la noche se le cerrara encima.

5

Los técnicos que leían las imágenes satélites de la zona oeste de Buenos Aires, tenían el privilegio de llevarse a las retinas la impresión de ciudad idílica que despertaba la Huerta de la Misericordia vista desde el cielo.

Nadie, por más retrógrado que fuera, podía substraerse a los distintos verdes de los cultivos orgánicos, lechugas mostazas, mantecas y moradas que se alborotaban sobre el tramado de la tierra fértil, suspendidas, mientras las raíces bebían la savia del agua escasa. Nadie con infancia, (y aunque lejos del primer tejido de las emociones), podía no sentirse tocado por los contornos redondos como panzas con crías de las casas de barro. Nadie que alguna vez hubiera proyectado una vida plena, podía ser ajeno a esa sociedad sin ruidos, perfectamente

engranada, andando a puro viento, aire y sol, tan cómoda como una hoja de otoño planeando bajo las copas de los robles. Cuatro hectáreas donde todo parecía expresado más que puesto, hecho antes que adquirido, y donde la gente se movía a un ritmo ágil pero liviano. Tan discordante con el paso autómatas de los hombres que a pocas cuerdas, en la estación de Merlo, se entretejían nerviosos como insectos voraces. Nadie, salvo un burócrata congénito.

- Para mí que están drogados –

Dijo un técnico raso ampliando la imagen para buscar plantíos de coca, amapolas, cannabis o floripondios entre las perfectas tomateras y los canteros de aromáticas que acompañaban los senderos.

Abajo, lejos de las conjeturas preventivas de Seguridad Nacional, la comunidad de la Huerta de la Misericordia, cada cual en su tarea, esperaba que el grado de acidez de la lluvia que estaba a punto de caer fuera lo suficientemente bajo para poder beberla, bañarse y alimentar el sistema de goteo.

Juan Báez, salió del galpón, se calzó las manos en la cintura y levantó los hombros para relajar la tensión de la espalda. Había pasado el día encerrado frente a una PC. Las últimas tres horas, buscando información clandestina en las redes y filtrando sus propios artículos a través de sitios piratas. Ahora, a las 9 y 20 de la mañana, (noche cerrada), cuando amainó el zumbido del viento, salió al patio a respirar un poco de brisa. Las estrellas veladas por la humedad, el paisaje detenido y el olor del hidrógeno le anticiparon que caería la tormenta.

Prendió otro cigarrillo y tosió. El entorno aún no lograba convencerlo de dejar el tabaco.

Juan Báez era un hombre inquieto de una inteligencia clara y un verbo agudo. Flaco al hueso, con una gran cabeza de abundante pelo cano y facciones prominentes. Su perfil recordaba una caricatura.

Había sido seminarista, pero abandonó los carriles de la iglesia cuando comprobó que no estaba dispuesto a renunciar al sexo. A continuación se alistó en la izquierda pero se borró del partido y desechó las tendencias cuando verificó que el egoísmo de los hombres no tenía ideología. Estudió periodismo, lo ejerció cabalmente e incluso dio cátedra en la Facultad de Comunicaciones hasta que en una de las tranzas por la prórroga de lo adeudado al Fondo Monetario, aprovecharon el recorte de presupuesto sobre la educación para sacarse de encima los últimos “elementos conflictivos”, (“profesionales no actualizados que mostraban claramente desentender las perspectivas de desarrollo”).

En resumen, Juan Báez era un destacado periodista contestatario, hasta que se fue afinando el diámetro del embudo de la prensa independiente, bajo una “legítima” retracción de spónsores y terminó en la recta final trabajando para un periódico de centro izquierda.

Luego, cuando al amparo de la “libre empresa” se monopolizaron los medios, el diario tuvo que optar entre enderezarse o quebrar. Báez quedó fuera, pero se las ingenió para crear un periódico virtual.

Este último proyecto le permitió decir lo que alguien tenía que decir durante un par de años. Pero la corrupción que Juan se empecinaba en desnudar, se amparaba en sus propios comunicadores.

Las palabras de Juan fueron tildadas, por los promotores de cultura, y es penoso admitirlo, por sus propios colegas, de “reaccionarias”.

Las palabras quedaron boyando en el espacio virtual, a la espera de que los pre-excluidos (esos que al ver al vecino... ponen la barba a remojar), se enteraran de que pasaba fuera de “los primeros mundos”, fuera de “la globalización” y de otras ilusiones.

El periódico virtual de Juan Báez era un espacio muy útil para anticiparse al devenir. Ideal para establecer estrategias y si se perdía la partida saber que al menos no se estaba ni solo ni loco.

Pero decapiten a quien dijo “dios no quiere cosas malas”. Las multinacionales absorbieron todas las industrias y ni por demagogia, ni por la farsa de la democracia, esponsoreaban a quiénes les patearan el tablero.

Así llegó a la huerta.

Era amigo personal de Nora, de los tiempos en que se miraban con una pasión que no dejaron brotar. De aquellas épocas en que al cruzarse, cada cual fantaseaba un destino juntos. (Ella, su día a día en le campo, rescatando a chicos excluidos, construyendo su sueño de la huerta comunitaria. Él, sabiendo que la fuerza de Nora partía de una inseguridad sin génesis, leyendo en su rebeldía la angustia de no encontrar un hombre que domara su esencia, queriendo haberse despojado de su arnés revolucionario para protegerla de sí misma).

Pero eso era historia.

Después, el sueño de ella se convirtió en una responsabilidad sostenida, sin descanso. Haciendo agua por todos lados, pero sin desertar. Luego, Juan se casó, formó una familia y su profesión lo puso más cerca de procesar las amenazas anónimas, de gambetear el peligro atendiendo las inmediaciones de su departamento antes de entrar, de desarmar los enredos de la información oficial y más cerca de algunas verdades que estaba dispuesto a revelar a cualquier precio aunque fuera para alborotarles el hormiguero.

Ahora la relación era tan entrañable que solo algunas noches, cuando el vino pegaba más de la cuenta, y cada vez con menos frecuencia, aún estando cada cual con lo suyo (él con su compañera de los últimos 14 años, ella con su amigo de turno) se encontraban las miradas a través del fuego con un dejo privado de asunto pendiente.

La vio en la entrada de la comunidad, peleando el precio con los choferes de la barométrica. Hablando el mismo idioma que los tipos. Seduciendo con los pechos todavía rellenos, y sonrió.

- ¡No le afloje! – Gritó Juan con al boca arqueada bajo el bigote.

Nora lo miró para fulminarlo. Tenía pocas pulgas y aborrecía que intercedieran en sus asuntos.

Al terminar la tranza se vino hasta donde él estaba. Caminaba como una adolescente pendenciera, enfundada en sus jeans ajustados y antes de parar se quitó con los índices el pelo rubio que se le metía en el cuello de la camisa.

- ¿No ves que estoy hablando? No me grites cosas cuando estoy tranzando -
- Vamos muñeca, no te me retobes –dijo cariñosamente él sin dejar de sonreír. Porque Juan Báez era antes que nada un tipo con humor- ¿Te hicieron precio? –
- Nora lo miró torcido un instante más y contestó sin ganas frunciendo la boca y levantando las cejas.
- Por supuesto –
- ¿Tuviste que hacer algunas concesiones?- Él seguía sonriendo
- De ninguna manera –
- ¡Dale! No te chivés, que te lo digo en joda –

- No me gustan tus bromas –
 - ¿En serio me estás hablando? –
 - No, está bien – reuló ella y aflojó los labios dejando libre una sonrisa de boca abierta y grandes paletas separadas–
 - Ahora... – continuó él – me parece que no les va a dar ni para la mitad de los pozos - ¿Viste el cielo? La lluvia se viene a lo sumo en un rato –
 - Ya les dije que empezaran con la casa de los chicos. Hacen el hospital, y la escuela. Si da, la casa de los juegos. Y el resto se verá después de la tormenta. Los grandes nos arreglamos. A lo sumo que hagan la de Marita, que ahí son muchos –
 - ¿Cómo viene el día? –
 - No sé, los de la noche deben estar volviendo. Aprovechan que hubo luz hasta hace un rato. ¡Ah!. Vos porque estuviste encerrado, pero la noche fue un día de sol brutal. Se quedaron levantados casi todos. Tere y la Colo estuvieron como hasta las cinco. El resto, y tu hijo, nos quedamos hasta recién. Se acaban de acostar. Así que hoy se dan las clases cuando se levante la troupe. –
 - Andamos con el sueño cambiado –
 - Y si, no podemos hacer la huerta de noche, que me perdonen – Mientras hablaba seguía atenta los movimientos de los tipos del camión. En un momento dado salió disparada para donde estaba la barométrica.
 - ¿Qué hacés?- Le dijo mal encarada a uno de los tipos - ¿Cómo me vas a pasar la manguera por arriba de los canteros? ¿No te das cuenta que hay plantitas en los canteros?¿ No las ves?¿ Tenés algún problema en la vista?
-

El tipo, amedrentado, bajaba la cabeza y se excusaba.

Como Nora no encontraba eco de su calentura siguió dirigiéndose al chofer, un gordo que abrió la puerta del camión

y le contestó algo de mal modo. Juan conocía bien la agresividad de Nora, así que se apuró para interceder antes que se armara la rosca.

- ¿Si, buenos días, que sucede? – Dijo para imponer un clima de mutuo respeto y dar a entender que si se necesitaba resolver las cosas como hombre ahí estaba -
- Nada – Le contestó molesta Nora sin mirarlo.
- Dejé que me ocupó. Y andé a descansar un rato –
- ¿¡Te parece que puedo descansar!?.¡Estos dos señores estaban rompiendo los romeros con las mangueras!.¡¿No vieron el camino entre cantero y cantero? ¿Para que creen que está el caminito? ¿Por qué queda lindo? ¿No se dan cuenta que es para pasar la manguera?! – hizo una pausa para aumentar la gravedad del asunto y siguió enfatizando - ¡¿Ustedes saben lo que es este lugar, lo que hacemos en este lugar? ¿Tienen noción de que hay doscientos chicos trabajando todo el día, regando, podando, sembrando, para que la huerta esté como está? ¿Para que ustedes, dos insensibles, vengán a romper el fruto de su trabajo?! –

El tipo del camión se sintió tan basureado que cerró la puerta y lo puso en marcha para irse.

- Subí – le dijo al otro que era un pendejo y estaba achicado dejándose mear –
- Vamos Nora, aflojá. No se dieron cuenta, no fue a propósito. Tiráte un rato que yo sigo con esto – insistió Juan.
- Que se vayan. No los quiero en mi huerta –
- Nora, andé a descansar – Dijo suavemente pero con autoridad. Ya se había peleado con la empresa de la

competencia y por más que se autoabastecieran no podían estar sin limpiar los pozos –

Se fue caminando re caliente, chuequeando las botas tejanas con los brazos abiertos contra el cielo en señal de indignación y vociferando

- ¡Los romeros que plantó Mario, sacados de la huerta de la bobbe, salidos de la tierra de Sara! –
- Disculpen muchachos, no duerme hace días, con esto del tiempo las plantas andan mal y está muy preocupada – argumentó Juan para amainar los ánimos
- ¡Paso catorce horas arriba de este camión de mierda!- dijo el chofer con una bronca más a la vida que a la mina -¡Tener que aguantar...! –
- Bueno muchachos, tranquilos, que hoy van a comer unas verduras de los dioses. Trabajen nomás que voy yendo a buscarles un par de lechugas- ¿Cómo les gusta? Moradas, manteca... –

Fue hasta la huerta, levantó dos plantas humectadas, tan tiernas que se quebraban en la mano, y las envolvió en diarios húmedos. Regresó con el tributo, bromeó cómplice sobre la condición femenina y volvió a su galpón y a la máquina.

En la pantalla los titulares destellaban partículas de fuego líquido. La noticia de la explosión del Lanín le hizo vibrar el pulso. Esta vez podía ser. Una cirugía, un documento falso y estarían más tranquilos. Sin la pesadilla de los clones arrancándolo de la vida de su hijo como a un delincuente.

No sabía si Laura estaba al tanto, así que decidió arriesgarse. Envolvió el celular en una plancha de aleaciones, para despistar las señales y marcó el número.

No contestaba. Consultó el reloj

- Ya debe haber entrado a MOTHER- se dijo - llamará después -

Estaba tan excitado que no podía concentrarse. Dejó encendida la PC, salió al deck, prendió otro pucho y observó las grandes boas de dolmeníc que ensordecían el aire succionando los fluidos nauseabundos.

- *Tiene razón Nora, hay que dejar de comer* - pensó -
...alimentarse de la luz -

Mario, venía caminando fresco de la casa de los enfermos. Era un hombre aún joven pero con su capacidad de concentración estragada por un accidente de moto. Este revés no le había impedido casarse, ni ser padre, ni separarse, ni trabajar, ni cultivar amigos. Su temperamento amable había equilibrado su desgracia y en la Huerta de la Misericordia era especialmente querido y respetado porque podía reparar lo que fuera con lo que estaba a mano.

- No es por decir nada. No lo tome a mal - dijo a Juan levantando la palma a la altura de la cara - Pero para mí que no llegan a limpiar todos los pozos-
- Sí. Van a hacer los de los chicos- ¿Cómo está el viejo? -

El viejo, era un alquimista que se estaba muriendo.

Había contraído un virus desprendido de un hongo mutante que llegó a la tierra como parásito de las últimas lluvias de basura espacial. Era una de las causas de muerte más frecuente por entonces. El virus cambiaba su estructura química, y atacaba alternativamente sangre, órganos o fibra muscular, no se

salvaban ni los huesos.

Las sondas receptoras de plasma cósmico, pronto darían con los materiales extraños. Se estudiaría su naturaleza obteniendo la vacuna.

Pero para el viejo ya sería tarde.

- Mejor, no se queja tanto. Laura mandó morfina y ya le di una a cada uno, así que están más tranquilos. Ahora se quedó con ellos la Rosa.¿Necesita algo? -
- Estoy agotado. Si me mirás a los tipos de la barométrica, que no hagan cagadas con las mangueras, que no las pasen por arriba de las plantas, me tiro un rato –
- Dele nomás. Me quedo firme acá hasta que terminen –

Al entrar a la casa, el cuerpo de su hijo destapado le recordó la desprotección en la que estaban todos. Se acercó despacio, y estiró la sábana hasta cubrir los hombros frágiles.

En el dormitorio, Ana dormía con la luz encendida. El pulgar aplastado, marcando una página de las obras completas de Borges. Le sacó el libro de encima y antes de dejarlo en la cómoda, lo abrió al azar y leyó...

- *“El propósito que lo guiaba no era imposible, aunque sí sobrenatural. Quería soñar un hombre: quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerlo a la realidad.” –*

Miró alrededor como buscando con quién compartir la magia. El gato se estiró y volvió a enrollarse displicente sobre la silla. Otra vez había pasado. Alguien que comprendía el puzzle de la existencia nos revelaba que estaba ahí, escuchando nuestra inquietud cuando abríamos un libro sin importar la página. Esa frase de Borges era la síntesis de su vida.

Se sintió pleno, algo más joven, con la sangre descontrolada. Tocado por la gracia de buenos augurios, le vinieron ganas de hacer el amor.

Cerró la puerta del cuarto. El vaho del verano sin mar, del asfalto supurando sus tóxicos iones misturados con el aire denso se aplastó contra el barro cocido de su casa.

Las sabanas tenían el movimiento de Ana. El médano de la cadera, invitaba a cruzar el desierto. Se sacó lo que le quedaba de más y la envolvió con el cuerpo desnudo y transpirado de su jornada intelectual, (tabaco negro y rayos catódicos). La dio vuelta y buscó su lengua con un aliento de ideas trasnochadas que despertaron a Ana haciéndole cosquillas en la nariz.

- Pensaste mucho en otras cosas. Hay agua buena en la mesa de luz –

Juan se alejó para hacerse unos bucheros con agua. Luego sacó la cabeza por la ventana y escupió en la maceta de los geranios.

Cuando miró a su mujer, lo esperaba con el cuerpo abierto, los pechos macerados por los pliegues de las sábanas, las rodillas vencidas como las fauces de un acordeón. Ella tenía los ojos cerrados y una mueca de fantasías adolescentes. Juan se acercó y agarró la mata de pelos negros del pubis que le ofreció la resistencia de unas crines.

Ana tomó el sexo de su hombre, sus bolas plenas, el tronco recio con la mano estrellada y lo ayudó a penetrarla. Juan desgarró la concha humectada, le mordió la aureola de los pezones, y mascó el pelo áspero. Siguiendo con las palmas las líneas hundidas de su cintura. Sopesando las nalgas con las manos calientes. Hundiéndose en ella hasta traspasarla. Imaginó su sexo más desmesurado y brutal profanando una muchacha con un himen cristalino, quebrándolo hasta derramar una delgada película de sangre.

Ana corrió de su mente la realidad y fregando sus pechos contra unas tetas abundantes, untó la boca buscando una lengua suave de puta nueva. Apresó las nalgas casi tan armoniosas como las de una bailarina y prendió los labios de su concha en otra virtual, tan carente de leche de hombre como ella. Y enredó las piernas en unas medias con bragas a la altura de los pliegues de la nalga, sintiéndose avasallada por la abundancia de los pechos cerca de su cara.

Gritó despacio. Su voz fue un quejido de ramas quebradas por los pasos del violador que aguarda en la ventana, acariciándose la entrepierna, mientras adentro, a la luz de la lumbre, una muchacha se baja los breteles.

Acabaron juntos. Juan se quedó dentro de ella escuchando la lluvia.

Esa noche no vino a joderlo su historia personal. Se durmió como cualquiera, extraviando en la memoria el haber nacido en un centro de detención clandestina en el 76. Sin pensar que el remordimiento de un alma anónima lo había vuelto a su destino a los cinco meses. Olvidando que aprendió a amar a sus padres a través de una fotografía.

-“La sonrisa picante y los cachetes llenos. El día que se subió al banquito del recreo y dijo que la nota no importaba. El helado de dulce de leche. El 23 de abril” –

Unía un gesto, una anécdota, una elección, una fecha para armar algo parecido a su padre. Y su padre, contado por su abuela tenía tantos matices que parecía más de un hombre. Y su madre, contada por su abuela era apenas “*tu madre que te quiso mucho*”. Y la familia de su madre estaba lejos, y de eso no se hablaba y aún era un chico cuando entendió el desprecio irreversible que su abuela guardaba para su madre. Como si no bastara la muerte para pagar la deuda.

Y se durmió sin monólogo. Como un pendejo extenuado, sin oler más peligro que el de las almas en pena rondando la cama.

Afuera, las damas de noche, explotaban mudas bajo el aguacero y contra las luces del espacio, buscando desorientadas el aro de la luna.

6

CLEANFACE les había adelantado el tratado nuevo para que fueran practicando. En la caja, además, venía un reloj condicionante y algunos zip extras.

Antes de abrir uno de los estuches, mientras escuchaba en la CNN las últimas medidas económicas y deducía el impacto real, Pedro pasó las yemas por las letras aterciopeladas de la tapa, cerró los ojos y pudo sentir casi la piel húmeda de Azul bajo sus dedos. Tenía que practicar más el “Apéndice de las sensaciones” de este mes.

Luego leyó

- *“Nuevas técnicas de autocontrol para alcanzar la felicidad” adaptadas de “La valentía de amarse” de Pablo Cohelio* - y aunque sabía que dentro lo esperaban algunos minidiscos se soslayó en la apariencia de libro y por un instante se recordó arriba del árbol, a los doce años, leyendo a Harry Potter. Pero no era el módulo de la nostalgia, y si perdía el tiempo después se atrasaba con la agenda entera. Accionó el md y escuchó.

- ¡Bienvenido al nuevo esquema de organización para hombres plenos y felices!
- 5 hs: Levantarse visualizando el objetivo del día -
- 5 a 5, 5: Higiene: Continuar visualizando el objetivo y mientras se lava, concentrarse en la acción. Ejemplo:

Temperatura del agua, olor del jabón, sabor de la pasta de dientes, etc.

- 5, 5 a 5,20: Meditación: Continuar con el programa md 1 (quitando los ejercicios conductistas).
- 5,20 a 5,25: Infusión y cereales vitaminizados.
- 5,25 a 5,30 Vestirse y partir al trabajo repitiéndose que **“hoy puede ser un gran día”** porque **“me lo merezco”**.

¡Odiaba la perorata aleccionadora!. Seguiría escuchándolo cuando volviera.

Se apuró en tragar el último sorbo de café mentolado y salió a la calle.

Antes de largarse para el lado de Alem, miró a su izquierda. Por encima de las lonjas plateadas de los edificios, de la basura que deambulaba por el aire en arabescos multiformes, las nubes rojas de la puesta embolsaban el cielo y pensó que habría sido un día grandioso, aunque el aire pesado pronosticara lluvia.

Estaba esperando el ascensor que lo llevaría a su oficina en el piso 65, cuando una chica se le paró al lado. Un rostro que no recordaba. Los dos sonrieron como era de rigor. Sonó el celular de ella, la muchacha reconoció el número en el captor y lo apagó rápidamente.

- Nos perdimos un día fantástico – dijo Pedro –La chica aprovechó la boleada para desplegar su encanto y hacerse de conocidos en otro sector.
- Si. No veo las horas de que adapten los relojes al día real –
- ¿En qué sector estás? – preguntó Pedro
- Creatividad en Software – (dijo muy desenvuelta)
- Ah! ¡Los creativos...! No nos cruzamos. ¿Cuándo entraste?-

- Hace una semana. Estoy empezando a conocer como funciona todo –
- Me llamo Pedro Azconegui. Cualquier cosa que necesites estoy en el piso 65 –

No podía decir directamente a que se dedicaba. El sector ostentaba un cartel bastante impersonal, con un mensaje muy amplio.

– En la sección de Personal Express -

Laura sabía exactamente que encerraba ese título pero se hizo la tonta.

- Laura Mujica, gracias. Hay mucho para aprender –
- ¿Sabés cómo va lo de Excel?. ¿Le encontraron la vuelta?-
- No estoy muy en el tema, pero parece que nos multan –
- También, eso de conectarle un programa automático de streapers fue un chiste grueso –
- Más que chiste suena a boicot –
- ¿Es cierto que cuando estaban reunidos con los del grupo Masone, en la pantalla apareció un negro espectacular haciendo sexo con dos odaliscas? –
- (sonrió) Me parece que exageran –

La chica era cálida, ejecutiva, pero no abandonaba en ningún momento su personaje. Por otra parte, Pedro tampoco. Humor, información, interés; los tres pilares del relacionamiento laboral.

- Me bajo acá. Que tengas un buen día – dijo ella

Mientras prendía la compu, Pedro repasó las instrucciones específicas

- “Apenas esbelta, con clase, cálida, no demasiado producida, y (subrayaban) de expresión sensible”-

En la pantalla le salieron al paso los titulares del día. Leyó rápidamente los copetes y entendió porque ese hincapié en la “expresión sensible”.

Se había filtrado por las redes información inconveniente sobre el tratamiento violento a los Clandestinos en el ghetto del norte, agravado con el envenenamiento de aguas.

Antes de leer la nota los ojos se le fueron a los cuerpos sin vida de chicos, puestos al costado de un camino.

Inmediatamente el artículo empezó a desaparecer desde la base y la pantalla quedó en blanco. Se dijo que Comunicaciones habría localizado la fuente de información y estaría bombardeándola.

- De expresión sensible. De expresión sensible –

Se repitió mientras desfilaban uno a uno los rostros al ritmo de tres segundo per cápita.

Cada tanto tiqueaba una cara que prefería seguir viendo. Esa selección tan simple era el Análisis de Carisma. Un examen rudimentario pero efectivo.

Iba a extrañar esta parte de su trabajo. Hasta ahora, aunque bajo una presión desmedida, no le había errado en once meses, pero en cualquier momento algo podía salirse de control. Nadie duraba demasiado en ningún lado y en su actividad estaba especialmente expuesto. Se había acostumbrado al cambio constante de trabajo, que hoy era la realidad de todos, pero esta vez había pasado los cuarenta, la edad límite para ser tomado en cualquier área sin importar el conocimiento ni la capacidad. No debía pensar de más en el futuro. Estaba

trabajando, era un privilegiado y no tenía derecho. Eso sí, iba a extrañar el acceso a la intimidad de las personas.

Si bien los cubículos eran transparentes, a veces los descubría en gestos desprevenidos de hastío, un suspiro aislado, una sonrisa privada. Claro que con esto del tiempo, le costaba acertar si una expresión era de angustia transitoria o definitiva. Sonó la línea interna. Reconoció el código de su supervisor y accionó la imagen.

- Buen día Ramírez, que necesita –
- ¿Leíste las instrucciones?-
- En eso estaba –
- ¿Entendés la preocupación de la directiva?
- Afirmativo –
- ¿Tenés alguien en vista? –
- Creo que sí (mintió) –
- Tomáte tu tiempo. Esta vez es muy importante que no improvisemos –
- Nunca improvisamos –
- Sobre esta cara hay muchas expectativas. Fíjate que sea joven. No es oficial, pero cae mejor. ¿De acuerdo?-
- De acuerdo –
- Confiamos en tu discreción –
- Es parte de mi trabajo –
- Y Azconegui..., últimamente estás muy tenso. Tu trabajo es difícil, pero... ¡Relájate hombre!. Vas a encontrar más inspiración – *espetó una risa metálica* - Este fin de semana nos juntamos en la quinta, vienen los directivos de China, gente de Agua. Hay demasiadas caras nuevas entre el personal, con poca experiencia en relaciones con oriente.... Vos me dirás que soy meticuloso... (hizo una pausa esperando algún comentario de Pedro) - ¿Qué pensás? –

- ¿Sobre si es meticuloso o sobre mis tensiones? –
- ¡Sobre todo lo que dije, hombre! –
- Tendría que analizarlo más profundamente...-
- Háblame sin vueltas Azconegui. Soy tu supervisor –

Pedro pensó que algo andaba mal. El otro lo estaba probando, quería saber algo extra y supo que cada gesto y desde el silencio hasta cada palabra estaría siendo evaluada.

- Es probable que necesite aumentar la temperatura de mi templador. Hay algo de brisa en la oficina y me trae molestias cervicales. Puede ser eso lo que me tensa. Por otra parte, yo me siento bien, y me gusta mi trabajo –
- Bien –
- Si es o no meticuloso, en realidad no lo había pensado. Me parece muy normal que se esfuerce por brindar la mejor imagen. Creo que en su lugar tomaría las mismas precauciones -
- Okay. Ni bien tengas la nómina, me gustaría echarle un vistazo. ¿Entonces contamos con vos mañana sábado? -
- Delo por hecho –

Al terminar el enlace, sacó el aire como un fuelle sin demasiado escándalo, sabía por experiencia que uno nunca podía estar seguro de no estar siendo observado. Hasta ahora no se había sentido en el foco, pero algo andaba mal, se repitió. Quedaba claro que Ramírez se estaba jugando su traslado a Agua.

Una incomodidad general se instaló durante el resto del día sin que pudiera hacer nada para expulsarla.

Si bien las últimas instrucciones le habían llegado a la mañana, supuestamente hacía dos días que debía tener resuelto el tema del carisma y el asunto del ojo. Andaba disperso y se

había dormido con el tiempo. Calculó cuanto le llevaría rever las caras que faltaban. Cuatro horas más que su hora de salida. No tendría que seguir pensando en horas reglamentarias. Desde que estaba en CLEANFACE solo un par de veces se había ido a casa temprano. Pero con esto del tiempo tenía todo el trabajo desfasado. Esperaba que se reunieran para ver como encarar el tema o dejaría el hígado en la empresa.

Agilizó el programa y los rostros empezaron a sucederse cada dos segundos.

Se detuvo en una chica algo esmirriada

- Ritmo y sonido- dijo

Y enseguida la imagen quieta fue suplantada por la mujer en movimiento. Estaba conversando con un gerente de ventas.

Gesticulaba apenas, tenía todos los atributos. Accionó el sonido.

- ¿Pero exactamente qué querés que haga?- le preguntaba la chica a su jefe

El tipo ofuscado tomó una antigüedad de cortaplumas y lo clavó violentamente sobre la mesa mientras le decía

- ¡Que saques ese negocio como sea! –

Al aumentar el ojo de la chica la comisura perdió brillo y la desechó.

Tenía que saltar rápidamente el obstáculo de la inseguridad. Le impedía concentrarse.

Cerró los ojos, respiró con el abdomen, unió los dedos gordo, índice y mayor y visualizó el número, cien, luego el noventa y nueve. Aunque invirtiera cinco minutos en conseguir el

Alfa, le convenía para estar más perceptivo y aprovechar mejor el tiempo.

La imagen del cadáver de uno de los chicos, colocado al borde del camino con una dedicación ritual se le representaba sin que pudiera borrarla de su horizonte. ¿Y era indignación o impotencia?. Hacía rato que no se tropezaba con esas emociones. Se dijo que la angustia por la posible pérdida de su trabajo lo sensibilizaba, entonces no era válido el sentimiento.

Cuando era joven, con frecuencia se alteraba con facilidad, penando por la condición de sujetos desconocidos, pero gracias al pensamiento positivo, había conseguido identificar las emociones derivadas de temores personales a tiempo de sobrevalorarlas. ¿Eso era una virtud?. ¿Porqué tratar de olvidar al chico muerto en el camino lo hacía sentirse un flan, una masa inerte?.

Retomó su trabajo desanimado. De repente dejó de interesarle. Las caras empezaron a sucederse una tras otra sin que Pedro lograra encontrar más que hastío y desazón.

Las luces de la oficina se acomodaban desnutridas sobre la pantalla. Afuera la noche estaría envolviendo la ciudad como un pañal, a la fuerza.

La cara lo dejó sin aliento. La chica del ascensor estaba ahí, perfecta, con todos los atributos pedidos. Tocó el rostro y entonces...

- Laura Mujica Varens – 23 años, Diseño en Software –

El lago de las comisuras del ojo era cristalino y abundante. Las facciones sensibles armonizaban con los gestos sutiles. Su belleza era intrínseca, nada producida ni ostentosa. Cabellos oscuros, piel transparente, una sonrisa generosa y sincera.

Rozó el link de movimiento. Laura estaba sola, y aunque concentrada sobre la máquina, su mente parecía estar en otro lado. Miraba el reloj, luego el pasillo, como esperando alguna cosa. Ahora se abocaba a su computadora. Algo la distinguía, una mirada profunda que parecía contener más elementos que los habituales. Y entonces, tuvo la mala espina de que no fuera psicológicamente apta.

- *Demasiada agudeza.(pensó dubitativo) Tiene que creerse el papel, sentirse halagada –*

Entró en el legajo de Laura y leyó

- Clase media alta. Padres Profesionales. CI 110 –

Y siguió con las evaluaciones de su Tesis en Informática de las Comunicaciones.

Conocía a algunos de los profesores que la firmaban. Uno en particular, que hoy estaría preso o excluido. Hasta hace un par de años, encabezaba el último bastión de un grupo filosófico con ideas muy de avanzada sobre soluciones al sistema. Bastante fanático. Bueno, en realidad le había parecido un tipo macanudo, y lúcido. Eso de “fanático” fue el consenso general cuando se metió a vaticinar que “el hombre estaba irreversiblemente equivocado y caminaba rumbo al matadero”. Pero volviendo a Laura, le pareció extraño su CI, con relación a las excelentes calificaciones. Y sobre todo que no hubiera seguido un master.

Consultó los rieles de su carrera futura y a mediados de año, recién, se agendaban los cursos de adiestramiento para ganar garantías de aptitud en los tejidos de la empresa. Entró en la agenda de la chica y observó que la expectativa de los directores era mediocre. O bien no habían leído con

detenimiento su historia, o el avance de la muchacha se hallaba detenido por algo que se le escapaba. No era la mejor señal.

Volvió a la cara y todos los temores se borraron. Era absolutamente carismática. Quizá alguna experiencia de la infancia, quizá su test de inteligencia había sido tomado a la ligera.

Derivó las señas de Laura a una lista provisoria y se dijo que más tarde seguiría investigando su cara.

No abrían pasado cuarenta minutos cuando un trueno vibró las paredes y el reloj espetó.

- 11 horas. Pipiroom –

En el pasillo las ventanas polarizadas daban el espectáculo de la ciudad poseída por un furioso demonio que bramaba astillas plateadas. Fue hasta el baño pensando que cuando llegara al departamento debería vérselas con las ratas.

7

El día viernes era el más intenso. Sobre todo éste viernes que había empezado de noche y después la tormenta y ahora la lluvia.

A primera mañana un cliente, cuando rompió a llover, cayó el segundo, luego el tercero y aún le quedaban como dos horas de oscuridad total por delante para conseguir algo afuera.

Consultó su cuenta por Internet. Le habían descontado las facturas de servicios y a pesar de lo acreditado en el día, seguía apareciendo con un déficit de mil ochocientos sures. Observó los vencimientos del lunes. Ya debía tres meses de la hipoteca y no la esperaban más. También era prioritario pagar un par de juicios viejos. En cualquier momento volvería a su casa y no podría entrar. Desactivarían su tarjeta de acceso si no encontraba una solución.

- *Solo un milagro* – se dijo

Estaba excitada, sus pulsaciones eran rápidas y le dolía el pecho. Lo ideal sería un Prosac, pero no podía darse el lujo de bajar la marcha. No hasta más tarde. Tenía que encarar la calle de noche o mejor dicho, en la oscuridad y le convenía estar atenta.

Antes de salir pasó por la cocina y bajó una lata del estante. Metió la mano en el azúcar y sacó una bolsita de nylon. Las palomas tomaban impulso y Azul las escuchaba explotando contra las ventanas. Se alegró de tener persianas nuevas. Descolgó el cuadro del 3er ojo y volcó un montículo de cocaína sobre el vidrio.

- ¡Azulita, vení! ¡Están los tipos flotando en el espacio. En cualquier momento empiezan a caer los meteoritos! –

La televisión pasaba amplificadas las últimas instancias de los Juegos Vivos. Nancy estaba atenta a los avances que irrumpían las veinticuatro horas.

Azul picó la merca con la tarjeta de la entrada, peino y picó de nuevo. Dibujo dos líneas gruesas, enrolló su dólar de la suerte y aspiró por un lado tapándose el otro orificio.

- Escuchálo, mi amor. El rubiecito, Javier. Dice que le manda un beso a la mamá! –

La vista se le nubló un instante y le ardió la nariz y la garganta. Miró la telaraña del dintel de la cocina. Una mosca acababa de quedar atrapada.

- ¡Dice que si lo revienta un meteorito le deja el premio a la familia!. ¡Es un amor! –

Con los ojos abiertos aspiró la segunda línea. El corazón empezó a bombear desatinado.

- ¿Cómo es? ¿Si muere también cobra? – Se interesó Azul.

- Los que queden vivos siguen en juego por los 10 millones. Pero si mueren tienen un premio consuelo de 200 mil. ¡Apuráte, está hablando la madre! –
- *Mi hijo es un héroe. Lo criamos con tanto sacrificio.. Somos ocho. Mi hija mayor es la única que trabaja. ¿Cómo hacemos para sobrevivir con un sueldo de doscientos sures?* –

La periodista preguntó – *¿Qué siente?*-

- *Estoy emocionada. Yo sabía que mi Javi iba a llegar a las finales – y siguió (Plano Detalle) con la voz entrecortada por el llanto,– ¡Querido, acá estamos todos rezando. Está papá y el Mario y la Gabriela. Todos!. Vas a estar bien. ¡Tené fe. Te queremos!* -
- Ya empieza, quedáte un ratito – insistió Nancy
- Me voy. Después me contás –
- *¿Azulita, cuando vuelvas pedimos algo al delivery?*-

Los participantes estaban suspendidos en el espacio. Las rocas empezaron a abrirse paso entre los doce tipos que aterrados cerraban los ojos dentro de los trajes galácticos. Antes de salir al pasillo escuchó un estallido.

- *¿A quién le dio? – Preguntó Azul*
- *Creo que al rosarino. ¡Si, al rosarino!. ¡Ahí está la novia!. No me caía bien, (era tan soberbio), pero morir así... ¡No quedó nada!. ¡Escuchá!. ¡Habla la novia...!* –

Al salir a la calle miró para el lado de Alem. A pesar del aguacero el tráfico de gente era continuo.

Estaba acostumbrada a una población de viejos que cruzaban las calles a toda hora. Te los encontrabas en los bares, en los gimnasios, en los paseos. La gente joven los aborrecía, era la fobia del momento, (aunque muchos lucraban con ellos).

Una novia setentona, si tenías paciencia, te arreglaba el tema por un buen tiempo. También eran generosos a la hora de no quedarse solos. Acompañarlos era un buen trabajo, pero debías mantenerles la ilusión de estar al lado por gusto.

A Azul le pasaba algo distinto. Cuando miraba a un viejo, siempre veía al joven que llevaba dentro. Se preguntaba cuales eran los miedos de su infancia, con que emoción se habría acostado por primera vez, o que cosas había logrado modificar de su destino. Y en los jóvenes, no podía evitar especular con el tipo de viejo que serían. Demandante, sabio, paciente o manipulador.

Ese proyectivo deslucía la quimera de la juventud, moderando la angustia de perderla.

Encaró para San Martín. A su paso el agua emergía de los pies haciendo un ruido sordo.

En el porche de la ex librería Centenario se atrincheraba una familia de bolivianos. La madre vigilaba el tránsito. Los chicos se entretenían levantando palomas muertas y metiéndolas en una bolsa. El mayor de los muchachos siguió a Azul un trecho.

- ¿Qué querés? –
- Unas moneditas. Estamos con hambre. Usted tiene cara de buena.–

Azul lo miró a los ojos. No era violento. Le hubiera gustado darle un cambio, pero llevaba los sures contados para un café.

- Ahora no tengo – Dijo sin volverse
- Yo sé donde vive. Puedo cuidarle el departamento -
- No necesito, estoy armada –
- Para cuando sale al bar o a trabajar. Yo miro el departamento de unos cuantos. Pregúntele al de la

panadería. Si no fuera por mí lo habrían dejado en bolas. (Y agregó orgulloso) - Soy mucho mejor que Nathional Security –

- La panadería está a dos cuadras de casa. ¿Me viste cara de boluda? -
- No, si yo solo no puedo. Mando a mis hermanos y si hay algún tipo raro me avisan corriendo. Armamo kilombo y los chorros rajan –

Desaliñado, flaco como un pollo de sin hormonas. No tendría más de once años. La enterneció como el chico conseguía ganarse unos mangos.

- No está mal ¿Y cuanto cobrás? –
- Yo por veinte sures al mes le miro el departamento las 24 horas –
- ¡¿Qué?! Security cobra treinta –
- Ah, pero ellos mismos son los chorros. No paga un mes y ¡Sácate! Se la dan sin asco –

El pibe tenía algo de razón, pero pensó que no podía desviar veinte mangos, estaba endeudada hasta la médula.

Sin detener el paso le contestó

- Por ahora no puedo, pero voy a pensarlo –
- Piénselo. Yo estoy siempre en esta esquina. Usted es muy linda, entran muchos hombres a su casa. Le puede pasar cualquier cosa –
- Y vos me vas a cuidar –
- Yo sé quién viene para verla y quién no –
- ¿Y como sabés? –

Habían llegado conversando hasta el bar de Córdoba y San Martín y tenía que sacárselo de encima para entrar.

- Los que tienen la entrepierna abultada vienen por usted –
- ¡Salí de mi vista o te saco a patadas...! – ¡Pendejo atrevido! pensó sonriendo –

Antes de entrar se sacó el piloto y sacudió la cabeza. Algunas gotas explotaron contra los vidrios del recibidor, unas pequeñas ventosas cristalinas, y se consumieron dejando una estela ácida.

El bar estaba lleno. Dio una mirada panorámica y reconoció a unos cuantos.

Por los vapores era la hora del almuerzo. Cuando se abrió paso, un trajeado con cara de ratón le sonrió lascivo.

Las chicas estaban sentadas con un tipo en una de las mesas del fondo. El tipo parecía un turco, con el pelo ceroso y ropa de mal gusto y cara.

Desde que se acordaba, el dinero estaba en manos de unos pocos y una buena cantidad de sujetos como éstos comían las migajas que dejaban los otros. Hombres para todo uso. Guardaespaldas, funcionarios corruptos o simplemente “sonrisales” a los que todo les venía bien y sabían no ver o ver lo conveniente.

- Mimí, faltabas vos _ dijo la polaca – Te presento a...¿cómo te llamabas? –
- Me llamo, querida. Ernesto - y lamiendo con los ojos los contornos de Azul agregó – mucho gusto Mimí
- Ernesto - (continuó la polaca) – necesita tres chaperonas para una fiesta en una quinta el sábado. - (y dirigiéndose al hombre) –¿Qué te parece? Es mona ¿no? –

El hombre frunció la boca aseverando satisfecho.

Las chaperonas eran quienes se hacían cargo de las fantasías de los invitados para que no atentaran contra las promotoras que en general eran menores de edad.

- ¿Qué tipo de fiesta? - Preguntó Azul

La polaca largó una risita buscando la complicidad del tipo y de la otra.

- Ah, sí. Mimí Azcuénaga es algo desconfiada pero macanuda. Te va a hacer quedar como un duque. *Y se volvió a Azul* - ¿Querés laburar o tenés la agenda llena? –

El tipo dijo

- No es nada anormal. Son unos chinos de una convención. También vienen de Agua. Hay que atenderlos bien –
- 100 sures para cada una – Dijo la polaca. Si no podés le aviso a Magda –
- ¿Quién es Magda? – preguntó el tipo molesto – Tienen que ser chicas finas. Todas rubias –
- Querido - agregó la polaca – Eso es producción
- ¡Agarrámelas con la producción!. ¡Andan con los pelos amarillos como cabellos de ángel pero tienen cara de salchicha!. Y otra cosa. Corre por cuenta de la empresa. Eso que quede claro. Nada de pedirle guita a los chabones. La ropa y los zapatos los ponemos nosotros.¿Cuánto calzan? –
- Está bien – dijo Azul – 37 –

Otra mujer, que escuchaba muda, con una cara exacta a la de “La Boloco”, (tevedista de fines del siglo xx, que se hizo internacional por su enlace con emperador riojano), salió al paso.

- ¿Qué ropa? –
- ¿Y qué ropa le gustaría a la señora? – Dijo socarronamente el tipo
- Si es un taparrabo de mierda no voy. La última vez me tuvieron dos horas en un balcón casi en pelotas. Recién nos hicieron entrar cuando los tipos no se podían sostener del pedo. Me agarré una bronquitis que todavía estoy garpando el hospital –
- Bueno, con ese trasero no te vamos a poner una toga. ¡Ja Ja! Además es enero ¡che!. Va a ser al mediodía, con mar, de esos de pantalla, asadito. Y a la tarde, cuando oscurece, derecho al casino. Cuando baje el sol vas a estar adentro. Y si te las ingeniás con los amarillos ni te digo. No vas a salir de la “catrera”- le guiñó el ojo
- Si es adentro voy – contestó la Boloco displicente
- Por mí esta bien- dijo Azul hastiada de la charla- Arreglen y más tarde nos vemos. Chau –

El bar sostenía un digno aroma rancio a cyboullete y grasas finas. La lluvia caía mecánica y peinaba la avenida para el lado del bajo. Se atrincheró en la barra y pidió una lágrima.

El sujeto que tenía a un costado abrió una laptop, la puso sobre el mostrador, entró en una página y empezó a dar instrucciones. Azul sonrió. Estaba cantado que no hablaba con nadie. Era el recurso de seducción más vulgar de las generaciones out. Se sentían más seguros. Lo miró de reojo cerrar la PC con el seño fruncido y supo que otro pez aleteaba en la línea.

- ¿Café a esta hora? – dijo el tipo tratando de establecer una conversación.
- Ya no hay horas para nada. Ni lugares para nada. Es un póquer abierto. Mejor así ¿no? –
- Si vos lo decís. ¿Querés comer algo? –
- Depende. No tenemos mucho tiempo y vos parecés un tipo ocupado –

El hombre pagó algo molesto, le gustaba hacerles un poco el filo. No preguntó el precio, pero se dijo que no pagaría más de 40. Tomó el piloto de Azul y se lo puso en los hombros. Se detuvieron en el porche y antes de abrir la puerta dijo.

- Tengo el auto en la otra esquina. Podemos ir al hotel de Tres Sargentos ¿No te importa que vayamos caminando? -
- No me importa – dijo. Y pensó - “*no me importa nada*”-

Caminaron apurados y distantes, como dos extraños que van a un destino común por azar. Pensando cada cual en lo suyo. Azul codiciando el fulgor de las luces espaciales que oscurecían los semblantes de los edificios. Dejándose limpiar por el agua. Sintiendo como el maquillaje pastoso se mezclaba con su saliva y volvía a la calle descompuesto en aliento.

El director de Catástrofes era un gordo morbosos que estaba encantado con la disposición de Laura para festejar sus chistes negros. Al rato de contar detalles escabrosos, excitado por los pormenores, mirándola con agua en la boca arriñonada, se tiró un lance.

- Y digo yo...¿Tenés novio? –

Laura sabía manejar la situación con habilidad. Era una experta en el coqueteo. Quizá una educación cristiana, extremadamente castradora, había estimulado estas capacidades. O tal vez la desaprobación sistemática de su padre hacia su persona la empujaba a desplegar su encanto indiscriminadamente.

- ¡Qué pregunta es esa! – dijo reprobándolo en broma
- Te lo pregunto porque te veo sola. Una mujer como vos necesita un hombre importante, fuerte en todos los aspectos, que le allane el camino– Y le guiñó el ojo mocho o mejor dicho levantó el cachete y el ojo se cerró
- ¿Tan desvalida me veo? –
- No, desvalida no. Pero son tiempos difíciles. No hay seguridad en nada. Acá mismo, es importante tener buenos amigos. Alguien que te saque las papas del horno–

El tipo era demasiado directo y se le estaba complicando esquivar el bulto.

- Bueno. Me voy a confesar – y puso su cara más tierna -En realidad estoy saliendo de una relación larga y por ahora no quiero entrar en otra. Quedé muy dolida. Pero prefiero no hablar del tema –

El gordo excitado pensó

- *“Bien, no tiene machito. Debe andar re caliente. Y vos papá se la vas a poner”-*

Estaba seguro. Las nenas de hoy querían sentir un cuerpo de hombre en serio. Conocía a éstas chanchitas.

- Te entiendo. Yo no tengo compromisos, tampoco. Salvo alguna amiguita, para la cama, en un día como éste, ¿no? escuchando la lluvia –

La chica tenía la sonrisa petrificada y la boca cerrada por las dudas, para no calentarlo más. El tipo interpretó eso como estrechez – *Le gusta que le hagan el filito-* se dijo y continuó

- Es una gran cosa estar separado. Podés vivir lo que sea – y acentuó “ lo que sea” como si al lado de él le esperaran las aventuras de Indiana Jones. Los labios se abrieron lascivos pesándole a la cara. Y continuó.
- ¡Que lindo! Bañarte con sales, perfumito, invitar a una amiga....y juntos, preparar dos docenas de canelones de pollo con tuco y salsa blanca gratinados - sonrió cómplice - Estaba pensando...¿ Que hacés este fin de semana?-

Laura rogaba que el reloj cantara el descanso de las once. El tipo había avanzado demasiado y no tendría excusa para quedarse a esperarlo que volviera del baño, salvo estar interesada en él. Además corría peligro que pospusiera el meo. Tenía que enfriarlo elegantemente.

- Voy a la quinta ¿Vos no? –
- Uy cierto. Es este sábado – Sus obligaciones de directivo “le bajaron la suspensión”
- 11 horas. Pipiroom – cantó el reloj
- ¿Te quedás un minuto?, ya vuelvo –
- ¿Mientras te espero puedo ver lo del Lanín? ¡Me encanta el fuego! – Dijo Laura enfatizando la última palabra
- Por favor...sentíte en tu oficina, hacé lo que quieras –

Cuando el gordo cerró la puerta, Laura respiró. Ahora tenía cinco minutos para actuar o quizá siete. Era factible que el tipo fuera al bar por un “tentempié”. Pero no podía arriesgarse. O si, tenía que arriesgarse. No habría otra oportunidad hasta quién sabe cuando. Tenía que hacerlo hoy, antes que lo pasaran a Confidencial.

No le temblaba el pulso, dominaba la window31. Puso “Lanin” en el buscador y le aparecieron 6 archivos. Un aire colmado de adrenalina le quemaba la boca. Expiró mientras se abría la info. Los vidrios aislantes aminoraban el sonido de los rayos que herían el río saturado de petróleo, mientras los destellos iluminaban el arco iris tornasolado de las aguas podridas.

9

El baño era un capítulo aparte, pensó Pedro. Cada cual “pelaba su estructura” y en general los mejor dotados la pasaban peor, (tenían que apuntar desde más lejos).

Un par meaban doloridos, porque pavoneando sus atributos no los habían sacado a tiempo, y otro, que aún tenía contraindicado mear, se estaba cambiando la gasita.

Pedro seguía tenso, esta vez los ejercicios no dieron resultado. La cabeza le daba vueltas y no podía desprenderse de los rostros que pasaban por su mente sin control con gestos improbables de pesadilla.

Volvió apurado a la PC, buscó la cara de Laura y accionó la animación.

La chica estaba sentada, sola, en la computadora de Catástrofe. Miraba la puerta y fruncía el cejo.

- ¿Qué estará haciendo? – se preguntó

Activó la cámara de espalda. Puso el zum que amplificó la cabeza rellena, las manos deambulando en el teclado y el monitor escupiendo fuego sobre las palabras.

El armazón impersonal de la máquina, conteniendo aquella explosión, era el envase del génesis. Una dicotomía entre latido y muerte.

- *Posibles víctimas* – se leía.

Más abajo, en cuerpo dieciocho, unos nombres completaban la lista. Al acercar la lente, Laura cambió de archivo y ahora las imágenes del volcán supurando cenizas llenaban la pantalla.

Cuando el gordo entró masticando y con una coca de litro en un vaso descartable que parecía un balde, la chica estaba levantándose de la máquina.

- ¿Pudiste ver las satelitales?. ¿Las de los tipos saliendo de la carpita, y la masa de fuego que los sigue?
- ¡Impresionante! – Dijo apurada
- ¿Y como se los traga?¿Viste como se los manduca? Falta lo mejor – agregó el gordo – Cuando encuentren a los muertos duros y grises como rocas. Parecen esculturas
- ¿Se hallan todos los cuerpos? – se inquietó ella
- Bueno, no todos. Algunos van a quedar sepultados. Hay partes donde son dos metros de lava seca –
- Me interesa. Avisáme y lo vengo a ver. Me voy porque tengo que seguir. –
- Yo te lo guardo, lo vemos juntos –

Dijo agrandado el gordo, mientras pensaba que tendría que hacer limpiar el departamento. No iba a llevarse semejante minita a una pocilga. Dos meses de bandejas de comida tiradas en el piso, debajo de la cama, de envases de coca rodando el jarabe sobre las alfombras, le habían minado el bulo de ratas y cucarachas.

– *Se entienden bien estas guachas* – pensó – *Pero todo tiene un final, todo termina* – y mientras parafraseaba una canción de los “Gloriosos 70” marcó el número de la fumigadora.

Pedro quedó algo desconcertado. La chica no parecía morbosa. Entró en su informe psicolaboral.

- *“Apta para cargos de responsabilidad”*- El resultado de los test la daban como alguien
- *Competente para las áreas de Relaciones Humanas y Diseño. Con capacidad para la organización.* - y siguió leyendo su perfil
- *Humor estable. No presenta dicotomías en la cadena asociativa –*
- *Somatizaciones anteriores: Anorexia*

Pasó a Fobias. Tenía las más comunes, claustrofobia, aracnofobia.

Consultó el Test de Rorschach. Un proyectivo mayor muy conveniente para deducir las perversiones.

Donde claramente se veía una vulva, la chica la visualizaba una mariposa herida. Donde una pareja se unía por la boca, ella veía un cisne espejado en un lago.

El resumen de la psicóloga del trabajo acotaba

- *“Presenta inmadurez afectiva en grado 1 y absoluto rechazo a las connotaciones sexuales de los mensajes”* -
- *¿Qué estaría haciendo con el Gordo Macaroni?* - se preguntó Pedro.

Era el tipo más desagradable de la empresa. Un genio en Prevención de Riesgos por Manipulación del Globo.

El gordo Macaroni tenía un olfato particular para calcular las consecuencias por condensación de basura espacial, las secuelas de una ola gigante empetrolada, o cuantos kilómetros quedarían afectados por un hongo mutante. Pero si en algo estaba en bolas era con el tema de las minas. De tan inmundo,

en femenino, no se le acercaban ni las moscas. Eso sí, seguridad toda. Y como era un directivo, había que festejarle los pormenores de las historias que inventaba.

- No sabés lo que me pasó – empezaba Macaroni
- Contáme – decía alguno que esperaba cagarse de risa gratis el resto de la semana
- Paro en un semáforo y una pendejita, (que tendría 18 años), me hace señas –
- ¿Cómo te hizo?-
- Con la cabeza. Se acerca –(imitación de la chica caminando) - Yo musa, tranquilo, y me dice- “¿*Qué hacés papi? ¿Me llevás a dar una vueltita?*”-
- ¡¿En serio?! - Preguntaba el escucha con sorpresa irónica
- Te juro! ¡Y no sabés lo que estaba la mina! ¡un culito, unas lolas! –

El gordo elegía a sus subordinados para no correr riesgos de que una risa le explotara en la cara.

- ¿Y entonces? –
- La minita se sube y ahí nomás encaré para Palermo. ¡Por Dios! Cuando me di cuenta la muy turra me estaba tirando la goma –
- ¿¡No me digas!?!– intentaba el escucha mostrarse sorprendido –
- ¿Te voy a mentir? – ¡Te juro!. ¡La mejor paja que me hicieron en la vida!. Están como locas las minas – y cerraba siempre igual – Es que no quedan machos. Como decía Olmedo, (que lo tenga en la gloria) ¡Son todos trollos! –

Y uno tenía que bancarse la perorata. Por lo general lo gastaban diciéndole

- ¡Que ojete tenés Macaroni! A mí sin garpar nunca me pasó -

Pero si algo era extraño, es que Laura Mujica Varens estuviera compartiendo la mañana con ese mequetrefe.

Bueno, a lo mejor le interesaba mirar desastres en pantalla gigante. Además no había como las imágenes sin montar que llegaban a MOTHER. Si al director anterior lo habían rajado por vendérselas a la prensa.

Afuera seguía lloviendo. Las sirenas de los autos, de los edificios y de algunos transeúntes previsores, se accionaban cebadas unas con otras, creando confusión.

Miró por la ventana. Un comando organizado tenía cuerpo a tierra a la media docena de policías de seguridad del barrio y estaban choreando en red.

- *¿A quién llamar y para qué?*- pensó - *Una vez que se la dan, que les aproveche* -

Se dijo y debe haber sido el pensamiento general, ya que hicieron su trabajo sin interferencia de la gente que seguía el asunto como si se tratara de un set en Hollywood.

Nuevamente sonó la línea interna.

- *¿Pedrito? ¿Cuánto ponemos para el regalo de la Tufi? Era una guacha de Relaciones Públicas que tenía cagando aceite a media empresa con los compromisos sociales.*
- *Mirá ahora estoy en otra, vos sacá cálculos y me decís. Contá conmigo – Intentó persuadirla*
- *Nene...¿Estás bien?. Tenés unas ojeras... –*

No iba a ser tan fácil

- De primera – contestó
- Como no viniste a la reunión de las diez... –

Pedro pensó que a lo mejor el trabajo de ella era romperle las pelotas.

- Es que ando atrasado de laburo –
- ¿Que querés decir, que esto no es laburo?. ¿Cuándo vas a entender que la política interna en CLEANFACE es re importante? –
- *Sonamos*– pensó - *se atacó de nuevo*-
- Sé perfectamente todo lo importante que es, pero si no entrego esto a tiempo, el lunes tengo el mail de renuncia en el escritorio –
- El mail de despido Pedro. Me extraña que hables así. CLEANFACE nunca presiona en los contratos, y vos lo sabés bien–

Acababa de meter la gamba, tenía que arreglarlo de alguna manera. La minita estaba caliente con él, no le quedaba otra que desviar el chorro.

- Por supuesto, mi amor, era una joda –
- Te puede salir cara la jodita –
- Hablando de salir ¿qué hacés después? –
- ¿Me estás invitando a algo?-
- Vamos a donde quieras –

La mina sabía que se la estaba cargando por compromiso, pero bueno – *un polvo es un polvo* – se dijo y en éste había invertido seis meses de producción.

- A las siete en el hall central - dijo y cortó rápido por temor a que el otro cambiara de idea.

Lo único que le faltaba, tener que atender a la sexópata. Se había pasado hasta a los cadetes en los baños químicos del puerto. Bueno, eso en algún punto lo excitaba. Lo que lo jodía era comerse la gastada general, ya que la turra mandaba su página web a cada boluda de la empresa contando los pormenores de la cita. Tamaños, señas particulares...

Trató de no pensar en su desgracia del día.

- *Un par de buenos forros y a otra cosa-* se dijo, pero estaba bajoneado.

El presente se sucedía tan vertiginoso y al cuete que no había “pasta” que le frenara el vértigo. La arritmia continuaba sin descanso, no respiraba bien y la opresión del pecho se combinaba con el miedo a morir.

Tomó un par de Plídex sin agua y se quedó quieto, mirando la pantalla, hasta que empezaron a hacerle efecto.

Al fin de la jornada, separó unas cuantas caritas (estratégicamente sin demasiado brillo) y apostó a Laura encabezando la lista.

Tres listados salieron del escritorio de Pedro, dos por mail para Estudio de Oportunidades y otro que le subió personalmente a su supervisor.

En los pasillos, un grupo de empleados muy populares que venían contando chistes, le recordaron esos bodrios yankies

sobre las aventuras estudiantiles en la antigua Universidad de Boston.

- *Siempre hay algo de que reírse* – pensó mientras advertía que en algún momento había amanecido y que ahora, a las 6 y 30 de la tarde, el sol que acababa de traspasar las últimas nubes negras, revestía de sepia las paredes recordándole la luz que daban los vitreaux en la casa de su abuela.

Volver ese instante a la niñez le restó importancia al presente, y encaró la reunión con su supervisor algo más liviano, protegido por la irreversible transitoriedad que nos presta a veces el pasado.

10

El boliche lo eligió ella. Un antro de esos para adultos. La gracia estaba en tomarse unos tragos o unas pastas de éxtasis y cambiar de parejas.

- *“Algo realmente antiguo”* – pensó Pedro

Marta, la sexópata, le dijo

- Ya vengo – fue hasta el baño, se sacó la pilcha del laburo y volvió en ropa interior.
- Así estoy más a tono ¿no? –

La mina tenía mejor cuerpo que cara. Pedro miró alrededor y pensó que era cierto. Vestido de traje parecía un misionero protestante.

Los tipos andaban en calzoncillos de marca, algunos eran puro músculos a fuerza de pesas, y colágeno, pero en general, la misma población de obesos de ambos sexos, mostraban sus grasas sin piedad.

- ¿Vos no vas a hacer nada por tu aspecto? –
- No uso calzoncillos. Si me desvisto vamos en cana –

- Épa, te estás vendiendo bien – y le acercó la boca tan al límite que no pudo evadir la sugerencia. El beso fue largo, la chica olía a menta y su lengua se encargó de recorrerle cada muela –

Mientras lo besaba puso su mano en el sexo de él y lo amarró con ganas. La entrepierna se le endureció a su pesar y la chica se mostró complacida.

- Vos sabés que te tengo ganas –

Si seguían hablando iba a enfriarse el asunto, así que Pedro tiro la posta.

- ¿Por qué no probamos el silencio? –

Marta sonrió y por un instante le pareció más agradable. En la mesa de al lado un japonés gordo y un enmascarado viejo se hacían arrumacos. Apenas se distinguía que eran hombres, observó Pedro disimuladamente.

- Es el juez Bergasconi – dijo la chica – desde que lo escrachó su siquiatra, con eso de que inculpaba a gente inocente por que era homo reprimido y estaba acomplejado con su “chizito”, y todo aquello de que no se le adaptaban las prótesis, se cubre la cara. Como si no lo fuéramos a sacar por la pasa de uva, que ni le cuelga...-

La pequeña luz de la visera del mozo se acercó. Pidieron agua mineral. Ella sacó unos éxtasis del bolso y tomó un par de un saque. Luego le convidó a Pedro.

- *No es el momento – pensó – me voy a casar una depresión del carajo –*

Si tomaba con gente sin onda, se le derrumbaba el ánimo. Más hoy, que estaba angustiado por el laburo y le había rebotado un ataque de pánico.

En general, aparte de los armonizadores, no consumía drogas químicas. A lo sumo pitaba un porro, casi por camaradería, para no quedar afuera como un botón. Ya no le interesaban los estímulos artificiales. En algún lugar de sí, quería que la vida fuera lo intenso.

- Dale, no seas tan serio. Quiero que esta salida sea inolvidable –

- *Quedáte tranquila - pensó - no va a haber terapia que me la borre*

- Okay- dijo, y Marta le puso de una en una las pastas en la garganta, como si se tratara de darle el remedio a un crío.

La música empezó a sonar altísima. Era una malange monótona de fanky y dark, y combinada con los laceres, los humos, las alógenas apenas a ras del suelo, parecía flotar.

Las paredes no existían, eran inmensos dimensionales donde solo se proyectaban cuerpos entrelazados, espaldas viriles, trusas y bragas, enfundando siliconas y prótesis.

Entre tanto las marcas palpitaban y mudaban de letras, redondas, mojadas, exuberantes en un juego de gráfica erótica. El olor a sexo, a semen y vulvas, era tan intenso que supuso que se trataba de una aroma virtual.

De repente estaba en la pista, no muy seguro de ser él, pero empezó a moverse liviano, casi sin tocar el piso, en grandes brazadas, dibujando con la pelvis un círculo en el agua. Le faltaba el aire y pensó que era lógico en el fondo del mar y que

pronto sus bronquios se adaptarían y dejó de molestarle. Seguramente ya se había convertido en un hombre pez. Cantaba y su voz salía como filamentos desabridos enturbiando el océano.

Ahora Marta lo tenía preso por la espalda y otra mujer, salida de la vorágine del deseo, lo embadurnaba con su aliento a alcohol, y le refregaba las tetas contra el pecho. Eran unas tetas parecidas a zopapas, duras como gomas. Las amasó un rato y la textura tampoco cedía

- Nadie puede calentarse con esto- dijo - que estoy haciendo acá –

Las mujeres creyeron leer en sus labios mensajes lascivos de placer y comenzaron a desvestirlo encantadas.

Quería oponerse, pero los brazos y las piernas se levantaban contra su voluntad como una marioneta.

Quedó desnudo en la pista. A esa altura el resto estaba en condiciones similares.

Trató de encontrar su reservado, pero para donde mirara había gente sobre gente, encima de gente.

Marta y la otra lo llevaron de la mano hasta el baño. Estaba atestado de tipos y minas semi desnudos, casi cubiertos por tatuajes 3D. Al mínimo movimiento, los dibujos se convertían de rosa en colmillos de vampiros, de luna en una cobra plateada con la lengua sibilina.

La luz azul impedía que los junkies encontraran la vena, pero no los detenía para inhalar crack, paco, tico, para fumar heroína mezclada con marihuana que endulzaba el aire.

Los boxes eran transparentes, y ni supo como entraron los tres en uno. Marta se subió al water y se sentó sobre su sexo. Estaba mojada y su concha era grande. Por detrás la otra

intentaba mojarle la cola con su saliva, se le trepaba apresándolo por las rodillas, para untarle el clítoris.

Bocas le besaban las orejas, las tetillas. Manos le arañaban el pecho. Dedos profanaban su trasero como si todo en él fuera para devorar.

No lo excitaba el sexo múltiple. Era desolador no reconocer a quién pertenecían las partes. Como si se tratara de maniqués, entremezclados en un camión de basura.

Miró el box del lado. Un hombre estaba sentado en el retrete y gozaba sereno de un cuerpo de mujer que se clavaba en su sexo. Estaban traspirados y la chica se untaba en círculos sobre la cadera del tipo y otra vez levantaba la cola tersa y opaca por la luz tenue. Y él intuía el miembro duro del hombre que gozaba en silencio, quedando suspendido, al aire, humectado de flujo, sabiendo que en instantes volvería a enterrarse en el tubo caliente. Como una presa, feliz de no tener otra salida.

Marta y la otra se quejaban. Más cerca de una cría de gatos o de las lloronas de los antiguos difuntos. La chica de al lado apenas murmuraba, expiraba y volvía a la rutina de ser poseída, sin alardes, abandonada a su condición de mujer.

– *Como debe ser-* pensó o dijo Pedro- *Le cambiaría el lugar –*

Marta que había acabado espasmódica sobre su miembro todavía duro, bajó del water, y dándose la vuelta intentaba volver a empezar esta vez desde atrás.

Esto lo excitó, podía ser el trasero de otra mujer, redondo y escurridizo. La penetró con ganas, mientras apresaba sus tetas. Y ya estaba casi pronto a darle todo lo que fluyera de sí, cuando la otra, la que desde hacía un rato le mordía la espalda los arrancó a los empujones, hecha una fiera, se puso al lado de Marta y levantó el trasero diciendo

- ¡Cojéme hasta el fondo!. ¡Cojénos a las dos!-

Así que Pedro tuvo la sorpresa de dos redondos culos esperando que los embistiera y sirvió a uno y a otro por un rato largo, haciéndolas gritar de placer y dolor. Haciéndolas pagar por ser tan putas.

11

Al mismo tiempo que el genetista rastreaba posibles enfermedades congénitas, o prematuros desgastes celulares, un investigador de la empresa se zambullía en la vida privada de los competidores por la cara de la semana.

Todos sabían leer el mensaje subliminal de una cara preferida por el primer testor, Azconegui. De ahí que se lanzaron a sondear a Laura. El trabajo era intenso y preferían empezar por la favorita.

- Linda ¿no? – dijo el médico desde su PC al investigador que se arremangaba en la otra máquina.
- Todas son lindas, hay que ver si vienen con sorpresita –

Marcos González, hacía su trabajo con desdén. Desde que había encontrado a su mujer con su padre en un jacuzzi, odiaba al género humano, y se esmeraba en escarbar el lado oscuro de la gente.

En sus informes incluía hábitos conyugales, adulterios, confidencias, fantasías sexuales y todos los yuyos que pudiera sumar en contra de la integridad de las concursantes. Ya había sido observado por su gerente al respecto

- *González, límitese a su trabajo. Si es infiel, haga clic en el icono, y llene los datos de fecha, hora y lugar. Sin apreciaciones personales. No juzgamos a nadie, y menos si es discreta. En cuanto a los sujetos que frecuenta, búcelos por los posibles derivados de la experiencia. Nada más –*

Pero sabía que la información adicional que les brindaba era realmente útil. Por si las moscas de que un cese de contrato se les complicara o para trazar mejor los puntos.

- “*Información es poder*”- , era la bolilla 1 de La Escuela de Investigaciones y no precisamente al pedo.

- “Laura Mujica Varens” –

Empezó por la estructura familiar. Al instante tuvo el resumen de los padres.

- *Contadores, consumo general frecuente, tarjetas en vigencia, club tradicional. Votaciones: 0, apolíticos. Religión: Apostólica Romana. Relaciones...- la máquina escupió la lista de los visitantes al domicilio en los seis últimos meses – Sanatorio: enfermedades virósicas simples, hepatitis b, consultas de rutina, defunción de un hijo de diez años, “paro cardíaco por stress preadolescente”. Drogas legales: alcohol, consumo femenino in crescendo – consultó la gráfica. La mujer chupaba fuerte desde la muerte del hijo. Hace varios años que la proyección estaba en zona de riesgo, pero se mantenía ahí. Siguió leyendo a velocidad -...tranquilizantes, armonizadores. Drogas ilegales: ninguna en los últimos veintitrés años...adulterios simples con frecuencia normal. Mediaciones vecinales por bóxer violento... Mediaciones con ex empleados...-Un riesgo 1 para los bancos. Nada peculiar. Gente razonable.*

Laura..., fecha de nacimiento...enfermedades de la infancia..., anorexia,, sexualidad estándar, relaciones seleccionadas... Actitud social: voluntariados... Estudios... resúmenes de los profesores... Coeficiente... Título... Expectativas de

MOTHER... - Arrastró el nombre y buscó su legajo. No tenía prontuario, ni cuentas pendientes en impositiva, ni créditos en exceso.

- Ahora vamos a ver la posta - se dijo

Dentro del reloj condicionante que la empresa proporcionaba a sus empleados, había un átomo de memoria simple que atesoraba los recorridos diarios de cada uno. Era una medida de seguridad ilegal, que llegado el caso no tenía valor en una corte, pero sumamente útil para chantajear a quién les causara algún problema.

También agilizaba el trabajo de González y estaba dentro de los elementos con los que contaba para seguir una pista y dar su informe.

Accionó la transmisión y un mapa de la ciudad de Buenos Aires se abrió, mientras un punto rojo titilaba en el recorrido del ex ferrocarril Sarmiento.

Personalizó el programa para que hiciera el sonido de un pato cuando el punto se detuviera por más de un minuto

Miró por la ventana. El sol lavado por la lluvia era una bola rosada que se multiplicaba en los cristales de los edificios. Se calzó los binoculares. Muchos comercios seguían abiertos desde el día anterior. En general los dueños se turnaban para aprovechar la claridad. La gente se sentía más segura.

- *Qué boluda es la gente* - pensó González.

Desde que empezó a fallar el tiempo se registraban más delitos durante el día.

Consultó su reloj. Hoy le tocaba trabajar hasta las doce. Había visto algo del amanecer y pasó el día preso adentro. Igual con

la lluvia no le importaba demasiado. Con suerte saldría mientras quedara algo de luz.

Mientras, abrió los archivos de Pérez, un compañero con el que trabajaban bastante a la par. Tenía que investigarlo por quejas sobre prácticas sexuales en el edificio con personas ajenas a la empresa.

- ¡Está reloco el Pérez!.Esta vez sí que la hizo bien - dijo en voz alta

En esas estaba cuando el “cuac cuac” lo sacó de su tarea.

Posó el mouse sobre el punto y cantó la estación de Merlo Sur, en la parada del X48. El punto volvió a moverse y se quedó pensando que podía hacer esta chica por esos lados. Algún filito, pero... ¿a gamba y tan lejos?.

Se sirvió un café y observó atento el devenir del punto. A los pocos minutos el ritmo fue más lento. La chica estaba caminando, una, dos, tres cuabras. Su olfato le decía que algo jugoso iba a encontrar en este paseíto. Amplió la sección y consultó que instituciones o empresas había por el lugar.

- ¿Que decís Porta?. ¿Entra en una importadora, en un depósito, en un country, o en una huerta comunitaria? – *consultó al genetista.*

El otro estaba hasta las masas del compañero circunstancial. Era un grado 5, especializado en Massachussets. Había perdido su oportunidad de poner una clínica en Agua y laburar de ésta mierda y con ésta gente le reventaba la cabeza.

- ¿De qué estás hablando?
- La linda, ¿Para donde decís que va?–
- Que sé yo –

- Diez mangos a que va al country –
- Bueno, si te hace feliz, decime las opciones –
- Una importadora, un country, un depósito o una huerta comunitaria –
- A la huerta comunitaria –

El punto se detuvo. Buscó la referencia y ...

- ¡Me cagaste Porta!. Se metió en la huerta. ¿No querés que cambiemos de laburo? _
- Quiero los diez mangos, la última vez te hiciste el gil –
- ¿Mirá a la cristianita?. Vamos a ver que intereses tiene por esos lados –

Pidió un informe exhaustivo a Satélites y elevó la orden de observar en escala atómica. Luego se metió en Actualidad de Fundaciones y buscó “Huerta de la Misericordia”.

Una lista de directivos, secretarios y profesionales le salió al paso. Investigó a la directora para empezar.

- *“Nora Golding, 38 años, técnica en suelos, fundadora y actual coordinadora”-*

Así pasó por cada integrante de la comisión, desmenuzando los legajos personales.

Más de uno tenía asuntos pendientes con la ley. Encontró de todo. Deudas al fisco, desacato, participación en manifestaciones ilegales, detenciones. Y como broche un informe de Seguridad sobre la posible vinculación de la huerta con profesionales excluidos, e intelectuales out.

Había un código de reserva al que no tenía acceso. Inteligencia estaría trabajando sobre el lugar, se dijo. Elevó el pedido de ingreso a la info y aprovechó el breack para arreglar la cacería

del domingo. Marcó el número de un ex compañero de la Federal.

- ¿Y viejo?. ¿De nuevo a la carga? –
- ¿Me anotaste no? -
- Para eso te llamaba -
- ¿Cien sures la inscripción?–
- Como siempre -
- ¿Cuántos somos? -
- Unos veinte –
- Esta bueno. ¿Quién es el tipo? –
- Mirá, es joven y dicen que tiene medallas de footing. Además es ingeniero en no sé que cosa -
- Si, por favor, que no sea como el idiota de la última vez. ¡Cojones hay que buscar!. Dos horas en la vuelta para encontrarlo debajo de una cama. No me hagás acordar...-
- Bueno, pero Aníbal se portó. Nos esperó a todos, lo refundió y no aceptó la guita –
- Eso es lo que los jóvenes no entienden. “No todo es plata”-

Al cortar pensó que el Negro tenía razón. Desde que participaba de las cacerías había vuelto a dormir como un tronco. Además con éstas, nada de kilombo con Green Peace ni la Onda Verde ni toda esa manga de fanáticos hijos de puta.

Volvió a la PC.

- Empieza la función – dijo y escupió en cada palma, frotándolas con ganas, regodeándose por los futuros hallazgos y estimulado por la proximidad del fin de semana.

12

- *T*odo puede cambiar –

Era el pensamiento de Laura cuando traspasaba la tranquera de la huerta. En la casa grande, antigua pero luminosa, los chicos salían y entraban libres, a las clases de física, de arte, de lenguaje, de alquimia. Un par de hermanos se entretenían dando la mamadera a unos cabritos guachos. A lo lejos se veían los cuerpos inclinados sobre la tierra, levantando la cosecha. Plenos de trabajo después de la buena lluvia.

Era tan simple, tan posible que el hombre entendiera que su vida era un lienzo en blanco y que disponía de todos los colores para armar su propia obra. Tan simple que llenaba de esperanza. Con solo la voluntad de ser, iba a salvarse.

- *Lo otro, ya se está derrumbando por dentro* –

Se dijo y rumbeó para el lado de los tomates con el espíritu agradecido.

No llegó al vivero que ya los más chicos se le vinieron al humo.

- ¿Qué nos trajiste? –

Dijo una gordita que no tendría más de cinco pero que se mostraba con la seguridad de una mujer de cuarenta. El Monchi, con las manos negras de revolver en los canteros se le prendió a la pierna. Laura lo levantó, le mordió las orejas y le dio unos besos pedorros en el cogote mientras el chico con risa de asco se secaba el cuello.

- ¿Para mí, para mí? – venía gritando un perfecto gitano en miniatura.

- Bueno, es para todos – dijo Laura y bajó una bolsa de consorcio liviana pero gorda que le colgaba de la mochila.

- Ábranlo en la cocina, para no hacer enchastre. Vayan –
- ¡Pop corn, es pop corn! –

Gritó el más alto agarrando la bolsa y disparando para la casa grande.

El musgo celaba los adoquines que conducían al vivero. Caminó escoltada por los álamos plateados, pisando las hojas de dos caras.

Los rosales silvestres vencían los lienzos plásticos del armazón. Adentro, entre la maraña verde, la semi sombra daba humedad al aire y al respirar un vapor caldo saborizaba el paladar.

- ¡Bienvenida a la princesa de la huerta! – escuchó a Nora antes de verla.

Estaba como en sus mejores días, con sus sedas rojas y su collar de perlas. Embarrada hasta el codo, pero radiante.

- ¿Y?. ¿Cómo va ese trabajo en la city? –
- No sabés lo que pasó – le adelantó Laura - ¿Está Juan?, así lo cuento una sola vez –
- ¡Paren todo! – *dijo Nora excitada a Mario y a un par de chicos que regaban adentro* - Tenés cara de que es una buena – *agregó encantada* – ¡El vino Mario, el vino!. Es de día pero no importa. ¿Es para festejar, no? – preguntó a Laura –
- Eso creo – recién ahí Laura empezó a relajarse y a darse cuenta real de la importancia de lo que acababa de pasar.
- Traéte una botella de la bodega y despertalo a Juan - y agregó - No, dejá. Mejor lo despierto yo. Vos traé el vino y los vasos – y continuó

- Señora, siéntese cómoda, ya la vamos a atender como corresponde – dijo a Laura con voz de anfitriona infantil y salió gritando.
- ¡Paren la rotativa! ¡Estamos de fiesta! –

Cuando entró a la casa, vio el mantel individual con el desayuno dispuesto para uno. Ana estaba dando clases de matemáticas desde el amanecer, pero antes de salir se había dado tiempo para ordenar los rincones, para inundar de flores el living.

No pudo evitar sentir envidia. Esta mujercita serena tenía todo lo que ella siempre había deseado, un hombre inteligente, un hijo adorable, un hogar. Antes de pasar al dormitorio se metió en el baño buscando un espejo. Pero recordó que no había en la casa. Así que corrió un poco las cortinas y encontró su imagen en el vidrio de la ventana.

Se batió el pelo e improvisó una mirada fresca. Era un día especial, algo favorable venía de la mano de Laura y ella sería la encargada de darle las buenas.

Entró al dormitorio. Juan dormía y una larga pierna desnuda emergía de las sábanas. Tenía el pecho blanco a pesar del verano y las palmas abiertas en cruz. Parecía un cristo plácido y una vez más sintió necesidad de cobijarse en él.

Se recostó en una punta de la cama y puso la boca tan cerca de su oído que casi rozó con los labios las patillas al susurrarle

- A despertar mi rey. Hay algo lindo para vos –

Juan despertó con una ancha sonrisa de boca cerrada, como si viniera de sueños de volar.

- ¿Que hacés vos acá? – dijo entre sorprendido y curioso

Para Nora fue como una patada en los ovarios.

- Te vengo a despertar. Tengo buenas noticias. Al menos recibime con los buenos días – dijo molesta
- ¡Pero muy buenos días, a que debo el honor! - parafraseó divertido mientras se desperezaba.

Nora echó por tierra sus especulaciones y pasó a otro tema. Era una mujer de acción y no le gustaba invertir en fantasías.

- Mientras vos dormís, en esta huerta hay gente que te resuelve la vida. ¿Eso te dice algo? –

Juan se sentó de un salto en la cama y exclamó

- ¡¿No jodas?! –
- Llegó Laura, lo va a contar cuando vos te levantes, así que apurate que empezó la fiesta –

Cuando se juntaron en el vivero, estaban Fedra, la bailarina griega, que dejó a los chicos en el jardín haciendo fantasías animadas y se unió a la propuesta, Manolo, el andaluz improvisaba en la guitarra, y un par de líderes habían mudado la partida de back gammon al invernadero para ver de que se trataba.

Laura abrazó a Juan con cariño, le contó lo sucedido mientras algunos saltaban y el clima de algarabía se proyectaba empapando los rincones de claridad.

Y corrió el tinto y bailaron entre los potus y los agapantos y cantaron unas rumbitas gitanas y bañaron de vino al afortunado periodista que muriendo virtualmente acababa de recuperar su libertad. Ana llegó y se unió al alborozo y de todas partes

salieron deseos de buena ventura. Las risas se multiplicaron, cada cual lo vivía a su modo.

Mario, que era algo flojo con la bebida se acercó a Juan, lo abrazó por los hombros y con la cara enrojecida por la emoción, pidió silencio y dijo.

- ¿Sabe una cosa Juan?. No sé si se lo dije alguna vez. Lo quiero mucho –

Y esa declaración de amor fraterno de hombre a hombre cerró el capítulo y cada cual volvió a lo suyo más animados para aprovechar lo que quedaba de luz.

13

El viernes se había metido tanta cosa para sacarle el jugo al día, había chupado tanta lluvia, que aunque se sumergió en la

bañera caliente, con sales y ungüentos para relajarse, pasó la noche en vigilia, sin la suficiente claridad para despertar ni el cansancio necesario para caer.

En ese sopor del mal sueño se le apareció nítida la madre, sentada al borde de la cama.

- Mamita ¡Qué joven estás! –

La madre miraba las cosas de alrededor con la desesperanza de quién ya no puede cambiar nada.

El pelo de la madre caía sedoso sobre la espalda. Extendió la mano para tocarlo, traspasó la imagen y se encontró sola.

Ahora las ratas vagaban por los zócalos en un devenir histérico, masticando migas que encontraban al paso.

Finalmente se durmió y cuando sonó el despertador, todavía de noche, una paz extra le aliviaba el pecho y estaba en blanco, como si los pensamientos se hubieran ido para darle una tregua.

Al sonar el timbre, tuvo que esforzarse para recordar de que se trataba. La polaca estaba abajo con la otra y un remise.

- Apurate que vamos con retraso –

Se vistió con ropas casi infantiles, se hizo una cola en el pelo, llenó la cartera de objetos que levantó al paso, un calendario azteca, una lata de Lipton's, un md y salió de cara lavada sonriendo como si se fuera de campamento.

Nancy, que estaba prendida al trasnoche de cine viejo, vio que se olvidaba de su zip y la alcanzó en el ascensor.

- ¡Querida, te ibas desnuda! - le besó la frente transpirada y le acarició el pelo.

Al volver por el pasillo, Nancy se cerró la bata tratando de ahuyentar los augurios sombríos que la sacudieron al tocarla.

Si bien Mimí no era su amiga, la polaca conocía por oficio los desvaríos del alma y le extrañó la candidez de la mirada.

- ¿Estás bien? – preguntó intranquila
- ¡Bárbara! – fue toda la respuesta y la única palabra que pudo sacarle en el viaje.

Azul miraba el tránsito por la ventana. Seguía cada auto, cada cartel animado, hasta que se perdía de vista. Y se reía con ganas de aquel espectáculo mutante y absurdo.

Bajo los carteles, las murallas que enmarcaban las inmensas villas de emergencia, dibujaban una figura geométrica que se cerraba varios kilómetros más al este contra la autopista paralela.

Eran grandes cajas de hormigón metálico, techadas por redes de acero flexible. Unas perfectas jaulas que escondían el espectáculo de los excluidos y reducían su contacto con el exterior.

Pasaron por un cementerio privado con campo de golf. Las tumbas estaban camufladas bajo las lomas y en lugar de cruces, sobre los hoyos, flameaban de a puñados banderitas blancas.

Media hora después bajaron de la autopista y la custodia del country los escoltó hasta la puerta. La máquina de digitalización cantó “cuatro” y las tres chicas y el chofer sacaron sus índices por la ventanilla y los estamparon en la pantalla. A los pocos segundos se abrieron los portones.

Entraron por el lado del atrás. Adentro las esperaba el tipo del bar. Les dio un bolso con la ropa y las acompañó hasta los cuartos de servicio, al lado de la cocina.

Los clones domésticos se abocaban al armado del lunch.

Recién al vestirse tuvo noción de donde estaba. Respiraba con dificultad y la mente se le iba al pasado y volvía al presente como si estuviera montada en un tiovivo.

Un snouser seriado salió de debajo de la cama, tomó impulso, saltó con las dos patas delanteras sobre Azul y empezó a lamerla.

La polaca entendió que tendría que hacerse cargo. Iba a regañarla, pero después pensó que -*“feliz de ella que puede perderse de la realidad por un rato”*- y se limitó a decirle

- Vení, nena, sentate -

Azul obediente se inclinó en la punta de la cama y se dejó hacer. La polaca abrió el programador estético, puso el zip y sacó los elementos para producirla lo más acorde a la ocasión. Mientras, el cachorro mordisqueaba el puño de Azul con sus dientes de acrílico y un hilo de sangre coronaba la muñeca, bajando por el pulgar y se cuajaba como un pequeño corazón a la intemperie sobre la medialuna del dedo.

14

- **G***racias a dios hay sol* -

Pensó Pedro que tenía enfundados unos lentes oscuros para tapar los excesos del viernes. Tampoco había ni una pizca de viento, ya que la quinta quedaba en un inmenso valle artificial.

Por suerte no veía a Marta, y hasta ahora no se había topado con nadie demasiado cercano que lo obligara a conversar.

Los directores, hombres y mujeres, se mezclaban conservando una sonrisa tensa a pesar de la actitud informal, y aunque todavía no hablaban de trabajo, como parte de la política de los week end sociales, no podían evitar ser exitistas aunque solo trataran sobre la elección de una cancha de golf.

- ...es más larga, más complicada. Y nada que ver el green, ¿viste como está cortado el green?, perfecto. La pelota corre sobre seda. Además los fairways están súper cuidados...-

Cuando Pedro, que no podía seguir esquivando el bulto se acercó al grupo, un gerente de finanzas que estaba hablando le preguntó

- La chica anterior, Mary Rodríguez Pardo, tiene 8 de handicap ¿no? –
- Cierto – aseveró Pedro
- Desarrollo asistido - dijo otro - ¡Y que completa!-

Así empezaban las conversaciones de trabajo en esos sitios, como al azar. Los directores cebados de información, explotaban su acceso a lo confidencial para enterarse de los pormenores. La de Sociales aprovechó que estaba Pedro y que acababa de llegar Ramírez para preguntar.

- ¿Ya tienen en vista la de ésta semana? –

Aunque Pedro podía tirarle algunas puntas, era mejor que su supervisor abriera la partida.

- Una monada – dijo Ramírez – es una de las caras con más carácter. Cálida, con personalidad. Lo que estamos viendo son sus relaciones. Parece que frecuenta una...- *buscó el termino* - ...huerta comunitaria – y *continuó despectivo* - un rejunte de comunistas bajo la fachada de fundación -
- Odio a los ecologistas – dijo una directora comercial con cara de oler mierda y masticó un hielo de su whisky.

Pedro se sorprendió como ameritaban las circunstancias.

- Ojalá no se la asocie con ningún resentido – *continuó Ramírez. Había en su voz reprobación para Pedro* –Sería una lástima. Tiene un potencial bárbaro –

Pedro se sentía para el carajo, le dolía el hígado y quería desaparecer.

- Ya vuelvo –

Alcanzó a decir con el gesto más relajado que encontró. Caminó por entre la gente rogando que no lo retuviera nadie. Tuvo que esquivar a la troupe de invitados y animadores que revoleaban las caderas al son de un bongo remixado. Se enredó con unas cañas de la escenografía, bailó unos pasitos con la cantante cubana y entonces pudo entrar al baño del quincho y desparramarse.

Era un cuadrado de laja blanca y los artefactos estaban empotrados. Primero se dejó caer contra las paredes frescas y abrió la boca desmesuradamente, intentando tragar algo más de aire. Cuando cesó el mareo buscó el dibujo del lavatorio y pasó la mano por encima para que saliera de su nicho. La canilla automática largó un chorro violento al poner la cabeza debajo del grifo.

Al mirarse en el espejo, tenía bolsas en los ojos y estaba salpicado hasta los pantalones.

Necesitaba cambiarse las pilchas. Miró por la ventana. Los helicópteros que traían a los chinos empezaban a aterrizar. Las promotoras se acercaron con las sombrillas UV, los protectores masticables, los juguetes sexuales y toda una sarta de souvenirs de MOTHER

Cuando pasó un clon del servicio lo chistó, y le pidió que fuera hasta donde estaban las chicas y les mangueara una remera.

- ¿mangueáale? – repitió desconcertado el joven clon.
- Que les pidas una remera y me la traigas para acá –
- Si les pido una remera a cada una voy a traerle unas cuantas ¿correcto? –
- ¡Con una, me basta! – exclamó Pedro molesto. Estaba harto de la exactitud de lenguaje que había que tener con estos tipos.
- Entonces le pido a una sola –
- ¡Sí, loco, sí! –
- No estoy loco –
- Está bien. Traéme una remera y punto –
- Todas las oraciones al acabar llevan punto –
- Te voy a acabar a vos si no te apurás –
- Ah, humor. Ja Ja - se rió el clon y salió para donde estaban las promotoras.

Sabía que espulgaban la vida privada de las elegidas, pero tuvo el pálpito que esta vez podía ser realmente peligroso para la chica. Podía hasta desaparecer si la conectaban con algo ilegal. Pedro empezó a hilvanar la posibilidad de que Laura estuviera frente a la pantalla de Catástrofe con algún objetivo.

Se sintió obligado a avisarle que estaba siendo vigilada. Después de todo él la había metido en esa brecha. Y aunque era

su trabajo, no podía desatender lo hediondo y mal habido de los medios utilizados por MOTHER.

Algo le decía que tenía que actuar rápido. La buscó entre las caras nuevas que desplegaban el encanto fresco de la más absoluta inconsciencia.

No estaba seguro de si podía confiar en ella. No se trataba solo de la mina, la posibilidad de perder su trabajo vino a joderlo como un cayo inflamado.

Salió del baño y se encaminó para el buffet. Laura era muy graciosa para la rumba.

- *“Una linda chica bailando entre cuervos”* -

Tomó un vaso de coca hasta el fondo. Tenía que ser cuidadoso. No podía exponerse a que los vieran charlando. Era parte de su trabajo no implicarse con sus elegidas. En ninguno de los puntos, salvo para felicitarla como uno más si llegaba al podio. Ramírez lo estaba buscando con la mirada. Tuvo la impresión de ser observado por más de uno. Caras de otras reuniones, caras neutras que entraban y salían del edificio sin una función concreta.

Ahora Laura que había dejado de bailar se acercaba al dimensional marino. El sol pegaba más de la cuenta y la chica se cubría los hombros con un chal de seda transparente que destellaba prismas. Se descalzó y mojó los pies en la ola que se retiraba para ser tragada por la pantalla líquida.

Las promotoras aparecieron en grupo, con mallas de látex hasta los tobillos. Se zambullían en el agua de una en una con aire natural y divertido. Los chinos se desplegaron por el jardín, acompañados por sus relacionistas. Al ver a las promotoras haciendo piruetas comenzaron a arrancarse los audífonos traductores, y se echaron al mar virtual vestidos.

Laura se distinguía como una piedra única entre las otras, pensó Pedro.

La vio tomar una copa de champaña y empezar a caminar por el pasto, con cuidado, como si estuviera en una clase de tai chi. El vestido corto de seda nacarada le retenía las formas leves de los pechos pequeños, y apenas se le incrustaba en la entrepierna dejando intuir la mullida mata del pubis.

Pedro aprovechó la distracción de toda aquella gente en agasajar a los chinos y empezó a caminar en el sentido de la chica. Se detuvo en un par de puestos, probó las brochettes de la patria, conversaron unas líneas con el asador, que estaba atareado clavando las reses en la tierra.

El chachachá sonaba ridículo entre tantas performances argentinas.

- *“Un híbrido”* - pensó Pedro – *“Como todos los lugares del presente”* -

La globalización había opacado las culturas y salvo el patrimonio histórico de cada país, viajar era absurdo. No podías encontrar identidad en ningún sitio.

La chica seguía caminando, internándose en un campo de trigo virtual con viento y sonidos de pradera. De repente desapareció de su panorama.

Miró a los lados, nadie parecía seguirlo. Rodeó el trigal despacio. Las finas espigas se mecían al son de un viento mecánico. Se agachó hasta desaparecer de la vista del resto. Ahora solo el cielo como un paño limpio sobre su cabeza y la textura áspera del trigo sintético lo rodeaban.

Gateó sin prisa para que el horizonte amarillo que enmarcaba el perímetro del campo no sufriera modificaciones.

- Laura – dijo en voz baja.

Los pájaros no podían identificarse, cada tanto piaban sin importarles su presencia.

- “Tampoco existen”- se dijo y siguió separando las espigas con los brazos.

- Laura – repitió mientras el bullicio de la fiesta comenzaba a mermar como si se hallara bajo el agua.

Estaba desorientado, pero no podía levantarse para ver el rumbo.

A poco de andar se topó con un espantapájaros. Una imagen fantasmal que lo desplomó por un instante. Por ojos, el muñeco tenía dos cruces de palo colorado y una sonrisa macabra chorreaba en gajos bajo la nariz nula de arpillera. Era un viejo espantapájaros de combate, de esos que minaban los arrozales chinos con fibra óptica y que explotaban al contacto.

Quedó paralizado sin saber si continuar. Si bien se suponía que se trataba de una reliquia desactivada, no podía fiarse del todo. Si eran capaces de bombardear ciudades para tapar escándalos, bien podían montar un espectáculo de guerra para conmemorar una epifanía.

-“Estoy paranoico”- se dijo y recordó una conversación con Azul

- *No quiero que le des más hilo a tus pensamientos – le había dicho ella angustiada – Puede ser cierto, todo puede ser cierto. Pero no quiero visitar a otro amigo en un pabellón de locos -*

- *No estoy loco – le había contestado él. – Todo cierra –*

- *Mirá Pedro, ahora lo que vos ves es importante. Te indigna, te subleva. Pero para cuando te tengan como un*

flan, dopado y hagan de tu culo el entretenimiento de los clones ni te vas a acordar de lo que sentís por tu madre -

Las palabras de Azul despertaron su instinto de supervivencia y estuvo a punto de dar la vuelta, cuando escuchó el estribillo nostálgico de aquella película vieja... ¿Bagdad café?. Era tan hermosa como solo puede ser la tristeza.

El sol le secaba el sudor dejándole la cara hecha un cuero. Laura estaba lejos, pero su voz inundaba el espacio con aquel clamor en el desierto. Ahora estaba convencido.

Siguió la voz hasta que se topó con la chica. Cantaba con los ojos cerrados, tenía la cara colorada y con las manos oreaba el trigo.

-“Como empezar”- se dijo Pedro.

¿Porqué puta suerte veía siempre más de lo conveniente?. ¿Qué había para aprender en esto?. Lo lamentaba, pero no podía ver solo una parte de las cosas. La parcialidad que reinaba como parámetro le provocaba asfixia.

Pensó en las caras sonrientes de todas las personas que se cruzaba por día. Recordó el primer e mail que recibiera siendo un chico, treinta años atrás. Una de esas arengas en forma de cuento sobre un tipo, las desgracias que sorteaba y su “actitud de ver lado positivo de las cosas”.

Por aquel entonces le había criado alguna duda. Hoy estaba convencido que ver el lado positivo no los hacía mejores, quizá más livianos, pero salvo excepciones era un speech de quienes pretendían cierta grandeza y se quedaban en el intento.

- *Y ahora es mi turno* – se dijo, como si tuviera que tapparla con un manto oscuro.

La chica abrió los ojos

- Hola, Laura – dijo Pedro
- ¿Pedro de Personal Express?- sonrió la chica
- Mirá Laura, no tenemos mucho tiempo. Caminemos - Laura lo siguió y Pedro continuó hablando mientras andaban.
- ¿Sabés a que me dedico? – La chica no sabía que contestar, pero bajo el sol pleno sintió el frío del peligro.
- Tengo una idea – arriesgó
- Vamos a hacer de cuenta que no sabés nada. La cara de la semana no se saca al azar. Yo me encargo de la primera selección. Después va a una oficina donde ven la genética de la persona y la investigan - *Y luego de un espacio inquietante siguió*
- Bueno, yo te elegí a vos. Mandé el informe arriba y ahora te están investigando –

Laura trató de disimular el terror que empezó a dibujarse en su cara.

- ¿Porque me decís esto? – atinó a decir

Viendo la resistencia de la chica, Pedro explotó.

- ¡Porque van a meterse con la gente de la huerta. Van a meterse con vos, con tu vida privada, con tus amigos, con todo lo que te importa! –
- Bueno, estoy rodeada – dijo amablemente Laura – Lo bueno dura poco en estos días –
- Perdonáme. No sabía... –
- ¿Y ahora? – dijo entregada Laura y lo miró como aferrándose a su sinceridad.

- Lo primero es que avises a tus amigos si están en alguna... –
- Sí, eso ya lo sé, pero... –
- Durante los próximos días hacé la vida más normal que puedas, vas a estar siendo vigilada –

Laura se quedó mirándose las manos, doradas por la tinta acrílica de los trigos.

- Me voy. Te conviene volver con los otros -

Hubiera querido seguir un trecho más con ella. Desde hacía tiempo que no se cruzaba con alguien que vislumbrara la realidad. Él hacía grandes esfuerzos por no dejarse embaucar con el discurso contemporizador de los medios, pero el precio era un nihilismo que lo dejaba sin rumbo.

Miró una última vez a Laura y meditó – *en algún otro tiempo y en algún otro lugar* – pero ahora tenía que irse. Estarían rastreándola y la música estridente que se escuchaba cerca anunciaba la llegada de la gente de Agua.

-“*Ojalá haya servido de algo*”- pensó mientras se alejaba con el corazón más aliviado.

Se sintió como cuando dejó el alcohol. “*Si puedo con esto, puedo con todo*”, se había dicho por aquel entonces y durante mucho tiempo encaraba las cosas con una valentía fuera de lo común, como protegido por un chaleco de amianto.

Cuando volvió a la reunión, los de Agua estaban ya instalados, dejándose atender como estrellas de cine.

A su alrededor la gente se agolpaba mendigando atención y entablando relaciones. Entre las promotoras, que empezaban a acercarse le pareció reconocer a Azul. Estaba vestida con ropa

de MOTHER, el pelo miel le caía sobre los hombros y un chino insistía en retenerla de la cintura. Azul le tocaba la cara al tipo de una manera extraña. Pasaba los dedos por los rasgos y se reía. Ahora lo abrazaba como si se tratara de un padre o de un hermano. El tipo se divertía y la tomaba por el nacimiento de las nalgas.

Pedro entendió qué estaba haciendo ahí, y le dolió.

No verla con los tipos había sido la fórmula para alimentar sus sentimientos. Presenciar la quimera de su ilusión le carbonizaba el espíritu. Además no parecía ella. Con esa mirada ida y una sonrisa estúpida.

Mientras él trataba de acercarse, el chino, dichoso de encontrar tanta respuesta, empezaba a caminar para la casa grande. La multitud ahora se agolpaba en el centro de la estancia, la música le hería los tímpanos y la gente bailaba espoleada por el alcohol o por las drogas.

A medida que caminaban, Azul se quedaba colgada con las distintas atracciones, y el tipo, impaciente la tironeaba besándole la nuca, las orejas.

- *Es ella y no es ella* – se dijo Pedro seguro que algo andaba mal.

La pareja se perdió dentro de la casa. Cuando Pedro llegó casi a la puerta, su mentor, un sujeto por el que alguna vez había sentido simpatía y hasta con quien se permitió ciertas confidencias de trabajo le salió al paso.

- Me parece que tenemos que hablar –
- ¿Puede ser más tarde? -
- Decime ¿Qué te pasa? Nos tenés muy preocupados –

El tipo siempre se ponía de su lado en las consultas y ahora lo miraba desde el universo expeditivo de MOTHER

- A mi no me pasa nada –
- Largá el rollo, te escucho –
- Si querés hablamos el lunes. Dame el fin de semana para poner la cabeza en orden. Esto del tiempo me tiene loco -

El pasillo por donde Azul había desaparecido con el tipo parecía un objetivo inalcanzable. Tenía que llegar de alguna manera y pronto.

- Estamos todos en la misma, pero vos nos tenés desorientados -
- ¿A qué te referís? –
- Se te ve mal. No participás de las reuniones, no figurás en las minutas. Están empezando a preguntarse si sos un valor agregado a la empresa. Ahora mismo, ¿estás o no estás escuchando? –
- Hago mi trabajo y creo que funciona -
- Pedro, reaccioná. Esto es serio. Hay una lista para ocupar tu puesto. Gente joven, calificados, con liderazgo. ¿Te das cuenta que CLEANFACE se está arriesgando con vos? -

Esto parecía una joda. Ahora debía sentir culpa por laburar.

- Por favor, creo que se están persiguiendo conmigo –
- ¿Persiguiendo?. No presentás una planificación desde hace semanas. Cualquiera diría que elegís las caras al azar. ¡¿Si te enfermaras...?! No dejás un esquema de candidatos posibles. Entregás los recursos al límite. ¡Nos

tenés con el culo a cuatro manos! - resumió molesto el otro, hizo una pausa y sentenció –

- Ponéte las pilas o tenés poca vida en la empresa –
- Mirá, voy a aprovechar el fin de semana para observarme, es posible que esté haciendo las cosas mal. Pero ahora tengo que ir al baño urgente –

El tipo se quedó con cara de bragueta y Pedro rumbeó para la casa.

Lo estaban arrinconando. Los hijos de puta querían que renunciara. La cosa se ponía fea en serio. Y Azul estaba en algún lugar con un chino de mierda sintiéndose como el culo. Estaba seguro. Podía percibir los estados de Azul.

A cualquier hora lo asaltaban aflicciones o euforias sin sentido que eran el eco de lo que ella vivía. Y ahora estaba angustiada para el carajo o más que eso. Se dijo tratando de no pensar en nada irreparable que lo inmovilizara.

Después del living, una gran ventana de vidrios fijos dejaba admirar el centro de un jardín de fantasía. A ambos lados se abrían pasillos que conformaban una herradura. Encaró para la derecha. Los accesos a las habitaciones eran con tarjeta. Las puertas no tenían picaporte. Tanteó la primera y los que estaban adentro se callaron.

- ¿Azul está ahí? – dijo alto y un hombre le contestó caliente
- ¡No! –

El que las puertas fueran iguales, le provocó la angustia de los laberintos. La misma ruta impersonal e incierta cuando la urgencia es llegar, cuando algo que no vemos viene al acecho por el último codo del camino.

Intentó abrir la segunda, que tampoco cedió. Observó que tenían una cerradura, un calado redondo, seguramente para el acceso del servicio. Decidió golpear. Los del otro lado eran varios y se reían a gritos.

- ¿Está Azul entre ustedes? –

Los tipos estallaron de risa

- Está blanca.¿Quién sós? –

- ¿Azul? –

- No man, la tienen bien roja, eso seguro- escuchó otra voz, y detrás las protestas en broma de las chicas.

Siguió caminando y ahora se veía a unos metros otra ventana hasta el piso y del lado de afuera cerezos en flor.

Antes de continuar se recostó contra la pared un instante. El corazón le bombeaba fuerte y en la garganta.

Puso la oreja contra la próxima puerta. No se escuchaban más que ruidos leves. Golpeó con firmeza. Silencio. Volvió a golpear.

Una de las promotoras abrió la puerta unos veinte centímetros y sacó la cabeza. No tendría más de quince años.

- ¿Si? – dijo sonriente manteniéndose en pie gracias a la madera.

Estaba pasada de alcohol, y los ojos se le daban vuelta. Al fondo veía el bulto de unos pies en la cama.

- ¿Está con vos Azul, o Mimí? –

- ¿Azul ?, ¿Que decís? – dijo la chica que no podía seguirle las palabras

- Permiso – dijo Pedro y entró directamente.

Un viejo, el presidente de la subsidiaria de la región andina, con sus calzoncillos de seda roja se levantó sobresaltado, manoteó el control y dio el aviso a seguridad.

Miraba a Pedro, como si se tratara de un extremista islámico.

Pedro dio una mirada al baño y salió al pasillo.

La chica lo apresó por el codo, le acercó la boca a la oreja y le dijo

- Cuidado del hombre que va atrás de mandingas de amor –

Y cerró la puerta utilizando todo el impulso de su cuerpo inestable.

Pedro se quedó un instante quieto. El golpe de la puerta le sonó en la cabeza recordándole el peso de sus actos. Miró sin saber a donde ir. Tenía que encontrarla. Cruzó el pasillo para buscar en la otra ala.

Intentó la próxima puerta y cedió.

La gerenta de servicios estaba saliendo del baño. Alcanzó a ver al recepcionista desnudo contra la ventana. La mujer llegó hasta la puerta y se la cerró en las narices, sin escándalo.

Miró por sobre el hombro, dos fuertes clones de seguridad atravesaban el corredor. Puso la oreja en otra puerta y nada. Golpeó la siguiente y silencio. Se abalanzó sobre la última, pero estaba cerrada. Adentro se escuchaba un llanto y al chino repitiendo dos sílabas de inglés.

Los clones, que venían directamente hacia él, al ver que no tenía salida se quedaron un instante quietos y pidieron instrucciones. Hablaban por el celular con un superior. Pedro tenía una distinción en la remera, podía ser de la empresa o invitado.

Eso le dio tiempo de pensar. Al fondo del pasillo había una ventana. Intentó abrirla para meterse en el cuarto desde afuera, pero estaba herméticamente cerrada.

Los clones se le vinieron al humo. Descolgó un pesado cuadro de orgías medievales, tomó impulso, apuntó el marco de oro seco y traspasó el vidrio.

Al estallido lo continuó una sirena sorda pero lacerante que empezó a pulsarle la cabeza.

Ahora se encontraba en el jardín de fantasía, entre las cascadas multicolores que bañaban los pastos sintéticos y las ardillas mecánicas.

Miró por la ventana de la habitación que daba al jardín. En un rincón y en el piso estaba Azul llorando bajito. El chino semidesnudo maldecía en su lengua y volvía a la carga contra su cuerpo tratando de tomarla a la fuerza.

La ventana estaba sin traba, así que Pedro entró como una tromba y le sacó el tipo de encima que rebotó contra el jacuzzi. Cuando reaccionó se echó sobre su pantalón, sacó un láser de bolsillo y apuntó a Pedro por la espalda.

- ¡Indio de mierda! – dijo con el increíble gesto de desprecio de los actores orientales
- ¿Estás bien? – Preguntó Pedro a Azul abrazándola en el piso y la chica dejó de llorar y lo miró sin reconocerlo.

Golpearon a la puerta.

- ¡Seguridad! – se escuchó la voz y el chino pidió que se llegara un directivo de MOTHER.
- ¡Enseguida! – dijo la misma voz

Pedro tenía que pensar alguna excusa pronto.

- Entré así porque la escuché llorando. Pensé que pasaba algo malo – le dijo en inglés al oriental que no bajaba el arma.

El tipo, que entendió rápidamente que se trataba de un asunto privado y que el intruso era un empleado de MOTHER, espetó en un correcto americano sin dejar de apuntarlo.

- ¡Your name! –
- Pedro Azconegui – dijo mientras acariciaba la espalda redonda de Azul y olía su perfume de avena
- ¡Your site! – siguió increpando furioso

Recordó una publicidad gráfica de Lucky Strike. Grandes carteles negros aparecían en las lomas esmeraldas del camino a Punta del Este. Era una campaña para un target abc1, con un claro mensaje elitista, que le había impresionado cuando chico.

- The world it's my site – dijo y se rió con ganas pensando que levantarían cargos y con suerte le darían una patada en el culo sin indemnizarlo.
- Así, tan fácil – le dijo a Azul.

Y Azul que veía desde unos ojos nuevos se agarró de esa sonrisa y lo besó delegando en él y hasta *nunca jamás* el tramado estéril de la realidad.

15

El aire acondicionado y las ventanas polarizadas del X48, que recorría despacio a las 6 de la mañana el barrio de casas bajas de Merlo Sur, apagaba a los ojos el extremo calor de la tarde.

A pesar de las rejas y de los grandes carteles de remates judiciales que cruzaban las fachadas completando el espectáculo desolador de los jardines abandonados, se podía intuir en muchas casas un amable letargo dominical, y si se agudizaba el oído, hasta captarse pelotazos o gritos de gol en el corazón de alguna manzana.

Laura le había cambiado el reloj a su madre por aquello del átomo de localización. Sus padres, se encerrarían en el club y listo.

Cuando bajó del bus, un coletazo de fuego le sacudió la cara. Se quedó unos instantes bajo las lenguas de sombra del único aroma que quedaba en el barrio. Nora había impedido que se lo podara varias veces, pero pronto vendrían a acabarlo de noche. Frente a la huerta, pudo ver la fila de gente, bajo largas redes negras robadas de los estacionamientos, esperando por un plato de comida.

Los domingos, se abastecía con lo que fuera y hasta que se acababa a las familias de las villas vecinas.

En la huerta se respetaba el día solar, así que aunque fueran las 6 y 30 de la mañana se estaba terminando de servir el almuerzo.

Al entrar se topó con Marisa, que contaba la cantidad de comensales que faltaban para ingeniársela con el menú.

- ¡Laurita, alabado sea Cristo! – le dijo con la cara hirviendo y empapada de sudor. Y respirando con dificultad agregó - ¿Comiste? –

Marisa era una gorda que como tal relacionaba la felicidad con el estómago.- (*Y por cierto en estos días, no estaba tan errada*)- pensó Laura y le contestó

- Gracias, ya comí. ¿Necesitás una mano? –
- No, ya estamos en la tercera ronda, estos son los últimos –

Al cruzar el comedor, la asaltó el aroma a enebro fresco con el que bautizaban el cocido de habas.

Cerró los ojos y respiró para recordar una cena a la luz de las velas en un Fortín - Posada del 1900.

Ella estaba sentada con su espléndido novio oficial. Un tipo bonito y vinculado. Frente a él, una amiga husmeaba las paredes de piedra, satirizando las costumbres de los inmigrantes. Y a su lado, frente a Laura casi rozándose las rodillas, un hombre como nunca había creído que existiera, mezcla de ideólogo rebelde y mercader hábil, con aspecto de elfo, o intelectual de los sesenta, audaz desde la astucia, y apasionado por algún gen indómito de raza mora, la invitaba mudo sin bajar la mirada a saltar a los otros dos como si fueran obstáculos.

Olía a enebro su “sopa a la reina” y el aroma de la especia quedó fundido al recuerdo de la noche de tormenta en el Fortín. A ella caminando por la oscuridad de los corredores en la madrugada y en bata, con un centímetro de vela, buscando al conserje en medio de los truenos. Al gran comedor de piedra y brocados pesados. A la inmensa estufa de leña, donde ardía una brasa cenicienta. A la aspereza de las piñas que acomodó bajo las astillas de eucalipto para revivir el fuego.

Al gitano- mago, desgarrado en el berger gigante, cuando bajo el resplandor del fuego se dio cuenta que no estaba sola.

A la saliva fresca de los besos. A la lluvia apagando los gemidos.

Si, aquella noche olía a enebro fresco.

Después el gitano se fue a Agua, también muchas de sus amigas, y ella se quedó por elección, porque no podía ser feliz en una realidad de pocos.

Desde lejos vio a Nora dando instrucciones a los muchachos.

El hijo de Juan, a su lado, entrenaba a los más nuevos en como distribuir las semillas sobre los surcos.

Un centenar de chicos se abocaban a la siembra.

El sol, era una bola imprecisa de rosados y violetas sobre los medio cascos y las gorras.

Desde que volviera de la quinta de MOTHER a su casa, había estado pensando en como decirles lo que sucedía. Cambió tantos discursos entre sueños cortados por la angustia. Y ahora finalmente estaba a un paso de derrumbarles la estantería con la mala noticia.

Y aunque sabía que no importaba como lo dijera, no pudo evitar elegir las palabras cuando llegó hasta Nora.

- ¿Hola, podemos hablar? – solo dijo y Nora comprendió que una tormenta se cernía sobre la huerta.
- Marcelo, Martín, los dejo a cargo. Ya vuelvo-

Por el cielo pasaba un inmenso globo violeta, una propaganda de galletitas. Los chicos levantaron la cabeza, cubriéndose del sol con las palmas.

- ¡Ahí viene de nuevo! – cuchichearon

Los paquetitos caían a una velocidad tan vertiginosa que en instantes centenares de muestras gratis y pies pequeños malograban los surcos.

- El domingo pasado la misma película. Mañana voy a la distribuidora y les armo un despelote – dijo Nora

Caminaron lentamente por las calles de tierra. A medida que Laura le contaba los hechos, Nora la interrumpía con preguntas precisas para comprender el alcance de las circunstancias.

- Bueno, estamos vivos y no somos unos guachos sin historia – *dijo con determinación y luego sacó el celular del bolsillo y marcó el número de su madre.*
- Hola, hablo yo, decime, ¿La bobbe tiene gente parando en el Tigre? – *hizo una pausa con cara de cansada* – No tengo imagen en éste teléfono... ¡No te miento!. Mirá por la ventana, en un rato es de noche... ¡Reaccioná Aída!. Te estás dejando convencer... ¡Acá y ahí es de día y punto...! ¡No me importa lo que digan...! No me pasa nada. ¡No me rompas las pelotas!- *la madre seguía* - ¿Me vas a contestar?. Voy a tener que mandarle unos amigos..... No sé, un tiempo –

Laura tomó coraje para decir

- Es que no sé cuanto saben de tu vida. La casa de tu abuela puede estar en la mira también –
- ¿Qué casa de qué abuela? – *dijo extrañada* – No existen desde el 2020. La bobbe está muerta para el censo, y la casa les sale como “terrenos fiscales improductivos”, (los impuestos se la comían, me la trucharon en Rentas). A lo sumo, los satélites la cantarán como un asentamiento. Y que yo sepa a la isla todavía no llegaron las topadoras -

Parecía increíble que los obstáculos la entusiasmaran así. Una auténtica guerrera, se dijo Laura. Aunque al observarla, una expresión severa le oscurecía el cejo.

Ana estaba montada sobre la escalera arrancando racimos de uva chinche.

Cuando las vio acercarse, con el gesto sombrío, pensó que cada vez los respiros eran más cortos y ahuyentó a los sueños rapidito. Los alentó a escaparse para no verlos morir.

Era una hermosa tarde de domingo.

Cerca de las figuras lánguidas, regando semillas, los más chicos se lanzaban terrones secos y el molino giraba indiferente bajo un cielo rayado de pancartas multicolores, remolcadas por naves digitales.

16

- ¡ **P**or favor querido, no me dejen morir! –

Imploró Nancy desde el otro lado de la puerta.

Cuando llegaron del hospital, la tarjeta de acceso al departamento de Azul no funcionaba y Nancy había quedado encerrada.

Pedro la recostó en su cama, espero que se durmiera y subió a ver que podía hacerse.

- ¿Estás ahí? – preguntó acercando la boca al canto de la puerta. Del otro lado una voz desesperada le contestó al tiempo que apagaba una especie de taladro casero resultante de una batidora solar.
- ¡Dios, gracias por venir, querido. ¿Qué tiene Azulita?–
- No sabía quién era, donde estaba. No me reconocía -
- ¿Y ahora como está?–
- En el hospital le dieron un regulador de dopamina. Ahora está durmiendo...Tiene la mirada perdida -
- Se fue – dijo Nancy como pensando en voz alta
- ¡¿Qué?! –
- Está agotada – *hizo una pausa y siguió en voz baja, como para sí* - Bueno, se terminó -
- Voy a tranzar con una cobertura médica -
- Si querido, ocupáte de ella –
- Se va a quedar en casa. Ya no más... – empezó a decir pero siguió para sus adentros. Nancy tosió y el volvió a hablar
- ¿Cómo fue que pasó? –
- ¡No tienen madre!, ¡Desconectarte un sábado...! ¡¿Cómo vamos a conseguir plata en estas condiciones?! ¡No funciona ni el portero! –
- ¿Cuánto se debe? -
- No creo que a Azul le guste que te diga –
- Ahora es lo mismo –
- Estaba mirando el festejo, se oscureció la tele, como si se apagara y después apareció el cartelito con el nombre de Azul y los números –
- Cuanto –
- Con los intereses, y el gasto por la suspensión de servicios...- dudo antes de decir - quince mil sures-
- ¡¿Tanto?! –

- Es que cuando te cortan te cobran todo. ¡Te juro, no tenía ni idea! – *se disculpó angustiada* -Le vino hasta la cuenta de hospital del padre, de hace diez años. El crematorio, la urna. ¡Todo! -
- Hay que sacar las cosas –
- Si querido, hay que sacar las cosas – dijo Nancy pensando que ella era algo así como una cosa más, y que no podía esperar que Pedro la bancara.
- Voy a pensar en algo. ¿Tenés comida? –
- Un par de días aguanto –
- ¿Dice ahí cuanto tiempo hay hasta que vengan los inspectores y la sellen? –
- Mirá, cuando a mi me pasó eran 48 horas, pero ahora con esto del tiempo no sé... – dijo con la voz cada vez más apagada
- Algo vamos a inventar – la alentó Pedro o más bien lo dijo para darse valor

Nancy hizo una pausa. No tenía alternativa. Quizá en eso se resumía la “vejez”(aunque doliera el término), la “no elección”. Había estado pensando desde que se quedó encerrada y aunque simbolizaba el fin de una vida tal y como la había concebido, no tenía que engañarse. El fin se le presentaba diariamente frente al espejo. Ya no cantaba. Nadie la buscaba, y rehuía juntarse con “las chicas” para no leer en las miradas condescendencia, o en las más jóvenes soberbia y desprecio. Como si a ellas nunca fuera a pasarles la vida por encima.

- ¿Me harías un favor, Pedrito?-
- Decime –
- También cancelaron la extensión del celular. ¿Llamarías a alguien por mí? –

Pedro subió por la escalera, pensando que no tenía forma de conseguir el dinero. En la cabeza se le agolpaban montones de ideas, algunas ridículas y absurdas. El reloj condicionante dijo.

- *Actividad social* -

Lo apagó. Después del escándalo de la quinta estaba fuera. Ahora le quedaba ésta otra realidad. Esto de tenerla para él, pero enferma y sin laburo.

Pasaba del departamento trancado al inminente despido, de la cordura de Azul a que no podía contar con nadie. Las amistades se basaban en la capacidad que se tuviera de distender al otro. Nadie estaba dispuesto a escuchar bajones. El resto del sábado por el azar del “nuevo tiempo”, coincidía en su estado con el “antiguo tiempo”. Escudriñó el reloj. Eran las ocho de una noche que abrazaba lo que quedaba de los vapores del asfalto.

Se recostó al lado de Azul con los ojos fijos en la nada.

Se escuchaban superpuestos, los canales de otros departamentos en un zapping desenfrenado que arrastraba la mente hacia un aleph alienante.

No debía encender la hipertevé. Lo último que necesitaba era evadirse. Pero el vértigo era tan intenso, que no le alcanzó la voluntad para seguir el curso afligido de sus pensamientos. Blandió de izquierda a derecha el puño cerrado en el aire y la pantalla se abrió como una flor carnívora sobre un dimensional de raperos chinos cuyo estribillo *money is love* daba cosquillas en la ingle; Moe zampándoles una cachetada barrida a Larry y Curly; una especie de aparato digestivo con extremidades ganando una carrera de mil metros; un comando informático desmantelando a subversivos virtuales que comprometían a las

empresas en falsas evasiones impositivas. Susana preguntando – “¿Cómo se llama la caña para sorber mate?” – (el participante dudando) -¿bombilla? - ¡CorrrrECto! –; un tipo argumentando las virtudes de ser engendrado por la pulsión genética; videos caseros de suicidios graciosos; Heidi subiendo la montaña en busca del abuelito; un grupo de oligofrénicos conviviendo en una base espacial; una diputada presentando un proyecto para conducir a la población clandestina a aguas internacionales; un científico traduciendo los últimos mensajes de los extraterrestres - ...*a través de las ondas megas nos dicen: “apoyamos las medidas del presidente de los Estados...”*–; una Barby descuartizando un kindergarten entero; los abogados de “Gente que busca gente” obligando a un nonagenario a reconocer a un sobrino nieto para compartir su pensión mínima; una mujer venciendo su propio record guinness en el largo del tejido de una bufanda de mocos...

- *La TV seda y estimula* –

Era el nuevo slogan, pero en realidad el pasar de una emoción a otra, agotaba los nervios, inmovilizaba, restaba protagonismo. Claro que no podía pensarse como un plan. Hace rato que los efectos del sistema estaban lejos de las intenciones de nadie. Sin control. Ahora solo quedaba justificarlos para no soportar la frustración de lo irremediable.

Eso era lo que quedaba para todos.

¿Y para él qué quedaba?

Podía sentir el piso moviéndose bajo sus pies. Como si alguien tirara de las baldosas. Tenía que tomar decisiones rápidas, elegir en un marco muy estrecho, sin resto para pifiarle.

La claustrofobia se presentó como la primera vez, en el ex cine Arte, mirando aquel film viejo *El Proceso*, dirigido por Orson

Wells, donde el protagonista se pasaba toda la película caminando en cornisas de veinte centímetros, o en pasillos donde apenas entraba de costado.

Y nunca había hecho nada demasiado jugado por nadie. Se las había ingeniado para que ni un perro lo necesitara. Sin afectos por miedo a no poder responder. De una manera u otra era él, el dependiente; de Azul, del recuerdo de su padre, de los objetos antiguos que le daban la engañosa sensación de que el tiempo no pasaba, de su trabajo. Bastones para no caer en la locura. Siempre desde un análisis distante, nunca involucrado. Pero ahora estaba contra la pared sin escapatoria.

Mirar a Azul le punzó el alma. Después de tanto preservarse resulta que él estaba entero y ella exhausta.

Su amor estaba enfermo. No había hecho nada para impedirlo, nada por cambiar el curso de su vida.

El que no lo amara no era excusa, porque él sabía que uno se enamoraba del rebote, de su reflejo sublimado.

No la había mirado bien. No se había perdido en ella. Por cobardía. Y ahora se estaba malogrando lo único que le importaba.

Se le oprimió el pecho, le costaba respirar.

- *No más fobias* – se dijo o más bien se impuso

Siguió desdeñosamente el curso inestable de su corazón mientras acariciaba a Azul.

Las promociones del sábado entraban por las hendiduras de la ventana y se proyectaban en las paredes, para luego desvanecerse como una ilusión, revelando su diseño espectral antes de ser tragadas por el extractor de radioactividad.

- **S**i, si...ya estoy – *dijo medio dormido*

Aunque Francisco Alcázar había estado de fiesta hasta hace un par de horas, cuando sonó el despertador se levantó sin demasiado trámite, dejando a su derecha el bulto desgredado de una exuberante silueta.

Abrió los ventanales de su casa de Palermo para airearla antes que el bruto sol de enero la asediara.

El silencio le recordó que otra vez se había olvidado de activar el tranquilizador de las aberturas. Puso el sistema, por exigencia de la aseguradora, pero no creía que fuera a pasarle nada y no lograba acostumbrarse.

Los abundantes plastipeles apilados en cualquier rincón, con anotaciones en fibra aumentativa, (tenía miopía pero ni intenciones de operarla), los regalos empresariales, atenciones

al cliente, promociones animadas, cuadros, cubas de cocción, artesanías, iluminadores y letreros exóticos que invadían absolutamente todo, (por la noche camuflados en la oscuridad), con la primera luz comenzaron a aparecer como recobrados de la muerte.

Olía rancio, a salsas, colillas, colonia, cerveza, cloacas, inciensos, y a ceras pastosas que esparcía casi a diario sobre los pisos.

Colocó un minidisc de la Varela en el grabador de la cocina integrada, y encendió las pantallas en red para toda la casa. La CNN informaba sobre el alza vertiginosa de La Bolsa en oriente.

Abrió la puerta del fondo para que saliera el perro y entrara el gato y después caminó a grandes pasos hasta la entrada principal y retiró el magazinset de su caseta, la reposición de comida y varias mascotas de diversas propagandas.

Tiro los peluches y las gomas en un rinconero. Al caer, cada muñeco cantó una marca diferente. Metió las compras en la bandeja seleccionadora del multifrío y antes de cerrarlo cada alimento fue a parar al lugar correcto.

Compactó las botellas descartables, embutió las de vidrio en el reciclador y fue con paso ágil hasta el baño.

Mientras las nutritivas se diluían en el hidromasaje se miró vagamente en el espejo. Primero su mejor perfil, aquel para donde acomodaba los implantes y después el otro. Entró la barriga, que apenas se comprimió unos centímetros, y ya estaba espumando el champú rubio ceniza en las raíces canosas cuando sonó el teléfono.

Se apuró porque le encantaba recibir llamadas.

Salvo compañías circunstanciales se encontraba bastante solo. Era un hombre afectivo, que daba y tomaba sin medida y cuya ansiedad desorbitada y pintoresca bohemia, alejaba a quienes buscaban un equilibrio y acercaba a oportunistas. Lo sabía

perfectamente, lidiaba con eso desde siempre y no los quería menos por que así fuera. No era un virtuoso y no lo exigía de los otros.

Se definía como un “liberal, de familia de liberales” y como era hijo de uruguayos, ese término contenía muchas acepciones radicalmente distintas que en la Argentina, más vinculadas a la tolerancia y a lo ideológico que a la flexibilidad económica.

- ¿Sí? –

A Pedro le sorprendió. Había esperado un contestador. No era común dar con una voz en directo.

- ¿Sí, Alcazar, escucho? – repitió bien dispuesto a sociabilizar desde temprano.

- Hablo de parte de José –

Silencio

- Tuvo un inconveniente y me pidió que lo llamara –

Paco se excusó por no accionar la imagen (Pedro no esperaba otra cosa de un desconocido), pero insistió en disculparse por cuestiones estéticas. Luego lo escuchó atento y sin dejarlo terminar, abrevió

- Dónde está -

Cambió inmersión por ducha, se calzó el jean, los zuecos, la remera antioxidante y calentó café anisado con la mirada perdida en otra mirada algo marchita por los recuerdos, que rebotaba desde la ventana del microondas.

No había sabido nada de José en más de treinta años. Se había volado de la casa en medio de un escándalo.

Una noche lo despertaron los gritos y encontró a su hermano menor de pestañas postizas, minifalda plateada y la cara chorreando rimel.

El padre tenía una peluca rubia en la mano y su hermano lloraba como si lo hubiera desnudado en un estadio lleno.

- Perdoname hijo pero no lo puedo permitir. Me duele más que a vos, pero se acabó. Un hombre debe verse como un hombre más allá de lo que haga con su trasero –

Y aunque él y su hermano tenían una relación difícil, (distinto humor, no manejaban los mismos códigos y sobre todo competían por la atención de la madre), le pegó que sus padres le sacaran la banca a un hijo.

- *Suena bien* –

Pensó mientras el cuatro se convertía en tres y luego en dos en el reloj del VAS doméstico.

- *Pero es una parte de la historia* - agregó para sí

No se había acercado a su hermano por vergüenza. Como todos los chicos necesitaba sentirse fuerte, vencer la timidez, y tener un hermano raro, víctima de burlas, lo volvía vulnerable.

Eso le pasó en la juventud, cuando todavía era importante el juicio de los otros.

Pronto comprendió que nadie vive la vida por uno, así que a costa de su reputación, trató de hacer en adelante y dentro de lo posible, lo que le vino en ganas.

Pero algo era cierto, (lo recordaba bien), y es que esa noche, cuando se dio con José llorando de vergüenza, y el padre agarrando la peluca con asco, la condicionalidad del amor se le presentó pelada, sin aristas de donde asirse.

Y también era verdad que se fue a acostar pensando que se había portado como un cagón, que tendría que haber intercedido y que a la mañana hablaría con José.

Pero cuando se despertó la madre lloraba y el padre caminaba de una punta a otra, revolviendo los cajones con una mezcla de odio y culpa.

Un auto había pasado por José a la madrugada y con la ayuda de un amigo se había levantado todo lo valioso que encontró al paso.

Cinco años después, fue a retirar un celular por Catalinas y se topó con el cartel del show de Nancy en un bar alternativo. Lo reconoció por la sonrisa. Esa misma noche se corrió a verlo.

- Cantás bastante bien –
- ¿Viniste a buscar un porqué? –
- Espera. Cada cual hace lo que puede-
- Eso suena a que lo que hago está mal –
- Me refería a que yo tampoco soy ejemplar –
- Mirá prefiero no acordarme del pasado, me hace sentir ridícula. Me da dolor acá – se apretó el pecho –
- Papá está arrepentido. Mamá no lo perdona. Pero no vine por eso –

Nancy evitaba mirarlo, pasaba del pocillo de café a las caras ávidas de descontrol de los clientes de ese fin de semana

- Vine a decirte que seguís siendo mi hermano menor y cualquier cosa que necesités... – pero José no o dejó continuar
- No quiero ser “tu hermano menor” – *dijo recalcando las últimas palabras y sacó el aire nervioso con una mueca irónica* – (Nunca vas a entender). Quiero inventarme el pasado. Soy hija única. Mis padres eran diplomáticos,

murieron en un accidente de avión y yo elegí vivir esto.
Así de corta –

- ¿Bueno, pero al menos querrás ver a la vieja? –
- Mamá murió esa noche, cuando se quedó muda. ¿Te pido un favor, en serio?. Gracias, pero olvidate que me viste –

Pensó en darle un tiempo más, antes de buscarlo, pero el camino se fue complicando entre la universidad y el postgrado en Madrid, y para cuando volvió no encontró a nadie que pudiera decirle donde estaba. Algunos creían que se había ido a Agua.

Después vino la vida, los veinte años dictando cátedra de Historia Contemporánea (con dos guerras espaciales en el medio, donde Argentina era base anfitriona de los Estados Unidos), los constantes recortes económicos, “la imaginación al poder” pero para no morir de hambre, de donde nacieron la empresa de sisterdog, la representación de culotes descartables para perros y la importación de mascotas de seguridad. Y eso en medio de una intensa vida privada, sin demasiado freno a los placeres, donde entraban y salían mujeres y camaradas en desgracia.

Mientras tanto, las presiones que culminaron con el despido de la Facultad, cuando rescribieron la historia, el negocio de los perros fagocitado por una multi, la exigua renta de unos campos anegados que alquilaba a unos chinos, que sumado a la pensión apenas le daba para darse algunos gustos, paralelamente su papel de hijo, (visitando a los viejos hasta hace poco, en que tuvo que internarlos en el geriátrico porque el padre meaba los cajones y la madre se desnudaba en la parada del 132), y el que José no diera señales de vida en 30 años, lo mantuvieron alejado de una reconciliación.

Le hubiera gustado tener hijos, pero suponía que era estéril y nunca había encontrado el espacio para meterse en una terapia de fecundidad, ni la mujer con quién compartirla.

Así que este hermano, fuera como fuera, era lo más cercano a su sangre.

Retiró el pocillo del microondas. Miró el suplemento deportivo, una mano ajada lo sostenía. Buscando los lentes encontró las llaves del auto bajo un envoltorio de facturas. Corrigió el templador y siguió buscando los lentes en el dormitorio, manoteando bajo la almohada.

- ¡La pucha!.¿Cómo puede ser que no encuentre los anteojos?!- dijo en voz alta y cerca de la mina para despertarla porque necesitaba hablar con alguien antes de salir a encontrarse con José –

Pero la mujer, pesada de cerveza, ni se movió mientras Paco le metía mano por los cuatro costados buscando el estuche.

- Está bien. No puedo esperar de nadie. Okay –

Pensó en despertarla con alguna otra excusa, (dejarle instrucciones por si venía el plomero), pero la cabeza de la mujer embutida en la almohada, lo hizo desistir.

Tiró el diario a un costado y salió nervioso, con una mezcla extraña de sentimientos.

Iba por Paraguay y al llegar a la esquina de Serrano tuvo que clavar los frenos porque un Ford Espacial casi le rebana la trompa.

- ¡A la puta!. ¿Qué tomaste, nene? – dijo alto y miró para el lado de la Plaza.

Había estado de bar en bar hasta hace unas horas, así que se fijó con más cuidado para ver si quedaban conocidos entre los pocos autos varados en las inmediaciones de los boliches.

El resplandor caliente del amanecer, congregaba a las moscas sobre las mesas sucias, y como jopo de una escenografía decadente, los vasos abollados florecían entre las baldosas de las veredas.

Sostenido por un tronco de plátano, un flaco que no podía arrancar de la borrachera, le hablaba en algo similar al esperanto a otro que estaba desmayado en el pasto.

- *Esta placita, le va a gustar* –

Se dijo y siguió más animado, pensando que tendría que acomodar el dormitorio de atrás, reciclar las cuchetas, meter en *deremate.com* el viejo horno eléctrico, compactar las porquerías y patinar las paredes.

18

- **L**o ideal sería la autopista. En 20 minutos están en el Tigre, pero es más peligroso. Por abajo hay menos control

Opinó un viejo de boina ladeada y bigote finito a lo Groucho Marx que estaba sentado frente a una de las compu ayudando a organizar la partida de Juan Báez y de un par de familias más.

- ¿Pero si nos enganchan...?¿Cómo salimos?. Quedamos atrapados como ratones – dijo Juan
- Vamos a ver – vaciló el viejo y entró en el mapa subterráneo de Buenos Aires.

A Juan no le causaba ninguna gracia. Lo poco que conocía eran las estaciones. Había leído artículos y escuchado historias

sobre el subsuelo. Tenían sus códigos y era más peligroso que la calle misma.

- ¿Hay manera de encontrar a Carola? - le preguntó el viejo a Nora que escuchaba muda a un lado de la compu
- Y... se la busca. ¿Que problema hay?. Hoy debe estar en Soldati..., o en el hospital – respondió seria
- Es la que se me ocurre. Carola conoce el subsuelo como su casa. Porque atajos hay muchos...¿ves? – y *le señaló unas líneas amarillas* – incluso todo lo que no está en los mapas, lindando con los ductos de la ciudad. Pero ahí tienen que entrar acompañados. -
- Eso sí – *continuó el viejo sacándolo de sus pensamientos* - Les conviene irse hoy mismo. No es lo mejor que sea domingo. Lo ideal sería mañana, y en las horas pico. Pero no me arriesgaría a esperar- *dijo esto último cerrando los labios y con cara de preocupación.*
- Otra... – *agregó* - es como salen de la huerta. Porque si estamos en la mira, deben estar consultando el parte diario de los satélites. No sea cosa que los sigan –
- Bueno - *intervino Nora*- eso es fácil. Servimos una merienda para el barrio y se van con los demás por la cocina. Se meten por la villa...
- Hoy es domingo. Hay canas en la puerta de la villa – acotó Juan
- Si, es cierto – Okay, van hasta la villa pero no entran, siguen por la muralla, y ahí pegan la vuelta por la calle de atrás hasta Rivadavia y se meten en el subte –
- Así, sí – dijo el viejo con las manos cruzadas y los hombros tensos – tampoco van a seguir a cada villero que entre a la huerta.

Cuando Juan salió del galpón, las últimas luces rosadas del atardecer se enterraban en un horizonte artificial y el lucero competía sin chance con las publicidades lumínicas, como un bastión último en el cielo desteñado.

Prendió un pucho con la colilla del otro, tiró el fumado, lo amasó con la zapatilla en el pedregullo y se agachó para levantarlo.

Se quedó un rato así, mirando la tarde con ojos de quién está a punto de perderlo todo.

Más al fondo los chicos jugando al fútbol, Marta doblada en su jardín, arrancando los yuyos que se desprendían con las raíces enteras de la tierra húmeda, la hija de Marcela enfilando con el novio para atrás del vivero, el contorno de su casa desapareciendo por el resplandor de los faroles a fotocélula.

Y fijo la imagen a su memoria, la selló con fuerza para tener a donde refugiarse si venían tiempos malos.

A las 12 y 10 se encontraron con su “halcón” en pleno Merlo, en la boca del subte de Rivadavia. Arriba, el calor abombaba las luces que amainaban la noche.

- Bueno, arranca la expedición – *dijo alegre Carola y le guiñó el ojo a Martín que aunque trataba de mostrarse seguro estaba tieso del susto dentro de su casco aislante*

Bajaron los cuatro con apenas una mochila cada uno. Así, como quién emprende la vuelta de un paseo dominguero por el oeste.

Daba la impresión de estar en Oriente. Ojos rasgados y una media de 1,70 uniformaban el panorama resaltando las otras etnias. Pantallas gigantes con dancing latinos, puestos humeando grasas, sexshop tailandeses, apuestas a los juegos vivos, bingos y una sarta de imanes por cincuenta centavos de

dólar, evidenciaban el perfil más miserable de la sociedad de consumo.

Todo se comerciaba. El cartón, las latas, los plásticos, ropa usada, comida, en interminables ferias móviles, donde cada cual ofrecía su carga en un susurro insistente, con la mirada para todos lados, mientras la cana se hacía la boluda y también campaneaba por si venía alguno que no estaba arreglado.

En el subsuelo, como casi todos se descubrían la cabeza, el impacto de las caras demacradas era mayor.

- ¡Que caripelas! – dijo Juan imitando a uno para distender un poco el momento.

Además, la voz de los que hablaban solos, se amplificaba con el encierro y la quietud. Entonces la locura del otro, parado tan cerca y sin dejar escapatoria, promovía un recelo extra que apagaba aún más las miradas.

A Carlos lo impresionó en particular una mujer joven muy producida que estaba dando una perfecta clase de algo, moviendo los brazos como si tuviera a su costado una pizarra.

Ana, de boca cerrada, escudriñaba todo con distancia.

El aire se enrarecía y un tufo a pis fresco burlaba los extractores.

A través de las cabezas de la gente reconocieron los gorros de la policía de contacto. Nada particular. Sosteniendo las armas y apostados en los controles, mirando con desconfianza y desprecio una a una las caras de las personas que ingresaban al andén.

- Estos no muerden – *dijo Carola bajito* –

Una india, con el bebé envuelto en el sari se acercó con la mano abierta y una sonrisa al límite. Carlos le dio diez

centavos. Inmediatamente se le arrimaron distintos desclasados, un afectado de HM, un ciego por exposición a ultravioletas, una muchacha con cáncer de piel, un mulato que decía estar juntando para volverse a Cuba...

- Che, no jodan – los cortó Carola. A lo que el ciego miró para donde venía la voz y le hizo señas de degüelle.

En las distintas pantallas, escenas de Agua sobrevolaban las cabezas de la gente. Abajo, siluetas oscuras seguían el curso de la rutina por inercia.

- Mirá eso – Carlos le señaló una pantalla a Ana

Bernardo Neustadt estaba detrás de una mesada, a cargo de un programa de cocina con un gorro tailandés, empanando algo y conversando con un tipo joven

- ¿Y vos, recién volvés de dónde?-
- De la Organización para Planetas Unidos –
- ¿Cuántos años tenés? –
- 28 –
- (y a la cámara, que a pesar de enfocarlo a distancia no podía disimular las inflamaciones del colágeno)
- Escuche bien doña Rosa – tiene 28 años y vive en Argentina. Se fue a Agua, a la Organización de Planetas Unidos a exponer nada menos que...
- Dinámica de la economía – *dijo el tipo para sacarlo del aprieto*
- ¡Dinámica de la Economía!- *continuó Berni* - ¿En el 8vo o 7mo...? –
- Es el 8vo año – aseveró el muchacho

- ¡Dinámica de la Economía en el 8vo Congreso de Países Operadores para Cabezas de Mercado! - *(hizo una pausa y con voz de curiosa incertidumbre, como si no supiera la respuesta)* - ¿Y cómo te fue en Agua?. ¿Qué se dice de la Argentina en Agua? –
- Bueno, Bernardo, los acualinos tienen una sabiduría muy particular ...–
- Ellos no pretenden vivir a costa del estado como nosotros, por ejemplo – *(risitas)*
- Bueno, justamente ...-
- ¿Te interrumpo, y después seguimos? – *(y la cámara se hundió en las manos enharinadas)* - Es así doña Rosa. El secreto de la milanesa está en cuantas capas le ponga. Como la Argentina, que tiene que tener muchas capas de pan rayado como “la confianza” y muchas de huevo como “el amor”. Si no tiene muchas capas no queda rica - *(y volviéndose al tipo)* - Gustavo Macri, gracias por ser argentino. Gracias por elegir vivir en la Tierra. Gracias por ser – *(silencio)* – “chin chin” . Estamos brindando con un Chateaux Monchenot cosecha 68. ¿Sos de Boca o no sos de Boca? -
- Soy de Boca –
- Entonces te debe gustar la muzzarella, pero la italiana – *(y a la cámara)* - Una vez que están horneadas, extendemos así, sobre la milanesa de lomo de ternera, fetas cortadas a cuchillo de jamón de Jabugo - y *dirigiéndose a Macri* – ¿Vos sabés que el jamón de Jabugo tiene ese sabor tan particular porque los cerdos de esa zona se alimentan solamente de bellotas? – *(y de nuevo a la cámara)* – colocamos encima varios rolos de muzzarella y tenemos ya listo y en rebanadas, parte del Tartufo, que crece en los bosques de Milán y que lo clona mi amigo Franquito Scaldoni. Mientras tanto, ya tiene preparada en

la sartén la salsa a base de almendras y aceite de oliva...

Un muchacho que estaba recostado contra un graffiti destrabó las piernas y dio un paso hasta Juan para pedirle fuego.

Mientras encendía el cigarrillo, levantó una ceja y escudriñó a Martín.

- Lo más que vuela por acá es alguna mosca – le dijo amistosamente y Martín dio una mirada a los lados y vio que era el único que llevaba casco.
- Mejor sacátelo - añadió Carola que se sintió en falta –

Ana se apartó unos metros hasta un quiosco. Compró unas DRF de menta y estaba destapando el tubo cuando una vieja se le paró al lado. Una mujer vestida de invierno, con ropas de otra época y con un paraguas colgado del antebrazo.

Cinco metros la separaban del grupo, pero era como si de repente hubiera quedado aislada y todo lo que la circundaba fuera falso salvo ella y la vieja que emanaba un hálito nauseabundo de espíritu perturbado.

Le habló en voz baja, mirándola con un desprecio particular, encerrándola contra la vitrina de una quiniela.

Aunque no la entendía, reconoció en la boca deformada que la estaba maldiciendo en un dialecto europeo. En la mirada de la vieja se leía el odio y el amor amplificadas a la devoción o al crimen, pero invertidos, como las figuras de un altar pagano.

Cuando Carlos miró la escena, vio el terror de Ana y a la vieja como si de la boca le salieran alimañas y sonidos obscenos. Fue unos segundos. Carlos sintió náuseas y de repente la vieja miró para donde él estaba, (concretamente lo miró), y salió como corrida por los demonios, abriéndose paso entre la gente. Carola que había reparado en todo lo sucedido tomó a Martín del codo y le dijo

- Andá a buscar a tu mamá, ya llega el subte –

Cuando el chico se fue, Carlos le pregunto

- ¿Vos viste eso? -

- Es una vieja loca . Te pide en ruso y como no la entendés te caga a puteadas –

Pero Carlos se quedó pensando que se trataba de otra cosa. Solía captar lo sobrenatural de los acontecimientos.

Carola lo miró de reojo y añadió

- No te hagas kilombo. Es una vieja loca. La conozco bien –

Terminó de decir esto y vieron acercarse dos clones de seguridad, cada cual con un perro que iba oliendo a uno por uno de los que estaban en el andén.

Olían el miedo. Cotejaban el porcentaje de adrenalina en sangre y a los que superaban lo normal, les pedían documentos. Carola calculó que no llegaría el tren a tiempo. Vio que Ana y Martín se demoraban y los miró con insistencia para que se quedaran donde estaban. Luego le habló a Carlos de costado, con una sonrisa, como quién confiesa algo amable

– Me hubiera gustado ser cana. Me gusta el poder. ¿Sabés como los tengo zumbando en Soldati?. Siempre voy a tener poder, porque sé dar órdenes. Ahora rajá y dejámelos a mí –

Carlos empezó a caminar en sentido contrario, hacia un 3 x1. Carola se quedó en el lugar. Pensaba ingeniárselas para demorarlos.

Los perros, con sus poderosas fauces mecánicas, eran una aleación entre animal y máquina. Nada los detenía, salvo la voz particular de su instructor. Olisqueaban a cada persona, mientras los clones procesaban las caras en su chip de memoria.

Faltaba un tipo, antes que Carola fuera inspeccionada. El hombre se veía pálido y traspiraba. Uno de los perros se detuvo y empezó a olerlo minuciosamente. El clon que lo dirigía, le pidió al hombre que se diera vuelta y agregó – *Transitorio o cédula* – mientras no dejaba de mirarle la cara, recorriéndole las facciones como si se tratara de un pintor explorando las potencialidades de su nuevo modelo.

El otro clon, estaba a un par de personas de Ana.

Carlos empezó a caminar hacia ellos, para interponerse antes que olieran a Martín. Ana practicaba yoga y sabía manejar sus pulsaciones, pero Martín era un semáforo.

El zumbido del tren entrando en la estación les dio esperanza. Comenzaron a amontonarse con el resto de la gente contra las líneas de ascenso.

Las compuertas desaparecieron en la ranura rebotando y una masa humana se desprendió y comenzó a aglomerarse en las salidas.

Subieron mientras los clones y los perros se dispersaban en atender la nueva tanda de gente.

Arriba nada hablaron de la vieja ni de nada.

Se acomodaron en el vagón del fondo.

A través de la cúpula transparente, lo que se veía de aquel mundo, aumentaba la impresión de ciudad sumergida.

Antes de desaparecer en el hueco oscuro, lo último que vieron de la estación, fue a la gente bajando de un andén y de otro, cruzando por la vía, saltando la electrificada del medio.

Carlos siguió mirando la oscuridad del túnel unos segundos, para aliviar la vista.

El boliviano que estaba recostado contra la puerta del subte que iba a mil, soplabla la quena y el sonido almizclado de soledad pasaba por el perfil del indio, por sus ojos cerrados y envolvía al resto en una nube.

Ana observó la atención extrema de su marido y pensó

- Voy a relajarme un momento en él -

y dejó que la música le entrara como un celebrado de viento escurriéndose en las hendiduras de la montaña, como un pájaro planeando muy arriba, como paz que no se puede destruir.

19

Al entrar a MOTHER, Pedro noto que un par de conocidos de otra sección lo saludaron incómodos. Cuando se cruzó con la gerente de Recursos Humanos, lo ignoró, y el grueso lo evitaba.

Había caído en desgracia.

Era la manera de deshacerse del personal, así que tarde o temprano les llegaba a todos.

Si bien firmaban el telegrama de renuncia al ingresar, necesitaban justificaciones algo “reales”, y Pedro les había dado un jugoso motivo.

Despedir porque sí no resultaba. Producía tanto temor entre el personal, que les impedía concentrarse y rendir.

Los métodos actuales eran una suma de antiguas tácticas, con algunos recursos expulsivos de última generación.

Para empezar, presionaban con la hostilidad de los propios compañeros, que asumían la actitud de los directores.

Los que la tenían algo más clara, al estar en la mira, aguantaban más enteros. Lo lamentable, era ver el final de los “felpudos”. Cuando les tocaba perder lo hacían sin dignidad, al punto que podías encontrarlos resacados y acababan, con suerte, mendigando algo a porcentaje en otra multi.

Luego venían las calumnias, las cizañas, los boicots, la adjudicación de errores entre otras estrategias para convencer a todos y cada uno de que eras un elemento deleznable, incluso a veces confundían hasta al propio perjudicado.

La estocada final la daba el “nuevo director”. Te ponían por encima a un pendejo inepto para forrearte hasta quebrar tu temple.

Había observado esto mismo en el pellejo de otros, y ahora le tocaba a él.

Entró a su oficina. Las luces no se prendieron.

Si bien era pleno día, lo vidrios polarizados oscuros mantenían el espacio en penumbras. Alguien había encendido la calefacción y un vaho a cable quemado se le vino a la boca. Cambio el templador a frío y antes que nada pensó que la empresa de limpieza habría mandado clones nuevos, ya que el orden, resultaba premeditado antes que natural.

Dudó si estaba en el mismo lugar, donde había pasado doce horas diarias en los últimos once meses.

Nada había cambiado pero todo se veía distinto.

Se detuvo en la silla dada vuelta con su única pata para arriba, en la mac cerrada y al ras de la mesa, en cada objeto que parecía levantado y vuelto a poner cuidadosamente en otra posición.

Observó que en algunos casos, como el de la pecera que protegía un clon de pez extinto, las piezas estaban corridas de

lugar apenas unos milímetros. Incluso el escritorio, una armazón de metal que era imposible de mover, había rotado varios centímetros sobre su eje.

Sintió un malestar indefinido.

Ninguna lógica ni razón avalaba el desagrado profundo y el miedo que le daban las cosas. Como si su nueva disposición en el espacio las transformara en elementos puestos al servicio de algo desconocido y oscuro.

Se acercó a la mesa con desconfianza. De pronto olió el peligro. Casi podía tocarlo, se estaba materializando, ocupando el aire.

Se dijo que su sistema nervioso estaba empeorando y que más bien se abocaba a su jornada de trabajo en una forma visiblemente natural.

Puso su clave en la compu, pero no se abrió.

- ¿Marina? – dijo al micrófono del aparato

Una voz distinta, le contestó expeditiva.

- ¿Qué necesita? -
- ¿Está Marina? –
- Estoy en su lugar –
- ¿Quién habla? –
- Verónica –
- ¿Qué Verónica? –
- García –
- ¿En qué sector estabas? –
- Un momento –

Era al cuete que insistiera. Todo resultaría un obstáculo, cada persona, cada cosa.

Mientras esperaba que volviera la voz de la telefonista, observó que la gaveta del escritorio, que debía estar cerrada, dejaba vislumbrar un filamento de su luz interna.

Por un momento pensó que tal vez se había desprogramado su acceso.

- ¿Si? – *Otra voz extraña le salió al paso.*
- ¿Verónica? –
- Dígame qué necesita –
- ¿Quién habla? –
- Verónica tuvo que salir, pero puede hablar conmigo –
- No funciona mi clave. ¿Sabe si cambiaron los accesos? –
- No cambiaron los accesos- dijo con una acaramelada amabilidad y continuó - ¿Ya abrió la gaveta? –
- Necesito entrar a mi programa. Fijese si hay problemas en la red –
- No hay ningún problema en la red. ¿Porqué no abre la gaveta? – La voz ahora era menos amable y más apresurada.

Algo muy extraño estaba pasando. Sintió frío. No necesitaba abrir ninguna gaveta. El sistema era inverso. La clave, al abrir su programa, abría el resto de los útiles.

El aire caldo se había desarmado y una brisa fresca le entraba por la camisa recorriéndole la espina dorsal.

Unas palabras que creía no conservar, en las que nunca había pensado le vinieron al morro. Unas palabras que debieron oler a aliento ácido, que fueron dichas por un viejo subido a un macetero en Plaza Francia.

- *...si no te vas, utilizan la magia, trabajan con el diablo. Sabían qué era importante para mí y lo destruyeron. Cuando volví a mi casa encontré los cardenales*

boqueando. La hembra se murió enseguida, como se mueren los pájaros, sin entender...-

Ahora frente a la sospechosa gaveta, el monólogo del viejo se le presentó con el impacto de un espectro. Algo espeluznante lo esperaba dentro de aquel cajón. Sin embargo se dijo que no podía dejar de abrirlo.

- *“La verdad es el camino más corto”* –

Lo había leído alguna vez en algún lado. Respiró para tomar coraje. Lo que hubiera dentro cambiaría su vida. Lo sabía, pero ya no pensaba darle la espalda a nada más.

Se distanció un poco de la mesa, al tiempo que se levantaba de la silla invertida, donde se había apoyado para sugerir naturalidad y pulsó el control.

El metal empezó a separarse despacio. Primero luz, y enseguida la imagen lo noqueó.

Un único objeto estaba parado en el centro. Algo que no tenía porqué estar ahí, que debía descansar entre las colecciones de su casa. Su objeto máspreciado. El que conservaba en la caja de bronce del living. Su amuleto. La última cajilla de Oxi Bithué que fumara su abuelo.

Se corrió tan violentamente para atrás que la silla cayó muda contra el piso.

La voz de Ramírez accionó el comunicador

- Azconegui... ¿Estás ahí? – preguntó su supervisor en tono juguetón

Contestó dando acceso a la imagen, sabiendo que estaba entregado, que no lucharía porque ya había perdido.

- Si –
- ¿Qué hacemos?-
- ¿Qué sugiere? -
- Vení por mi despacho –

No podía dejar de pensar en Azul, si estaría bien.

Intentó comunicarse antes de abandonar la oficina pero daba ocupado. Se colgó el celular. Lo llevaba de vez en cuando y generalmente apagado, (aún le quedaban secuelas de la fonofobia).

Tampoco podía irse sin resolver las cosas. Tenían todo el poder y lo estaban agarrado de las pelotas con algo que no podía manejar. Con algo que se reía de su “nuevo” coraje, (porque podía sentir la sonrisa en la espalda), como si lo estuvieran observando desde atrás y arriba. Y no se trataba sólo de la cámara. Algo invisible ocupaba el espacio y estaba prendido a su espalda por una especie de imán. Desde atrás y arriba.

El peso de cada instancia de su vida, mudaba de golpe. Y el ego, hasta ayer esa preciada estructura que lo revestía de una exultante soberbia, ese mismo, pensaba metérselo en el trasero. Irse. Era la única urgencia. Arreglar para irse con Azul bien lejos.

Al entrar en el loft de Ramírez, no había nadie. El dimensional que forraba todas las paredes, reproducía la ciudad de Nueva York iluminada y vista desde un Motel Globo. Las torres gemelas de Wall Street, derribadas en el atentado múltiple de 2001, habían sido reproducidas exactas salvo por su altura.

Mil metros más arriba que las originales, un arsenal de misiles de respuesta descansaban atentos a las señales de los radares con repulsión automática que protegían la ciudad entera.

Dentro del loft, una luz dirigida enfocaba la butaca frente al despacho. Del otro lado, el importante berger bermejo, quedaba en las sombras.

No vio a Ramírez, pero la voz con la imperceptible dificultad de dicción que dejan los liftings de labios, se escuchó muy cerca

- ...del otro informe... Cotejaron el informe... Bueno, asegúrate bien... – *la voz se silenció, pero Pedro pudo reconocer de donde venía. Un humo espeso y una figura oscura se dibujaba contra el Puente de Broocklyn.*

-... quedo esperando... - *decía la voz*

Las sirenas, los láseres publicitarios, las rutas estelares (que recién se habilitaban a las afueras de Nueva York), empezaron a marearlo. Le dolía la cabeza. Sacó una píldora y se acercó al expendedor de bebidas. Cuando sorbió el agua, casi devuelve. Era lo más amargo que se había llevado a la boca. Trató de tragarla en seco y se le atascó en la nuez. Tosió hasta escupirla en la mano.

Quería que todo terminara, que Ramírez avalara su renuncia para desaparecer. No podía dejar de pensar en Azul y en como habrían sacado la cajilla de su casa.

- Azconegui, sobre la mesa está lo tuyo - *escuchó la voz antes de verlo*

Un duplicado de su email de renuncia, lo esperaba en el escritorio. Al lado, la extinción del contrato se extendía en apartados que lo arrinconaban. Mil sures de arreglo. Nada más podía pedir y ninguna acción posterior a la fecha tendría validez.

- Terminemos rápido. Firmá y te vas tranquilo a tu casa –

Había dejado de hablar por el celular y ahora se acercaba al escritorio sin mirarlo, con la vista en la pantalla de su laptop.

Pedro pensó que no podían salirse con la suya así, tan fácil, pero la cajilla de Oxi Bithué, su amuleto personal, (un dato que a nadie había confiado), erguido en el centro exacto del cajón lo enmudeció.

Se dijo que la impotencia de la injusticia y la vergüenza por su silencio eran parte del precio.

Apenas tenía unos sures en el banco y su casa, pero nada se vendía ni al 20 % de su valor, así que cuanto antes dejara a un lado el obstáculo de la bronca más temprano podría salir del pozo.

- *Nada de odio. Nada de dolor-* Se repitió para adentro como un mantra, mientras su pulgar se hundía en la parafina tibia del plastipel.
- Bien – *aseveró Ramírez* – Lo que hagas fuera de acá no nos importa, pero te recuerdo que tu contrato de ética no caduca, es atemporal.... – *dijo y se tomó su tiempo para reencender el habano, pitarlo varias veces, observar la punta y escupir una fibra de tabaco. Recién cuando sacó el último aliento de humo lo miró a los ojos con abierto desprecio, le extendió el cheque y siguió*
- Cualquier rumor verificable, es cárcel automática. Cada vez que te mudes o viajes, le avisas a la empresa, en Servicios Internos – *La luz enfocaba su boca tersa y sin expresión. Hizo otra pausa y continuó con un modo más afable*

- Si piden informes voy a dar los de rigor, buenos informes... sin mencionar los pormenores –

Cuando volvió a su oficina, una arribista de Internas, un putón experta en Kamasutra, íntimamente ligada a los mandos, daba directivas a un clon de mantenimiento sobre donde colocar un dimensional.

- Pensé que te habías ido... ¿te jode que siga? – *dijo mirándole primero la entrepierna y luego los ojos*
- Hací lo que quieras, ya no soy ...- *empezó a decir y se corrigió* – ya no estoy en MOTHER–
- Pena – *dijo la mina cerrando por primera vez la boca y bajando displicente su gran trasero del escritorio.*

Mientras la mujer le andaba por la vuelta, empezó a juntar sus petates.

La vio desplazarse hacia su espalda

- Me parece que quedó – *dijo el de mantenimiento* - ¿Quiere probarlo? –

Pedro puso algunos minidisc en el packet donde viniera el “regalo de cumple” de la empresa, (una mascara láser de descanso, que no estrenó por precaución, ya que en las instrucciones, los efectos secundarios no llegaban a leerse ni con lupa).

- Está bien Fernando, gracias. Cualquier cosa te aviso –

Dijo la mujer al clon y se volvió a Pedro con una actitud más confidente que amenazadora.

- No creo que te puedas llevar eso –

Pedro miró los minidisc donde guardaba su agenda personal y algunos poemas de la generación de surrealistas, y se dijo que se las ingeniaría para llevárselos, aunque fuera disimulados entre las pelotas.

No pensaba dejarles nada personal, nada que pudieran usar en alquimia.

La oficina se oscureció de golpe y una música Indochina de cascadas, dio la apertura a un salón de dimensiones mitológicas. Al fondo, una pesada puerta de madera *teak*, marfil y oro, representaba en su relieve al árbol de la Vida, con un Dios de la Tierra de ojos desorbitados y colmillos, escoltado por dragones. En el centro, en una dimensión muy cercana a Pedro, una fuente para ofrendas, con una pequeña “Casa Espiritu” en el núcleo, veía errar lánguidamente por sus aguas margaritones escarlatas.

Las mujeres aparecieron de la nada. Indígenas de pómulos llenos con escotes de plumas, apenas ocultando los pezones cetrinos. Caminaban como concientes de sus ombligos de ébano, ofreciendo el vientre fértil.

La mina se ubicó detrás de Pedro, posó las manos en su cuello, y las manos bajaron buscando su pecho entre los broches de la camisa. Eran unas manos frías como tentáculos.

- Los md son míos. No tienen nada que ver con MOTHER

–

- Confío en vos, pero vamos a verlos juntos –

Agregó la mina recostando los pechos en la espalda de Pedro, y pasando por encima de su cabeza. Luego hurgó dentro de la bolsa, los sacó y puso uno en la compu.

El primer poema que apareció en pantalla era de María Meleck Vivanco y la mujer comenzó a recitarlo en un tono lascivo. Pero enseguida abandonó las inflexiones estúpidas.

- *“Cambian de dirección los pájaros
¡Oh segadora araña! ¡segadora caricia! ¡Segadora iniquidad
que desquicias los ejes de la tierra!
Más ceremoniosa, más perversa, más mortífera que la peste en
el recinto de los dioses...”*

Despacio, la mujer se distanció de la mesa, apagó el dimensional y antes de salir por la puerta dijo

- *Hacé lo que quieras* –

No sabía como desaparecer para MOTHER, no se le ocurría como ganarse la vida, pero el miedo al porvenir se suavizaba con el alivio de irse.

Al salir del edificio, un viento sepia espoleaba la ciudad mudando el reflejo del sol. Una luz ámbar ocupaba los cantos de los edificios, las aristas de los autos, los perfiles de la gente. Doradas volutas se desplazaban estrellándose como pompas de jabón sobre la urbe.

Los clones parecían hipnotizados. Miraban los colores del aire en éxtasis, como partícipes de un sueño colectivo.

Un silencio de nieve, de montaña, vaciaba los oídos y ahora las luces se descomponían en prismas que herían la retina.

- ¡Lluvia ácidaaaa! ¡A los casquiiiitos para la lluvia ácidaaaa!- cantó un vendedor callejero

Enseguida los gritos que venían del norte, la gente corriendo y los autos chocando unos con otros y volviendo a arrancar para huir, fueron el indicio de la catástrofe.

Las publicidades en el cielo, ondulaban con la misma cadencia pero derretidas, como plásticos chamuscados expulsados desde una caldera.

Pedro pensó en un atentado, pero la impresión en el aire era totalmente distinta que cuando aquel misil, diez años antes, derribara la torre de IBM.

Una mujer gritaba algo sobre una bomba química en Retiro y a Pedro se le paralizó el corazón. Azul tenía la costumbre de abrir las ventanas. Intentó comunicarse por su celular, pero ya lo habían dado de baja. Furioso lo tiró contra una vitrina y una nueva alarma se sumo al ululante sonido mineral que hería los oídos.

- *No lo hagas* – le dijo a la imagen de Azul mientras la visualizaba durmiendo.
- *No te despiertes* – se repitió mientras la cubría de un resplandor blanco y sellaba con materia sutil las aberturas.

Se lanzó contra la corriente y estuvieron a punto de derribarlo. Cruzó Alem esquivando autos, escalando paragolpes, golpeándose con la gente que corría en sentido contrario.

Nunca había visto o escuchado sobre algo por el estilo, salvo en la ficción.

Los colores de las cosas mutaban y ráfagas de un tono nuevo, indescriptible, deambulaba como una franja desprendida de un arco iris, distorsionando las cosas.

Reconoció imágenes de distintas épocas sucediéndose sin correlatividad. Algo que parecía futuro y pasado en una secuencia absurda que alienaba. Este fenómeno aumentó violentamente la sensación de irrealidad y alguna gente se quedaba inerte, contemplando los sucesos, mientras la masa espantada empezaba a derribarla.

Cuando pisó el hormigón del boulevard, un viejo que estaba atrincherado contra un poste se aferró de su brazo.

Pedro sintió el tirón y siguió sin entender, mientras el viejo caía sin dejar de sujetarlo. Lo arrastró unos metros antes de comprender qué sucedía. Trató de agacharse para incorporar al hombre, pero entendió que iba a morir en el intento. La avalancha era brutal y ya habían desaparecido los talones del viejo.

- ¡Lléveme, hijo! – leyó en la boca de aquel hombre

Trató de incorporarlo haciendo frente al aluvión de personas histéricas, pero tuvo que erguirse antes de desaparecer.

- Vaya con dios - sonrió el viejo y lo soltó, mientras el mismo peso de la gente lo expulsaba fuera de la bola humana y se tragaba la figura del hombre, como si se tratara de papel, de algo que jamás existió.

- *Esto no es cierto* – se dijo Pedro mientras los sollozos sin gemidos, le salaban la cara.

Se parapeto en el hall de un edificio y empezó a desplazarse sujetándose de las paredes. Al llegar a Córdoba el espectáculo había cobrado dimensiones de guerra nuclear. Los gritos se confundían con los estallidos de los autos. Un colectivo dado

vuelta se incendiaba y la gente bañada en sangre emergían por las ventanas, en un múltiple y extraño parto.

Logró llegar a su departamento mientras la mente jugaba a enredarse en imágenes brutas y el listón del nuevo color que traspasaba los vuelos y las publicidades, derritiéndolas, caía sobre las calles y las personas, exterminando lo que tocaba.

A un lado vio primero la ráfaga tornasolada sobre aquel hombre y como se reducía, con un intenso olor a quemado.

Ya no discernía entre realidad y pesadilla, entre hombre y cosa. Como si se licuaran las impresiones y los sentimientos no fueran más que una reserva destinada a abortar.

No tenía seguridad de estar despierto ni de estar vivo. Así que traspasó la puerta de entrada sin importarle donde pisaba ni que veía, cerrando el corazón a las impresiones, con el único objetivo de llegar hasta Azul.

Sus vecinos corrían por el corredor. El ascensor estaba trabado y desde adentro gritos de socorro ensordecían el aire. Subió a zancadas los tres pisos. Las luces se habían cortado y se golpeó varias veces contra los que bajaban o se lanzaban desde arriba por las escaleras.

Cuando llegó al segundo descanso se preguntó por Nancy, si habría logrado salir.

- No puedo hacer más – dijo disculpándose y siguió sin detenerse, mientras el pensamiento de Nancy moría con la rapidez de una escupida.

La puerta cedió sin resistencia. Azul estaba del otro lado, sentada en la alfombra con el walkman puesto mirando la puerta sin ver. El mismo vacío que dos días antes le nublara la vista, le cubría ahora los ojos perdidos en un objetivo inexistente.

En ese momento un rayo del color extraño entró por la ventana y fulminó la computadora y el escritorio. Una rata salió corriendo con su cría, se refugiaron entre las piernas de Azul y cuando Pedro se acercó salieron desorientadas corriendo en círculo.

- Bueno, ¿vamos linda? – le dijo con serenidad y la ayudó a incorporarse mientras observaba el resplandor del rayo curvilíneo cayendo afuera, a pocos metros.

Mientras salían al corredor, una bandada de palomas entraba por el agujero graznando.

Un canto de horror y de exterminio que se fundió con la noche repentina.

El sol se cegó y el cielo sin constelaciones, ni astros ni satélites o bases, se presentó como un gran vacío provocando el vértigo de un agujero oscuro.

Como si el planeta fuera una canica rodando por la garganta negra del infinito, y de las estrellas no existiera ni la ilusión de su luz, ni su cadáver indolente en el espacio.

20

Luego de la descompensación lumínica del último verano, que se llevó buena parte de lo vivo en el planeta, después de una abrupta oscuridad, el tiempo había vuelto a su curso normal.

Cuando Pedro y Azul, que se habían refugiado como mucha otra gente en el estacionamiento subterráneo dejaron de escuchar explosiones y alarmas y subieron a ver si seguía el mundo, la ciudad se hallaba deshecha. Focos de incendio alimentaban el aire con fluidos de plástico desintegrado y carne quemada.

Un bullicio de espasmos perplejos, bloqueaba la mente que apenas reconocía las expresiones de las cuadrillas de salvataje, o los jaleos impasibles de las máquinas. Llantos cantaban su agonía circular como discos rallados.

Hombre, hormigón, aire o máquina, hermanos en la misma membrana de ceniza mientras el humo negro que brotaba de boquetes y ventanas, corrompía el aire como si se tratara del aliento del diablo.

Salían de los edificios que quedaban en pie y eran evacuados para el lado del río. Caminaban absortos, alterados por las explosiones rezagadas que salpicaban gritos.

Por alguna transmutación del oxígeno, costaba respirar y los cascos aislantes eran inútiles. Vacíos, abandonados, la ceniza los tapaba como calvas de cráneos colosales.

Aunque era de día, uniformaba la ciudad una pátina cenicienta que era apenas traspasada por las miradas, por las balizas de los uniformes y por las luces.

La belleza de éstos contrastes, desoía los símbolos del caos y se imponía sin escrúpulos.

Y llegó la noche y volvió la mañana y apenas el jadeo de la respiración y el luto franco en las filas que deambulaban por las calles, alejándose de las urbes sin destino, alejándose del tufo acre y nauseabundo que empezaba a congregarse a pájaros de pico curvo y cabeza lampiña.

Las cosas habían mudado desde entonces. Todo el que pudo pagarse un pasaje a Agua emprendió el viaje sin retorno, llevándose el dolor de sus muertos.

Las casas que quedaron en pie, albergaban a quién fuera sin importar rangos ni razas. La xenofobia era moneda del pasado. Igualado en desgracia, el hombre comenzaba a desandar por la fuerza la quimera del progreso.

Ciencia, religión, magia, new age, nada logró desviar la respuesta de la naturaleza. Quizá por eso un sano nihilismo se imponía desde la comprensión, revalorando los elementos.

Los más jóvenes lo entendieron antes y cuando entraban en contacto con el sol, cuando respiraban la mañana, cuando calmaban la sed o prendían un fósforo, reverenciaban el acto sin ritos, desde el respeto inherente a la sola existencia.

Cada quién se erguía de su litera con la única misión de reconstruir, sin más destino que volver a empezar. Pocos

hablaban y en el cielo podían verse las nubes y las estrellas sin interferencia.

Ahora en primavera, algunos empezaban a inspirar más profundamente, despacio, aflojando. Muchos seguían presos de una respiración tísica.

El mínimo aire, el mínimo consumo de cualquier elemento porque todo llenaba con facilidad, todo rebosaba, la materia había perdido popularidad, y al espíritu no había manera de engañarlo.

Así que la medida necesaria y deseada era estándar, el mínimo de todo.

Después de siete meses de intenso trabajo en su nueva ocupación, asistir quemados, limpiar la ciudad, y colaborar en juntas vecinales aportando ideas para el nuevo trazado de la urbe, ese domingo, Pedro se levantó pensando que se llegaría con los muchachos hasta La Boca.

Abrió los postigos para dejar que el sol despabilara de a poco a los chicos que dormían en el living, mientras la brisa de septiembre en ráfagas redondas despeinaba las nuevas flores del balcón.

Mientras prendía el fuego sobre una lata para calentar el agua del té, vio la cabeza despeinada de Joaquín a su lado. Tenía seis años, había quedado huérfano y recién comenzaba a modular nuevamente su nombre.

- Joaquín – dijo Pedro pasándole la mano por el hombro
- Joaquín – repitió el chico y se quedaron mirando por la ventana los pájaros de panza colorada que en el patio de la pensión de enfrente se trepaban a los pequeños brotes verdes que nacían de las amputaciones de los plátanos.

Escucharon la cisterna del baño y Pedro se apuró en cocinar la masa de harina con agua, y llamar al desayuno para no perderse cada instante de la única mañana que compartían juntos.

Las bolsas de dormir cobraron vida y los que estaban dentro empezaron a moverse como crías de marsupiales.

Azul venía en remera y descalza, con la cara apelmazada, oreándose la mata de pelos enrulados y grises. Había adelgazado algunos kilos y en su cara sin producir, las cavidades pronunciadas intensificaban una mirada de miel verde que se posaba despejada sobre las cosas.

Sonrió abriendo un poco más un ojo, corrió al chico, lo cazó del cogote y lo arrastró hasta Pedro para apretarlos en un abrazo con olores de sueño.

Aunque ya nadie controlaba la taza al vehículo naftero, no se conseguía combustible. Así que se fueron caminando hacia el lado del bajo, dejando al viejo Torino estacionado sobre Humberto Primo.

La gente comenzaba a congregarse para el lado de la plaza. Se escuchaban las cuerdas de un violín sostenidas para dar tensión al punto firulete de una milonga callejera, que parecían afinarse en las esquinas sin ochavas de San Telmo.

Dos horas después, bajaban de un camión frente a Caminito.

En las mismas pensiones de techo de lata y ventanas con malvones, funcionaba desde hacía unas semanas la Academia de La Boca. En los cuartos, en las cocinas, en los patios, en la calle, las cátedras se daban en forma anárquica pero estimulante. El compromiso era con el hombre, ya nada de saberes para acumular.

Líderes populares, muchos de ellos con un pasado de gloria y de desorden, que habían recuperado el timón de sus vidas,

oficiaban de mediadores entre la realidad y el sueño, ayudando a despertar vocaciones para el nuevo mundo.

Talleres vivenciales hacían de puente entre el inevitable duelo y la revalorización personal.

Profesores, sicólogos, profesionales, artistas, y buenos vecinos se involucraban desde una mirada común, la del peso exacto de todas las cosas.

La filosofía era la reciclada ley del Boomerang, y la cruzada para entender y no repetir, se libraba en la memoria.

En plena calle, acucillada, la gente escuchaba absorta la interpretación de Ana Rivero, la historiadora. El tema del día era “Globalización: un gigante insaciable”. Un coro de adultos hacía los sonidos de las registradoras, actores recreaban el crisol de razas y las costumbres de los pueblos y las palabras de Ana se entreveraban con los aromas del puerto y buceaban hondo.

La Academia de la Boca se mantenía gracias al trabajo de mucha gente, y al compromiso de algunos empresarios en comunicaciones.

Hombres como Tinelli o Suar, que a pesar de vivir en otro planeta asumían la responsabilidad de su posición y reconocían su deuda para con el pueblo, aceptaron presionar a las multi de las que eran accionistas y que habían mudado su epicentro a Agua, en distraer un diezmo de las sumas millonarias que resultaban de competencias, reality shows, seminarios de auto conocimiento y juegos vivos, (ahora de moda entre los acualinos).

Estos, y otros personajes, conseguían lo necesario para sostener pulmones de reestructuración social y apadrinaban la experiencia para impedir posibles boicots, una vez que se rearmaran los círculos de poder.

Azul y Pedro caminaban con su cría por un Caminito emparchado pero realmente vivo. La nostalgia daba paso a la acción.

Enseguida se les acercaron líderes naturales, para congregar a los jóvenes que llegaban más o menos presos de una coraza de confusión y pena.

Así, de la mano, con el lenguaje reparador de los sentidos, con los códigos llanos de la piel, vencían las barreras del temor al futuro y lograban guiarlos a terrenos menos anegados, a arenas secas donde los pasos pudieran dejar una huella.

- ¡Que grande el Diego! – Dijo Pedro a los muchachos que miraban a un Maradona, vital como un padrillo, con sus canas teñidas de leopardo disfrutando de un picadito con los muchachos de la facu de deportes.

Una de las casas, atiborrada de libros era la biblioteca donde se congregaban para aprender a vivir de la energía solar. Un activista de “Vivendo da luz” explicaba el fenómeno y la manera más apropiada de abandonar los alimentos tradicionales.

- ...Es nuestra escudo para impedir que nuevamente nos fagocite la sociedad de consumo. Hay que aprovechar, ahora que todavía están desarticulados. Cuando vuelvan a erguirse, no podemos caer en la misma... -

Los más grandes se prendieron a distintas prácticas, pero Joaquín no quiso bajarse de los hombros de Pedro. Miraba el movimiento de la gente como partículas en un tramado de colores y texturas extrañas. Decodificaba su entorno de a poco. Primero la impresión, luego el sentido. La música, sin embargo le llegaba entera.

Cien metros más allá, un viejo hippie, que parecía sacado de los cuentos de Tolkien, interpretaba el piano.

Charly García, con su bigote ahora todo blanco, descifraba la armonía de cada alma, retornándola a cada quién a modo de mantra.

- Bajáme – dijo Joaquín a Pedro, y aferrando la mano de Azul la arrió hacia aquella sinfonía virgen.

El chico, se soltó, llegó hasta el piano, miró a aquel hombre viejo y siguiendo los sonidos que fluían de su boca le tocó la cara y recorrió lentamente las arrugas, como si leyera en ese rostro el mismo cansancio de entender.

- ¿Como te gusta que te llamen? – preguntó Charly
- Oaquín - dijo el chico

Charly miró a su banda y preguntó

- ¿Preparados? – respiró prana cerrando los ojos y antes de empezar acercó la boca al oído del chico y le dijo
- “*canción de Oaquín para Oaquín*” –

Si, las cosas habían mudado desde entonces.

Todo el que pudo pagarse un pasaje a Agua emprendió el viaje sin retorno....

Los otros, quedamos boyando a la deriva de nuestra solidaridad, restaurando nuestro eje, reunidos en una misma energía. Atentos a las voces claras de nuestro interior.